NUESTRA ÚLTIMA AVENTURA

Una guía racional para la Muerte y el Más Allá

E. Lester Smith

DEDICADO

A TODOS AQUELLOS QUE TEMEN A LA MUERTE

"¡Oh, estoy muerta! ¡Qué maravilla!

Prólogo

VIAJES DE AVENTURAS

Desde mi adolescencia siempre me ha gustado planear viajes de aventuras. Al principio me iba de excursión durante un día yo solo; más tarde ingresé en un grupo de campistas y excursionistas y al final llegué a ser su jefe. Organizábamos, por turno, una excursión en tren cada domingo, desde Londres hasta algún punto de los Home Counties, nos llevábamos un bocadillo para comer y tomábamos el té en cualquier café del camino, En verano, a veces organizábamos un camping de fin de semana y nos llevábamos la tienda, preparando la comida con un hornillo. En Semana Santa y Pascua solíamos organizar una excursión con la tienda de campaña recorriendo, por ejemplo, la isla de Wight o los South Downs. También planeábamos a veces juntos las vacaciones veraniegas, en grupos más pequeños, en un camping o en albergues de juventud o
pensiones, en las Islas Británicas o en Europa, y siempre nos llevábamos lo mínimo indispensable en una mochila cargada a la espalda.
Lo que quiero resaltar aquí es que todas estas excursiones tenían que ser *planeadas por anticipado* por el aventurero solitario o por el jefe de grupo. El plan tenía que ser preciso y detallado, pero flexible. Si se dejaban cabos sueltos, las vacaciones podían acabar en un desastre, porque no conseguíamos llegar al punto final con tiempo suficiente para volver a casa y empezar a trabajar el lunes.
Si el plan era demasiado rígido, entonces la aventura se hallaba sobre todo en la mente del organizador y la excursión resultaba muy reglamentada y poco agradable. Era necesario dejar un margen para

contingencias: mal tiempo, un descanso más prolongado si el calor era excesivo, un atajo o un camino atractivo y una reestructuración del tiempo para llegar al objetivo. Todo esto representaba cierta diversión y aventura dentro de la misma excursión; cualquier hora y cualquier día podían aportar una inesperada experiencia nueva que aumentaba nuestro placer.

En esa época, la mayoría de la gente consideraba que las vacaciones consistían en volver a la misma pensión del mismo pueblecito de la playa, año tras año. Una tentativa de mínima aventura quedaba satisfecha cambiando, por ejemplo, de Southend a Margate. Todavía no existían las vacaciones económicas organizadas, y relativamente poca gente viajaba al extranjero. Nuestras excursiones, por otra parte, aunque eran árduas físicamente, desarrollaban nuestros miembros y pulmones juveniles y nos compensaban inmensamente. Eran memorables.

Después de graduarme, empecé a trabajar en un laboratorio de investigación y desarrollo industrial. Años después, sintiendo la necesidad de un descanso, tras un período de investigación intensiva, pedí permiso para tomarme inmediatamente una semana de mis vacaciones anuales. Me lo concedieron y pensé qué podía hacer yo con aquel tiempo. Mirando un mapa de las Islas Británicas y gustándome mucho las islas, decidí hacer una excursión por la isla de Man, que todavía no conocía. Al volver a casa compré un pequeño mapa militar de la isla, recogí toda la información gratis que pude obtener de una agencia de viajes y pregunté los horarios de trenes y barcos. En casa, puse la ropa mínima necesaria en la mochila y, junto con otras cosas esenciales, cogí la comida sufíciente para unos días. Como era vegetariano de nacimiento, me bastaron unas cuantas galletas de cereales, queso, almendras, chocolate y fruta. Mi plan consistía en buscar alojamiento para dormir y desayunar en una casa particular; a fínales de 1920 se consideraba razonable pagar dos chelines y seis peniques por una noche. Y pensaba cenar en un bar o en el lugar donde pasara la noche.

Al día siguiente tomé un tren hacia Liverpool y durante el viaje estudié el mapa y planifiqué la excursión. Pensaba seguir la costa, entrando de vez en cuando hacia el interior. No sabía qué dirección seguir, si la derecha o la izquierda, pero al final preferí hacer lo último. ¿Podría planificar cada excursión diariamente y llegar a una ciudad o pueblo donde alojarme? ¿Podría recorrer toda la distancia a pie o tendría que viajar a veces en tren o en autobús? Hice un plan general solamente y di cierto margen a los cambios que me indicaran las circunstancias o mis deseos.

En la travesía empecé a disfrutar de mis vacaciones. El barco llegó por la noche a Douglas, capital de la Isla de Man y lugar de máxima atracción para la mayoría de turistas. Yo no estaba de humor para aquellas alegres luces y ansiaba la soledad de las montañas y de los

senderos. Subí a uno de aquellos famosos tranvías de Douglas, pequeños, abiertos por los lados, con unos bancos para sentarse y tirados por caballos. Me llevó hacia el Norte, en dirección a Laxey, donde busqué y encontré alojamiento para la primera noche. A la mañana siguiente empecé a subir el Snaefell, la montaña más alta de la isla, a más de 2.000 pies, y me detuve en el camino para admirar la enorme Gran Noria de Laxey. No es una atracción de feria, sino un ejemplo de la industria primitiva, una estación hidráulica que extraía el agua de las minas de plomo. Hacía un tiempo espléndido y disfruté escalando la montaña, pero la cima estaba rodeada de nubes y la visibilidad quedaba reducida a unos cuantos metros. Cuando me acercaba ya a la verde cima me perdí y empecé a dar vueltas un poco aturdido. La brújula me indicaba que
estaba caminando en círculo, muy cerca de la cima, y giré por una pendiente suave llegando en seguida a la cima. La mayor parte de la gente se hubieran sentido solos en aquella cima desolada. Pero yo, realmente, no me sentía solo, aunque era totalmente consciente de mi soledad (que no es lo mismo) y la disfrutaba. Observando a través de la niebla, y con gran sorpresa de mi parte, vi a otro ser humano. No sólo sentí asombro, sino casi desconcierto al encontrarme con el pastor local, que cuidaba su rebaño en aquellas solitarias alturas. «¡Ah!», dijo, «debería haber estado usted aquí ayer; podían verse cinco países.» (Isla de Man, Irlanda, Escocia, Inglaterra y Gales). No pude esperar a que las nubes desaparecieran y tuve que perderme aquella magnífica vista. Bajé por el otro lado de la
montaña hacia el norte de la isla, por unas carreteras estrechas que forman parte de la ruta de las carreras anuales de motos. Fui a visitar Ramsey, «la Reina del Norte», y luego crucé hasta la costa oeste.
Al día siguiente seguí la ruta de los altos acantilados de la costa oeste de la isla. Allí me maravillé del rugido del viento y de la panorámica del mar encrespado, desde la alto, y éstas son las imágenes que todavía guardo en la memoria cincuenta años después.
El resto del viaje siguió de acuerdo con el plan. Continué por Kirk Michael, la antigua ciudad de Peel, y luego me dirigí hacia el interior para ver el Tynewald Hill. Una vez al año, el Old Midsummer Day, el 5 de julio, la Casa de las Llaves, el antiguo parlamento Manx, se reúne aquí todavía, en una ceremonia al aire libre. Continué por encima de S. Barrule y por el extrañamente llamado Cronk-ny-Irree-Lhaa hacia el frecuentado punto de esparcimiento de Port Erin, y luego hasta Spanish Head para contemplar, al otro lado, la
hermosa y pequeña isla, Calf of Man, al sur; desde allí, otra vez hacia el este, hasta Port St. Mary y el pintoresco Castletown, la vieja capital, con el castillo Rushen y una deliciosa bahía, y luego de regreso a Douglas. Volví a casa y al trabajo con el ánimo renovado y entusiasmado.

Aproximadamente un año después pasé unas vacaciones mucho más aventuradas en los Alpes con tres amigos, todos mayores que yo, de nuestro grupo de excursionistas. Fuimos a Ginebra en tren y en barco y luego hasta Martigny. Desde allí empezamos una excursión caminando y escalando montañas, recorriendo una larga elipse de cincuenta millas alrededor del Mont-Blanc. Esta montaña tan alta de los Alpes está situada en el punto de encuentro de tres fronteras nacionales, las que separan Francia, Suiza e Italia.

Nuestra excursión fue un buen ejemplo de la necesidad de que los planes sean tan flexibles como bien hechos. No teníamos ni idea, cuando empezamos, del dilema con el que nos íbamos a encontrar, ¡Y lo solucionamos cruzando peligrosa e ilegalmente una de aquellas fronteras!

Empezamos a caminar cuesta arriba hasta el idílico pueblecito montañoso de Champex, a 4.800 pies. Además de una impresionante vista de la montaña y de los bosques, y de sus maravillosas escaladas, tenía un lago de una milla de circunferencia que ofrecía la posibilidad de un perfecto paseo bajo una noche estrellada, después de la cena. Un día subimos hasta la Cabane d'Orny, un refugio de montaña al pie del glaciar Orny, a 8.800 pies. Pensábamos que aquel sería el punto más alto de nuestras vacaciones, pero, de hecho, más adelante íbamos a escalar hasta dos mil pies más de altura. Por el momento nos quedamos en Champex unos cuantos días más, antes de empezar el descenso hasta la carretera de la montaña que sale de Martigny y pasa por encima del Gran Paso de San Bernardo. Llegamos a la carretera de Orsiers, que es un pueblo típico de montaña construido a base de grandes bloques de piedra local y cuyos tejados están hechos de pesadas losas de pizarra que los protegen contra las tormentas invernales. Dispuestos a atravesar el Val Ferret ya subir por el Col Ferret, llegamos hasta el Gran Paso de San Bernardo, a 8.100 pies. Allí visitamos el Hospicio y vimos aquellos famosos perros de San Bernardo que llevan pequeñas botellas de coñac a los viajeros atrapados por la nieve del invierno. Siguiendo cuesta abajo pasamos por el pintoresco pueblo de St. Remy, en dirección a Aosta, en Italia, y luego a Courmayeur, donde descansamos durante unos días. Allí estalló el golpe.

Mussolini estaba en aquella época ejercitando sus músculos y nos enteramos de que habían cerrado todos los pasos para salir de Italia, excepto los del Gran y el Pequeño San Bernardo. Aquello era una gran contrariedad; habíamos llegado pasando por el Gra San Bernardo y el Pequeño Paso de San Bernardo nos alejaría mucho de la ruta prevista. ¿Qué podíamos hacer? Pues bien, consultamos con los guías locales de la montaña y nos dijeron que no tendríamos dificultad alguna si seguíamos su consejo. Nos prometieron sacarnos de Italia, pero no nos aclararon el modo en que pensaban hacerlo. Nos preguntaron si éramos buenos escaladores. Y en realidad no lo éramos.

Bueno, era igual, pero necesitábamos hachas para el hielo. ¡Hachas para el hielo! Aquello sí que era una aventura; no nos considerábamos unos alpinistas. Seguramente no volveríamos a necesitar un hacha para el hielo y no quisimos gastar nuestros pequeños ahorros comprando una para cada uno. Preguntamos si podíamos alquilarlas y nos dijeron que sí. Al día siguiente salimos con nuestro guía, llevando nuestras pertenencias en la mochila y un hacha para hielo cada uno. Subimos por aquellas frondosas colinas hasta dejar atrás la línea de árboles. Y ante
nosotros vimos un gigantesco muro vertical de piedra, que se extendía a lo lejos, a derecha e izquierda. Era claramente infranqueable, pero nosotros nos dirigimos directamente hacia él. Al acercarnos vimos una carretera tortuosa que subía serpenteando por aquella pared rocosa, como una escalinata irregular e interminable, constituida por peldaños separados por tres o cuatro pies de altura. Lentamente y entre grandes jadeos, debido al ejercicio y al
aire fresco, fuimos subiendo cada vez más hasta llegar a una altitud de 11.000 pies, a dos millas por encima del nivel del mar, y llegamos por fin a la cima. Era más llana y podíamos divisar desde ella la cabaña de los alpinistas, el Riforgio Torino, donde pasaríamos la noche. Pero estábamos todavía en suelo italiano; nuestro desafío a Mussolini tendría lugar al día siguiente.
En el refugio cenamos y luego nos pusimos a dormir en un rincón. El guía insistió en la necesidad de salir muy temprano, a las cuatro, para poder cruzar el campo de nieve antes de que el sol del verano la reblandeciera. Nunca, antes ni después de aquello, pasé tanto frío, excepto tal vez cuando me he bañado en agua inesperadamente congelada. Llevaba ropa ligera y unos pantalones cortos propios del calor de un día de verano; pero era de noche, estábamos a 11.000 pies de altura y un viento glacial soplaba a través de
millas de hielo y nieve.
Al llegar a la nieve nos atamos todos con una cuerda y vimos la utilidad de las hachas que llevábamos, pues nos sirvieron como una especie de tercera pierna para apoyarnos en aquella superficie resbaladiza y congelada. En algún punto de allí arriba, en aquel
desolado campo de nieve, cruzamos la frontera invisible entre Italia y Francia. Desde luego, no había guardias fronterizos italianos para detenernos. Habíamos subido por el Col du Géant, un paso de la cordillera del Mont-Blanc, a dos tercios de la altura de la misma montaña. A medida que descendíamos por el otro lado, la nieve aplastada iba dando paso, gradualmente, al hielo duro. Pero no era nada regular; la intensa presión de las nieves de invierno la había ido amontonando formando unos grandes montículos y crestas.
Teníamos que ir cortando el hielo para evitarlos. Pero peores aún eran las grandes hendiduras, que encontrábamos de vez en cuando, unas

grietas muy profundas en el hielo, demasiado largas para bordearlas, demasiado anchas para saltarlas y demasiado peligrosas
para deslizarnos por el hielo resbaladizo. ¿Qué podíamos hacer?
Aquel guía alto y atlético saltó primero y nos fue llamando uno a uno para que le siguiéramos. Se apuntalaba, luego sostenía la cuerda delante del que iba a saltar y daba un buen tirón cuando la persona se encontraba en el aire. Una chica bastante bajita de nuestro grupo estaba aterrorizada y segura de que no podría saltar la hendidura, cayendo en el agua negra y congelada que teníamos debajo. Pero, naturalmente, lo consiguió una y otra vez gracias a la ayuda del guía. Si uno de nosotros se hubiera caído, podrían habernos izado con la cuerda, aterrorizados pero ilesos. Y así fuimos bajando aquel famoso glaciar, el Mer de Glace. En cuanto pudimos, cruzamos el borde izquierdo del glaciar y luego continuamos por encima de los cantos rodados de la morrena que está formada por grandes y pequeñas rocas arrancadas de la montaña por el hielo y escupidas a cada lado y al final del glaciar.
Fuimos, pues, bajando a tropezones casi cinco mil pies, hasta llegar a Montenvers, cerca del pie del glaciar. Allí había un restaurante donde comimos, bebimos y nos felicitamos. Al fin y al cabo, éramos unos intrépidos alpinistas. ¡Habíamos escalado el poderoso Col du Géant, a dos tercios de la altura del mismo Mont-Blanc, y habíamos atravesado toda la longitud del Mer de Glace! Pero entonces volvió a aparecer nuestro guía para despedirse y nos dejó bastante deshinchados. Con nuestras cuatro hachas de hielo al hombro se disponía a volver solo de regreso, escalando el glaciar y luego bajando por aquel terrible muro de roca hasta Courmayeur, en lo que quedaba de día. Nos quedamos anonadados, pero sin
embargo lo habíamos conseguido con su ayuda, y para todos nosotros aquella experiencia continúa siendo la mayor emoción de nuestra vida.
Ahora puede hacerse toda la travesía en una hora, poco más o menos, gracias a una serie de cabinas colgantes. Y, considerándolo a la luz de la experiencia, sé ahora que aquel muro de roca no era peligroso, sino sólo terriblemente fatigoso; pero el glaciar hubiera sido muy peligroso de no haber contado con un guía. Nuestro mayor peligro era la posibilidad de torcernos un tobillo, porque llevábamos sólo unas gruesas botas en lugar de las botas de escalar que algunos de nosotros compramos más tarde para otras expediciones.
Despreciando la línea férrea del cremallera, bajamos por la zigzagueante carretera hasta Chamonix. Desde allí seguimos caminando, todavía en Francia, y pasamos unos días en Argentiers antes de volver, vía Trient, hasta Martigny, y luego tomamos el tren y el barco para regresar a Inglaterra.
Afortunadamente, muchos jóvenes tienen todavía este espíritu de aventura. Algunos siguen haciendo excursiones y acampando, aunque si van a pie probablemente se alojarán en un albergue juvenil, y si

acampan es probable que lleven la tienda en la moto o en el coche. Sin embargo, estoy seguro de que no sienten la emoción que sentíamos nosotros al hacerlo todo de la manera más difícil y con pocos medios. Posteriormente, yo también he organizado excursiones en coche, o viajes de negocios en avión por Europa y América, y he disfrutado mucho preparándolos con todo detalle, pero todos han sido realmente mucho menos arriesgados y emocionantes que aquellas primeras vacaciones.

Hoy en día el espíritu de aventura queda también empañado por]as vacaciones organizadas. Es tan fácil coger un puñado de atractivos folletos de una agencia de viajes y seleccionar simplemente las vacaciones más encantadoras que veas a un precio asequible. Con los viajes charter y los hoteles de precio reducido para grupos resulta todo más barato que si viajas solo.

Pero ¿por qué os estoy contando todo esto? ¿Qué relación tiene con el tema de este libro? Pues, simplemente, ésta. Tenemos ante nosotros un viaje que nadie puede evitar, nuestra última aventura, la muerte y el más allá. Si viajáis al extranjero es recomendable
llevarse un mapa y una guía para el país. La mayoría de la gente se enfrenta a la muerte sin preparación alguna. Algunos tienen miedo y se niegan ni tan siquiera a pensar o a hablar de ella; otros están resignados o dispuestos a irse cuando les llegue la hora; hay muy pocos que tengan una idea clara de lo que les espera. A mí me parece que es una cosa estúpida e innecesaria y que será una experiencia más fácil y tal vez incluso placentera, si conocéis de antemano lo que os espera. ¿Cómo podéis saberlo? En los capítulos siguientes he tratado de escribir una guía lógica para el otro mundo.

Mi analogía de los viajes de ultramar no es, sin embargo, exacta del todo. En realidad, no os dirigís a un lugar nuevo, a una especie de cielo en el firmamento. Os dirigiréis hacia un espacio interno que, hasta cierto punto, ya conocéis. Muchas personas han hablado de este espacio interno. Exploremos este espacio con la imaginación, de un modo lógico y sin sentimentalismos, basándonos en nuestra propia experiencia y ampliándola. Este libro es el resultado de mis lecturas y de mis reflexiones, reforzado por períodos de silencio interno. Al hacerme mayor, he querido experimentar esta aventura con la imaginación. Por favor, acompañadme.

CAPÍTULO I

LA VIDA EXTRA-CORPORAL

Este libro está escrito especialmente para las personas del mundo occidental, la mayoría de las cuales pertenecen a una u otra rama de la fe cristiana. Algunas de un modo sincero, otras, de un modo nominal, y

hay otras que son francamente agnósticas. Tendré, pues, que empezar tratando de convenceros de que la vida consciente es realmente posible fuera del cuerpo fisico. Es algo triste. Si estuviera escribiendo para otras regiones del mundo, donde se profesan otras religiones, no tendría necesidad de hacerlo.
Pues en estas religiones ya se habla de la vida después de la muerte y los fieles creen en ello. Si sois cristianos sinceros diréis que también habla de ella el cristianismo. Cierto, pero ¿se enseña de un modo efectivo? ¿Se cree en ello? Forma parte del ceremonial religioso de los funerales, pero de otro modo el tema suele evitarse, tanto por parte de la Iglesia como por parte de los creyentes. Toda la información de que se dispone estos días es escasa y muy confusa, especialmente en las Iglesias protestantes, y muy raramente se habla de ello. Existe una desconcertante conspiración de silencio.
Afortunadamente, no necesito pediros que confiéis en lo que yo os digo. Tenéis a vuestra disposición numerosas pruebas y todo ha sido analizado de un modo científico. Pero no se conoce lo suficiente y no podemos afirmar que todas las pruebas hayan sido aceptadas por la mayoría de los científicos. Me parece una lástima, porque yo soy uno de ellos y sé que actualmente la gente tiende a creerse más las palabras de los cíentíficos que las de los ministros de la religión. Pero a la mayoría de los científicos no les interesa, porque estas ideas no concuerdan con sus actuales convicciones, y desechan las ideas sin ni siquiera estudiarlas. Los científicos, en general, no son investigadores de la verdad, ni tienen una mente tan abierta como se suele creer. Pero ésta es otra historia. Podría empezar con la pregunta de qué suponéis vosotros que ocurre cuando os dormís. Lo que llamamos la conciencia vigílica queda entonces en suspenso, pero ¿podéis creer que Vosotros, vuestro verdadero yo, ha quedado inconsciente? Eso significaría que, virtualmente, dejáis de existir mientras dormís y que volvéis a nacer, por así decirlo, al despertaros. Yo podría decir que los sueños son una prueba de las actividades extra-corporales. Pero no lo haré. Tengo una base más firme sobre la que apoyar mi caso. Los sueños suelen ser incoherentes, fantasías inconexas, y es fácil imaginar que han sido simplemente elaborados por el cerebro, partiendo de recuerdos antiguos y recientes, cuando éste se halla libre del control consciente.
Y esto me lleva directamente a otra argumentación. Si vosotros sentís, como yo, que el cerebro está realmente bajo control durante la vida despierta, entonces ¿quién o qué lo está controlando?
Naturalmente Vosotros, pero ¿quién sois vosotros? Utilizado en ese sentido, «vosotros», seguramente tiene que significar algún ente inmaterial, alguna entidad adicional al cuerpo físico. Para algunos de vosotros, y espero que para la mayoría, lo que digo es bastante obvio. Aunque lo creáis así, muchos científicos materialistas creen realmente que el cuerpo y el cerebro son suficientes para explicar todo el hombre. En el siglo pasado expresaron crudamente esta idea con las

palabras «el cerebro segrega el pensamiento del mismo modo que el hígado segrega la bilis». Hoy en día lo hacen de un modo más delicado, pero el significado es el mismo; la mente y el cerebro no son más que aspectos distintos de una y de la misma cosa, según proclaman estos científicos. Además, dado que nuestra civilización está basada con tanto éxito en la ciencia y en la tecnología, mucha gente cree que los científicos deben tener razón y, por lo tanto, adoptan sus ideas.
Wilder Penfield, un distinguido neurocirujano americano, empezó con estas creencias. Dedicó su carrera hacia una exhaustiva investigación sobre el cerebro y sobre la cirugía cerebral con el fin de aliviar la epilepsia y otras enfermedades debidas a un cerebro dañado. Su propia experiencia en el curso de este trabajo le obligó, a regañadientes al principio, a darse cuenta de que la mente es una entidad separada e inmaterial que dirige y usa el cerebro y el cuerpo para sus propios fines. Comparando el cerebro con una computadora llegó a la conclusión de que la mente es algo similar al programador, al ser humano inteligente que manipula la computadora electrónica como una máquina para hacer cálculos rápidos.
Cuando se retiró, Penfield escribió un libro maravilloso: *Los Misterios de la Mente*, en el que describe los numerosos episodios que le llevaron a su «conversión».
Sir John Eccles, un científico inglés todavía más distinguido y que pasó toda su vida estudiando el cerebro, tuvo la misma experiencia. Al final de su vida también escribió un magnífico libro en colaboración con el filósofo Sir Karl Popper: *El Yo y su Cerebro.*
Hacia el final escribió: «Me veo obligado a creer en lo que podríamos llamar un origen sobrenatural de mi única mente autoconsciente o de mi única yoidad o alma... Gracias a esta especie de creación sobrenatural, escapo de la increíble improbabilidad de que la unicidad de mi propio yo esté determinada genéticamente.»
Si queréis seguir el pensamiento de los científicos, entonces hacedlo con personas como ellos. Los dos se hallaban en la situación más favorable para descubrir la verdad del problema mente-cerebro, y ambos tuvieron el valor de formular nuevas conclusiones y de admitir que al principio se habían equivocado.
No he querido basarme antes en los sueños para demostrar la teoría de un cuerpo superfísico. Pero hay dos tipos de sueños que algunas personas tienen de vez en cuando, e incluso regularmente, que nos dan pruebas de ello. El primero es un sueño muy vívido en el que nos encontramos con nuestra madre, u otro pariente próximo o amigo que ha muerto. Casi siempre esta persona muerta parece muy contenta, muy feliz y en perfectas condiciones, como al principio de su vida. A veces, al despertarnos, recordamos un mensaje o una conversación, pero generalmente tenemos la sensación de una feliz comunión. Yo creo que esto representa lo que podríamos llamar «un

sueño real», un encuentro real en el otro mundo entre el durmiente en su cuerpo sutil y la persona «muerta» en el suyo.
El otro tipo es lo que se denomina un sueño lúcido. La palabra «lúcido» no significa que el sueño sea especialmente claro y brillante; significa que el que sueña se da cuenta durante el sueño de que está soñando. En otras palabras, la lucidez no es visual, sino intelectual. En los sueños lúcidos pensáis y actuáis del mismo modo que lo hacéis en la vida normal. Tenéis cierto control sobre el curso del sueño. Estos sueños son suficientemente conocidos
como para que se haya publicado al menos un libro sobre el tema, *Los Sueños Lúcidos*, de Celia Green, del Instituto de Investigaciones Psicofísicas. Está basado en materiales de los que dispone este Instituto y en otros materiales más, procedentes de libros sobre temas más amplios. En este tipo de sueño soléis ser conscientes de que os halláis en una especie de cuerpo que claramente no es el cuerpo físico normal, sólido y pesado. Por ejemplo, puede flotar o volar sin ningún esfuerzo. Saltar y volar son rasgos comunes de los sueños lúcidos, tal como demuestran los dos ejemplos siguientes. El primero pertenece al libro de Celia Green:

“Había una época en que tenía sueños lúcidos con mucha frecuencia. Me resultaba muy interesante hacer cosas que no podría haber hecho en la vida normal. Por ejemplo, entraba en las tiendas y no sabía si eran tiendas de verdad, y si alguien se daría cuenta de que
robaba algo. Me gustaba saltar desde una gran altura en aquellos sueños. Podía ser en mi piso o en cualquier otro edificio. Pero no había peligro alguno, y era muy agradable saltar desde la ventana. Sin embargo, acabé por asustarme y dejé la práctica, porque tenía miedo de llegar a pensar que estaba soñando cuando no fuera verdad y que pudiera tirarme desde una ventana de verdad.”

En el segundo ejemplo, citado por el escritor ruso Ouspensky, se ve claramente que casi todos los sentidos normales pueden aparecer funcionando en estos sueños.

“Oigo su paso cauteloso y les observo desde la ventana de una casa alta de Galata, en Constantinopla, situada en un estrecho callejón que da al antiguo muelle y al Cuerno de Oro, con sus barcas y vapores, y los minaretes de Estambul detrás de ellos. Los soldados romanos siguen avanzando en apretadas filas por el callejón. Oigo su pesado paso mesurado, y veo como el sol reluce sobre sus cascos. De repente me aparto del marco de la ventana en la que me apoyaba, y en la misma posición reclinada voy volando lentamente por encima del callejón, por encima de las casas, y luego por encima del Cuerno de Oro, en dirección a Estambul. Siento el olor del mar, el viento y el calor del sol.”

A diferencia de los sueños normales, los sueños lúcidos suelen recordarse claramente al despertar, pero podéis tener uno de ellos y olvidarlo. En caso de tener alguno, tratad de no quedar atrapados emocionalmente, en cuyo caso el sueño terminará de inmediato.
Hay que procurar, por todos los medios, evitar el conflicto emocional. El ejemplo final, de Oliver Fox, se refiere a este punto y también menciona el sentido del gusto, el único sentido que no incluía el ejemplo de Ouspensky.

“Era muy difícil mantener el papel de observador impersonal en aquel extraño Mundo de los Sueños, y darse cuenta de que si dejaba que mis emociones dominaran mi control mental, el sueño acabaría abruptamente. Entraba en un restaurante, pedía unos platos, y me despertaba al primer bocado... Conocía a una señora fascinadora y llegaba a hablar con ella un poco, pero el simple pensamiento de un posible abrazo era fatal.”

El sueño lúcido se funde con un tipo de experiencia ligeramente distinta y más conocida. Es la que llamamos «experiencia extracorporal», o según otros, «proyección astral», o más sencillamente «separación». Suele empezar a partir del estado de vigilia sin apenas rompimiento alguno con la conciencia. Es como si quedarais dormidos, pero permaneciendo «despiertos» en un cuerpo diferente, en un mundo diferente, o en un tipo de espacio diferente. Sin embargo, estas experiencias pueden empezar a partir del sueño
normal, o a partir de la inconsciencia causada por la anestesia en una operación, o a partir de una conmoción debida a una caída o a cualquier otro accidente. En este estado de separación, probablemente seáis más conscientes de vosotros mismos en el cuerpo inmaterial que no en un sueño lúcido, y con mucha frecuencia podréis mirar vuestro propio cuerpo físico desde fuera. En casos menos corrientes no es ni siquiera necesario que este cuerpo normal esté inconsciente; puede continuar con lo que estaba haciendo antes de ocurrir la separación: hablar, cantar, escribir a máquina, caminar, incluso conducir un coche o una moto. Pero vosotros, con cierto sentido del Yo, del verdadero Yo, estáis siempre en el cuerpo separado. Podéis observar vuestro cuerpo normal, que sigue hablando con sensatez o que sigue actuando como si perteneciese a otra persona. Podéis contemplarlo de un modo objetivo, criticando su manera de hablar o lo que está diciendo, por ejemplo. Durante el tiempo que dure esta experiencia no tenéis ningún interés especial por ese cuerpo ordinario y ninguna conexión personal en la conciencia con aquello que esté haciendo. Os sentís felices y vívidamente conscientes en vuestro cuerpo separado, excepto en raros ejemplos de conciencia dual. Naturalmente, tiene que existir una conexión, so pena de que el cuerpo se duerma o se desvanezca, o actúe

claramente como un simple autómata. Lo que pasa es que, generalmente, no sois conscientes de la sensación, parece que os encontráis completamente al exterior. Sin embargo, es mucho más corriente que la separación empiece cuando estáis en la cama o descansando en una silla.

Me gustaría poder escribir de una manera consciente sobre mis propias experiencias en la separación, pero son demasiado insignificantes para tener relevancia. Hay ejemplos mucho mejores que podéis encontrar en numerosos libros sobre el tema. Para vosotros, mis propias experiencias no son importantes, pero para mí son cruciales. Me permiten escribir partiendo de una experiencia personal vívida, totalmente incuestionable. No se trata de una cuestión de fe. Yo sé, sin posibilidad de duda, que tengo este segundo cuerpo superfísico. Y como supongo que no soy único, creo firmemente que vosotros y todos los demás tenéis este cuerpo, aunque no seáis todavía conscientes de ello. Pero, de hecho, probablemente seáis ya conscientes de él, aunque no sea de este modo tan aparatoso. La mayoría de la gente civilizada no vive demasiado en su cuerpo físico. Centran sus intereses especialmente en niveles superiores y tienden a vivir en sus emociones y pensamientos. Si reflexionamos sobre esto os daréis cuenta de que cuando estáis atrapados por la emoción, o cuando algo os obliga a pensar en profundidad, en esos momentos apenas si os dais cuenta de vuestro cuerpo. Estáis conscientes en otro reino, en otro estado del ser, efectivamente en un cuerpo sutil y no físico. Volveré a insistir en este razonamiento más adelante.

Entretanto, tenemos pruebas más fehacientes de personas que nos cuentan sus experiencias sobre la separación o experiencia extra-corporal. Ya he mencionado el libro de Celia Green, *Sueños Lúcidos*. Ha escrito otro llamado Experiencias Extra-corporales que analiza estos hechos extraños desde todos los ángulos. Es un libro interesante que, a diferencia del otro, no está basado en ninguna publicación previa. Pidió, a través de la prensa y la radio, que todo aquel que hubiera tenido tales experiencias le escribiera. Los cientos de personas que le escribieron recibieron un cuestionario para rellenar. Se recibieron 326 respuestas, a las cuales se mandó un segundo cuestionario que fue contestado por 251 personas. El libro está basado en todas estas experiencias. Tenemos, pues, unas 300 personas corrientes, que no sólo tuvieron esas extrañas experiencias, sino que también oyeron o leyeron la petición y sintieron el interés suficiente como para rellenar cuestionarios. Por ello, esto no debe ser más que una pequeña muestra. Hay muchos miles de personas entre nosotros que han experimentado la separación en algún momento, pero que rara vez la mencionan por miedo a parecer excéntricos o diferentes. Más adelante mencionaré a otro autor que consiguió

recoger más de 800 casos. Parece, pues, después de todo, que estos sueños no son tan extraños.
Lo primero que diría sobre este estado de separación es que suele recordarse siempre como una condición de deliciosa libertad y felicidad. Mucha gente lo acepta inmediatamente y se deleitan con la experiencia. Otros, hay que admitirlo, quedan perplejos y asustados por su novedad. Puede incluso que se pregunten si han muerto. O bien, tras disfrutar un rato con su aventura, de repente se sienten perdidos y no saben si serán capaces de regresar. Yo lo sé
porqué a mí me ha ocurrido. En realidad, estos temores no tienen fundamento; en cuanto se siente miedo, el cuerpo separado queda automáticamente atraído por el físico con el que vuelve a unirse y la persona se despierta, a veces con un sobresalto, recordando lo que ha ocurrido. Después de unas cuantas experiencias como ésta, ya sabes qué esperar, y que no hay razón para sentir miedo.
El otro punto importante es que la mayoría de estas personas son conscientes de estar en un cuerpo sutil que suele parecerse muchísimo a su cuerpo físico corriente. Puede parecer más joven por estar libre de cualquier incapacidad de las que obligan al cuerpo normal, por la edad, enfermedad o accidente. Si ha perdido un miembro, por ejemplo, el cuerpo sutil vuelve a estar entero. Suele aparecer vestido con la ropa o el pijama que en aquel momento
esté llevando en realidad, o con alguna otra prenda que lleve habitualmente. Hay personas que se ven envueltas en una tenue vestimenta, generalmente blanca. Este es el modo en que suelen aparecer los fantasmas. ¿Es eso tan extraño? ¿No se os ocurre pensar que en ese estado de separación sois un fantasma? Si conseguís haceros visible a cualquier otra persona viva (lo cual no suele ser posible) os considerarán un fantasma y se preguntarán si estáis muerto.
Ocasionalmente, la aparición parece tan real que puede confundirse con una persona real en su cuerpo físico, hasta que desaparece o atraviesa una pared y se va. Otra característica común es que muchas personas miran hacia atrás y ven su propio cuerpo echado en la cama, o sentado en una silla, ya veces despierto y trabajando. Su reacción no suele ser la de alarmarse, o escandalizarse, sino que adoptan una actitud bastante indiferente, «mira, éste soy yo, éste es el aspecto que ofrezco ante los demás». Lo que resulta sorprendente es la falta de interés que muchas personas sienten por su cuerpo físico inerte, por su habitáculo normal. La razón es que su conciencia está casi totalmente centrada en su cuerpo separado; y es éste el que se siente realmente vivo, mientras que el otro no tiene más interés que el de un abrigo que se cuelga al entrar en una casa caliente.

“Yo no sentía ningún interés por mi cuerpo físico, ni por mi vida física. Sólo quería seguir y prolongar aquel estado feliz de existencia donde

todo era más brillante, más vívido y más real que todo lo que había conocido antes. Celia Green, Experiencias Extra-Corporales.”

Para aquellos que lo han experimentado, esta capacidad de mirar atrás y adelante de un cuerpo a otro es una prueba irrefutable de que realmente poseen este segundo cuerpo en el que la vida puede continuar independientemente del marco físico. Estas personas insistieron en la cualidad «positiva» del desapego que experimentaron, y no en la resignación. Algunos se sintieron muy interesados por su experiencia, pero no se involucraron emocionalmente. Es muy fácil que la emoción impulse el retorno. El interés
fue descrito como «académico» , «crítico» o «interés y fascinación objetivos». «Los problemas de la vida cotidiana son muy triviales», «Fue como si todas las preocupaciones de mi vida hubiesen desaparecido». Pero algunas personas sienten compasión por sus cuerpos sufrientes.
El pensamiento y la memoria persisten en la forma separada, frecuentemente más agudizados que en la vida despierta. El mero hecho de pensar en otro lugar basta para volar hacia allí casi al instante. La separación es causada, en ocasiones, por la tensión, cuando nos damos cuenta de un peligro inminente, como el que nos ilustra el siguiente caso; ocurrió antes de que la persona chocara realmente contra el suelo en su caída.

“Mi experiencia tuvo lugar en «Harrison's Rocks», un pequeño acantilado rocoso del sur de Londres. Después de dormir durante la noche, me levanté un domingo por la mañana y, creo recordar que sin comer nada, empecé a escalar las rocas en solitario. A unos quince o veinte pies por encima del suelo resbalé y caí. Objetivamente la altura no era muy grande, pero creo que me asusté mucho por el posible dolor o la muerte y por un momento abandoné la idea de vivir. Mientras caía, me parecía estar a unos cinco o diez pies de las
rocas, viendo como mi cuerpo caía. Recuerdo vagamente que me hubiera gustado investigar aquella extraña sensación girando al otro lado de mi cuerpo para mirarlo. Cuando dí contra el suelo el dolor fue lo que me preocupó de inmediato; me había torcido gravemente los dos tobillos. Celia Green, Experiencias Extra-Corporales.”

Resulta difícil describir las percepciones sensoriales del cuerpo sutil. Evidentemente, una vez separado, no puede utilizar los órganos ni los sentidos del cuerpo físico; ni tampoco tiene un duplicado de sus sentidos, aunque pudiéramos creerlo así después de leer narraciones sobre algunas experiencias de separación. Únicamente los observadores más experimentados reconocen que el cuerpo sutil adquiere conciencia de sus alrededores de un modo totalmente diferente y único, es como si tuviese un único órgano sensorial que

combina las capacidades de los otros cinco sentidos normales, incluso más. Tal vez no haya ningún órgano sensorial localizado, pero todo el cuerpo es sensible y receptivo. Pero ¿cómo podemos describirlo? No tenemos palabras para ello. Se ha usado el término *sinestesia*, como la síntesis de todos los sentidos, pero no resulta muy útil en las narraciones de estas experiencias. Por eso, lo que casi todos los escritores hacen, incluso aquellos que comprenden bien la situación, es utilizar palabras familiares como ver, sentir, oir, etc. Pero al leer estas explicaciones tendríamos que imaginar estas palabras entre comillas, pues no tienen su significado ordinario. Están usadas en un sentido imaginario. Si alguien dice: «estaba fuera de mi cuerpo y vi un Angel», mentalmente deberíais traducir la frase en algo como «Estaba fuera de mi cuerpo físico, y en mi cuerpo sutil adquirí conciencia de un Ser. No puedo describir exactamente lo que ocurrió. Fue como si le viera, pero era algo
mucho más importante que la visión terrenal. También sabía que era un Ser Espiritual bondadoso, de gran esplendor, que había venido para ayudarme. En parte, me recordaba las descripciones de los Angeles que había leído, pero era mucho más glorioso y más
bondadoso de lo que hubiera podido imaginar.»
Es en gran parte esta clase de concienciación lo que hace que la vida «del otro lado» sea al principio tan desconcertante, pero también mucho más vívida y más satisfactoria que nuestras experiencias terrenas. En comparación, éstas parecen primitivas, a pesar de
las capacidades verdaderamente maravillosas del oído y de los ojos, en combinación con el cerebro. Otra capacidad del estado «desencarnado» es la habilidad de «ver» en todas direcciones y no sólo desde la posición que ocupan los ojos, y ver los dos lados de
un objeto simultáneamente. Esto explica el ocasional giro al revés de un objeto cuando se regresa al cuerpo. El número «78» puede recordarse como «87 » por la dificultad de distinguir la derecha y la izquierda. También es posible ver en la oscuridad cuando uno está
fuera del cuerpo, y ver a través de los objetos, o ver su exterior y su interior al mismo tiempo. El sentido del tiempo también puede ser distinto al del estado normal de vigilia.
Varias personas han intentado visitar a un amigo cuando salían de su cuerpo. Generalmente, el amigo no es consciente de su visitante, pero a veces la presencia se ve o se siente como una impresión.
La psicokinesis, es decir, el movimiento físico de objetos mediante el pensamiento o mediante el cuerpo separado, no suele ser posible. La persona es a menudo consciente de que su mano sutil atraviesa el objeto que quiere mover sin afectarlo en absoluto. Similarmente, la forma separada puede atravesar un techo o una pared sin ninguna dificultad, pero a menudo la persona está inhibida por su experiencia normal y no intenta estos experimentos.

Hace cincuenta años o más, varios escritores quisieron explicar la sorprendente naturaleza del plano astral (1) sugiriendo que es un mundo de cuatro dimensiones, en lugar de las tres dimensiones del mundo normal. Para ayudarnos a visualizar la situación presentaron una analogía. Se nos hacía imaginar una raza de hombres planos, sin grosor alguno, confinados en un mundo plano bidimensional. (2D) Para ellos, nuestro mundo normal tridimensional (3D) sería tan desconcertante como un mundo cuatridimensional (4D) pudiera serlo para nosotros. La analogía, sin embargo, no era muy convincente, porque casi es más difícil imaginar hombres bidimensionales que hombres cuatridimensionales. Creo que la razón es
que estamos rodeados por representaciones del mundo tridimensional en superficies planas bidimensionales, y tenemos dibujos, cuadros, fotografías y ahora imágenes televisivas. Con ayuda de la perspectiva y la colaboración de los ojos, el cerebro y la mente, no tenemos dificultad alguna para imaginar la dimensión que falta, la de la profundidad.
Creo que hay una analogía mejor, la del dibujo de la sombra o silueta. Si, por ejemplo, el perfil de la cabeza de una persona está iluminado por una sola luz concentrada puede proyectar una sombra delineada sobre una pared blanca. y entonces, tendréis una
verdadera proyección bidimensional de la cabeza de esa persona.
Si fuera un desconocido, os costaría mucho imaginar qué aspecto tiene esa persona realmente, pues la silueta no da una indicación de la profundidad como lo hace el dibujo. Creo que esta analogía nos permite apreciar mejor nuestra dificultad para imaginar la profundidad todavía mayor, la complejidad y amplia visión de la imagen astral.
Normalmente, nosotros percibimos desde un punto fijo, el de nuestros ojos, y todo cuanto vemos de un objeto sólido es la parte de una superficie externa visible desde ese punto de vista.
No estoy sugiriendo que el otro mundo sea realmente cuatridimensional en un sentido literal (geométrico). Hay otra explicación de sus propiedades que encuentro más satisfactoria. Pero la idea de una cuarta dimensión imaginaria puede ser útil para algunas personas.
Otros libros que tratan sobre el tema incluyen recopilaciones de casos, especialmente Crookall y otros libros que explican las propias incursiones repetidas del autor en este otro mundo. Tal vez el más conocido de éstos sea uno que fue publicado en 1929 por Muldoon y Carrington La Proyección del Cuerpo Astral. Muldoon vivía en una parte rural de los Estados Unidos y experimentaba lo que él llama proyecciones astrales, desde los doce años. Tenía sólo veinticinco cuando empezó a escribir su libro, animado por el otro autor, un famoso escritor de temas ocultos. Por entonces, ya había tenido cientas de estas experiencias, algunas espontáneas y otras inducidas deliberadamente. La separación le era muy fácil, y escribe con la convicción de que la mayoría de la gente puede experimentarla por sí misma siguiendo su técnica. En la práctica no resulta ni mucho menos

tan sencilla como él supone. Admite que puede ser difícil para personas de salud robusta. Sorprendentemente, afirma que la separación es más fácil cuando el cuerpo está
fatigado, enfermo o viejo: él inducía un estado adecuado de pasividad reduciendo el ritmo de los latidos de su corazón, algo que podía hacer a voluntad, pero algo poco común. Luego, se recomienda la relajación del cuerpo, mientras se mantiene la mente alerta pensando en la proyección e imaginando con todas las fuerzas cómo el cuerpo astral se eleva por encima de la forma física que yace en la cama. Pero el estado emocional debe ser de tranquilidad y sin miedo. Sin embargo, para Muldoon, la proyección con plena
conciencia era a veces una experiencia desagradable, acompañada de una sensación vibratoria de arriba a abajo, y de dolor en la nuca. Otros practicantes, especialmente Monroe (véase más adelante) han mencionado fuertes ruidos extraños en los oídos, como ruidos de rugidos y ráfagas de viento. Es preferible, dice este autor, dormirse normalmente y luego «despertarse» en una conciencia astral. Entonces, uno puede despertarse del todo directamente desde ese estado, o puede volver a caer primero en el sueño normal. El despertar directo desde la conciencia astral, especialmente si se debe al miedo, puede ser desagradable e incluso doloroso, pues los cuerpos quedan repentinamente «en coincidencia», como dice Muldoon. El resultado es una «repercusión» que sacude el cuerpo.
Yo mismo suelo tener ligeras repercusiones cuando intento dormirme con la mente todavía activa. Supongo que me adormezco y tengo que volver al instante para terminar el curso de mis pensamientos. De cualquier modo, esta noción del paso desde el sueño a la conciencia astral tiene algo familiar: esto es lo que muchos de nosotros hacemos por la noche, pero al despertar, raramente recordamos nuestras excursiones. En realidad, la separación en sí no
es nada inusual, pero hemos de aprender a recordarlo, cosa todavía poco común. Muldoon afirma que a partir de observaciones de su familia y amigos en estado de separación, el cuerpo sutil se separa normalmente del cuerpo físico durante el sueño. Pero, generalmente, se mantiene a una distancia de un pie por encima del cuerpo dormido, quedando en un estado parecido al sueño, mientras los dos cuerpos van reorganizándose, por así decirlo, para el trabajo del día siguiente. A veces el cuerpo sutil puede vagar un poco, envuelto en sus propios pensamientos y fijándose poco en lo que le rodea. Pero otra s personas están totalmente «despiertas» en el plano astral, aunque raramente recuerdan sus viajes por la mañana.
Tal vez sea éste el mecanismo protector de la Naturaleza: en la conciencia despierta ya tenemos suficientes preocupaciones como para cargarnos con el peso de nuestras actividades nocturnas. Estas personas tienen, por así decirlo, la doble personalidad de

Jekill y Hyde, pero es muy probable que sea el doctor Jekill quien se encuentra activo por la noche en misiones altruistas. Más adelante volveré a tocar este tema.
Muchos autores han hablado de un «cordón de plata» que conecta el cuerpo físico con el cuerpo sutil. Muldoon siempre fue consciente del «cordón de plata» que los unía. No solamente podía verlo, sino que podía sentirlo como un cable, aparentemente blando y elástico, pero sólido. También sentía una especie de tirón elástico del cordón, que tendía a atraerlo hacia el cuerpo, y su tensión parecía aumentar hasta que se alejaba unos diez o veinte pies de su cuerpo. Pero en cuanto conseguía rebasar esta distancia, el cordón se hacía más fino convirtiéndose en un hilo y dejaba de tirarle hacia atrás. Sin embargo, cuando llegaba el momento de finalizar la separación, el cordón volvía siempre a atraerlo hacia atrás. Si alguna vez tenéis esta experiencia, tratad de recordar que es imposible
perderse. El cordón os volverá siempre al lugar sanos y salvos. Se nos dice que únicamente al morir se corta finalmente ese cordón.
Las máximas experiencias de Muldoon eran, en su mayoría, monótonas. Se encontraba en un mundo muy parecido al mundo normal en que vivía, en un cuerpo igual a su cuerpo físico, con la excepción de que era ligero y podía viajar libremente. Una de sus
experiencias más interesantes y convincentes fue cuando visitó una extraña casa, viajando en proyección astral. Pudo fijarse en su situación, en una ciudad cercana y memorizar detalles de su interior. Vio a la familia que vivía allí, incluyendo a una niña de su
misma edad aproximadamente que estaba cosiendo. Más tarde, una vez despierto, encontró a aquella niña y la reconoció, presentándose y describiendo detalles de su casa que ella confirmó inmediatamente. Se hicieron amigos y se dispusieron a llevar a cabo
algunos experimentos en la proyección astral.
Otro autor que ha escrito sobre sus numerosas experiencias extracorporales es Monroe, un ingeniero en electrónica y un ejecutivo. De repente, empezó a tener estas experiencias que continuaron y fueron haciéndose más interesantes cada vez. Como era una persona del campo científico, se ofreció para reconocimientos médicos y experimentos científicos, y describió sus observaciones de un modo más científico que la mayoría de los otros autores. Sus experiencias en lo que él llama Locale I, que se parece mucho al mundo ordinario, eran realmente similares a las de otras personas. Pero en su Locale II, encontró un mundo menos familiar en el que tuvo muchas aventuras, conoció a mucha gente interesante y «conversó» con ellos, generalmente mediante una especie de telepatía, sin palabras. El tiempo y el lugar parecían actuar de modo diferente. Ante su menor deseo, se encontraba en otra localidad. Además de escribir un libro, *Viajes Extracorporales*, Monroe siguió sus propias experiencias, elaborando unas técnicas para inducir la misma condición en otros

voluntarios. Era consciente de unas sensaciones vibratorias en el cuerpo y de unos sonidos en los oídos, como unos fuertes rugidos, precisamente antes de abandonar el cuerpo. Hacía relajar a los voluntarios en un colchón de agua, con unos auriculares estereofónicos en las orejas, y a través de ellos les transmitía varios sonidos. Un tono puro en su oído, y un
tono ligeramente diferente en el otro se combinaban en el cerebro para producir un tono vibratorio bajo. Un «sonido blanco» a todo volumen para simular el rugido, más unas campanas del templo y otros sonidos más musicales, era suficiente para conseguir que la
mayoría de las personas saliesen de su cuerpo. Sin embargo, conservaban cierto grado de conciencia dual, podían dictar sus experiencias a una grabadora mientras sucedían. Oí decir que había tenido éxito en 600 personas, pero gran parte de su material tenía que ser analizado todavía. Más interesante aún, es que Monroe ha formado un Grupo de Exploradores, formado por sus mejores sujetos, que se dedican a examinar repetidamente estos otros mundos.
Además, cuando uno de ellos se halla «fuera» y narra una extraña experiencia, puede mandarse allí un segundo miembro del equipo para que le encuentre y confirme su observación. El hecho de que las experiencias puedan ser compartidas es especialmente significativo y demuestra que es mucho menos probable que sean alucinaciones de cualquier clase. En principio me preocupaba un poco pensar que tantas personas parecían tener sus propias experiencias únicas. Pero tampoco es realmente sorprendente, pues si cien visitantes del espacio fuesen enviados a distintos puntos separados de la tierra, contarían cien historias distintas de sus aventuras. No hay razón para suponer que los otros mundos sean más uniformes que nuestro mundo conocido.
En su libro «La Vida Mística» Whiteman habla extensamente de sus propias experiencias espontáneas que se cuentan a miles. Whiteman es catedrático de Universidad y también ha sometido sus experiencias al análisis y clasificación científicos. Describe varios tipos distintos de separación y llega a la conclusión de que el grado de separación depende del grado de conquista sobre las fijaciones emocionales e intelectuales. En sus separaciones no se limitaba a aquellos reinos o espacios parecidos a la tierra, como la mayoría de la gente. El describe espacios superiores de creciente pureza y espiritualidad. Las experiencias más elevadas de Whiteman eran comparables a las de los famosos místicos cristianos y a las de los más experimentados yoguis hindúes. De éstas hablaré en un capítulo posterior. Sin embargo, la actitud espiritual de Whiteman respecto a sus experiencias es digna de mención. Eran todas espontáneas. Nunca intentó inducir la separación, aunque a veces trató de modificarla con la intención de elevar su conciencia a niveles espirituales superiores, a través del Amor y la Obediencia. Consideraba cada acontecimiento como algo que se le

otorgaba para aumentar su comprensión, y él ha pagado estos regalos escribiendo libros para guiar a otros hacia la vida espiritual.
Volviendo a los compiladores de experiencias extracorporales de otras personas, debo mencionar que tres libros escritos por Crookall hablan de no menos de 800 casos. Con algunas excepciones que pertenecen al capítulo siguiente, no añaden mucho a la
información que he recogido de otras fuentes. Pero lo que más me interesó fue el título de su último libro «Lo que Ocurre Cuando Morirnos». Como voy a intentar demostrar, éste es un título presuntuoso y confuso. Según mi modo de pensar, trata sólo de lo que puede suponerse que ocurre a algunas personas durante los primeros minutos u horas después del «despertar» al otro lado. Sin embargo, este título del libro plantea una cuestión importante: ¿podemos asumir que las experiencias extracorporales durante la vida física son una premonición exacta de la vida después de la muerte?
El leer sobre estas experiencias puede no ser convincente; es posible despreciarlas considerándolas sueños o alucinaciones, a pesar de los 2.000 casos o más que se han podido recoger y de los muchos miles que deben haberse conservado como algo privado y precioso. Pero incluso una sola experiencia vívida personal de vida en un cuerpo separado, y más todavía si el cuerpo físico también se ve, es totalmente convincente. Es decir, proporciona una prueba irrefutable, por experiencia directa, de que es posible funcionar en este «Cuerpo de Luz» , como podemos llamarle. Si una persona piensa en todo esto, probablemente reflexionará y dirá: ¿Sí tengo este otro cuerpo -y sé ahora que lo tengo- entonces cuando me muera ¿qué va a impedirme seguir viviendo conscientemente en este cuerpo? Verdaderamente ¿qué? Es difícil contrarrestar un argumento así.
Personalmente yo estoy de acuerdo con esa persona, aunque por lo que he leído, supongo que habrá algunas diferencias de detalle en la calidad de la vida después de la muerte, en comparación con los breves episodios extracorporales. Particularmente creo que, a medida que nos vamos familiarizando con las condiciones después de la muerte, la vida se abre y florece de un modo que pocos han experimentado durante su vida sobre la tierra. Si no estáis convencidos todavía, leed al menos el siguiente capítulo que ofrece pruebas más directas.

CAPÍTULO II

EL RETORNO DESDE EL MÁS ALLÁ

En el capítulo anterior nos dimos cuenta de que la mayoría de las personas que han pasado por una experiencia extracorporal tienen una gran certeza de que se encontrarán con experiencias similares después de la muerte. Todos dicen «¿Como podría ser de otro modo?». «Sé por

mi propia e incontrovertible experiencia que puedo estar realmente vivo y consciente en este segundo cuerpo, totalmente separado de mi cuerpo normal, y cuando lo pierda con la *muerte*, nada puede impedirme vivir en mi segundo cuerpo.»

Y nada les hará desistir de su certeza. Pero el materialista que no ha tenido esta experiencia y no quiere admitir estas ideas turbadoras que darían al traste con todas sus convicciones anteriores ¿qué puede decir? Dirá que son sueños o alguna clase de alucinaciones, todo menos aceptar las ideas a las que su mente está cerrada. Dudo que alguna vez podamos tener pruebas materiales de la vida después de la muerte, pruebas que incluso el científico más obstinado se vea obligado a aceptar. Todo cuanto podemos esperar es una gran acumulación de casos que, por su similitud y sinceridad, sean suficientes para convencer a la gente de mente abierta e inquisitiva.

¿Qué pasaría entonces si alguien se muriera de verdad y luego regresara, recordando como era estar muerto? Gracias a los progresos médicos en la resucitación, realmente hay cientos de personas que lo han hecho. Algunas personas han muerto ahogadas o por un ataque al corazón. A veces se ha intentado resucitarlas pero sin éxito. En algunos casos incluso se ha escrito un certificado de defunción. Sin embargo, por lo que sea, tal vez por los ruegos de un pariente, el doctor ha vuelto a intentarlo y el paciente, clínicamente muerto, ha resucitado gracias a un masaje al corazón ya la respiración artificial, o a algunas técnicas más modernas. Algunas personas a las cuales les ha sucedido ésto no recuerdan absolutamente nada de lo que pueden haber experimentado en el otro lado. Pero otras, cientos de ellas, recuerdan claramente estos acontecimientos y pueden relatarlos al doctor o a un pariente cercano. Unas pocas personas «murieron» dos veces en un intervalo de pocos años. En una ocasión no recordaron nada, pero en la otra tuvieron experiencias vívidas extracorporales.

Dos médicos americanos, el doctor Raymond A. Moody, Jr. y la doctora Elisabeth Kubler-Ross, pasaron varios años recogiendo datos de estos casos sin saberlo, cada uno por su lado. Pero fue Moody quien sacó la primera publicación bajo el título: «La vida después de la vida». Su editor debió haber oído hablar de la otra investigación y le mandó a la doctora Kubler-Ross un primer ejemplar del libro. Ella replicó, en efecto, que podía haber escrito un libro exactamente similar, porque sus descubrimientos se correspondían perfectamente. De hecho, escribió un prólogo para el libro. Los casos de los que habla son todos anónimos; en algunos ejemplos esa fue la condición que puso la persona que los había relatado.

Los casos de estas personas tan próximas a la muerte son similares en muchos aspectos a los que hemos estado considerando de personas más o menos sanas. Pero, a menudo, incluyen algunas características adicionales, tres de las cuales son bastante sorprendentes. Con mucha frecuencia la experiencia empieza cuando la persona, liberada de su

cuerpo moribundo, pasa por un túnel oscuro con una luz en el otro extremo. Al salir de él, suele encontrarse con una entidad benefactora y bondadosa, que podríamos llamar Cristo o Dios, pero que normalmente no tiene forma; puede describirse simplemente como un globo de luz o como un Ser de Luz.

Esta entidad invita al individuo, amablemente pero con firmeza, a repasar toda su vida anterior. y esto se le facilita desplegando ante él una especie de pantalla tridimensional de cine o televisión, sobre la cual se contemplan los más importantes acontecimientos de su vida. Algunas personas afirman que todos los pequeños episodios por más triviales que fueran, quedaron plasmados allí. Resulta interesante el hecho de que el Ser simplemente dirige la atención del observador, invitándole a reconsiderar sus acciones, preguntando especialmente cuánto amor verdadero o altruista incluía cada una de ellas. El Ser no pronuncia juicio alguno; simplemente invita a la persona a juzgarse a sí misma. Con la visión y comprensión más clara de este otro mundo, la persona encuentra al desnudo todas sus ilusiones y pretensiones y se ve obligada a realizar un juicio verdadero, por más doloroso o humillante que pueda ser.

Podríamos pensar que esta revisión tan detallada debería durar toda otra vida, o al menos muchas horas. Pero aquellos que lo han experimentado comentan a menudo que el tiempo parece totalmente distinto en ese otro mundo -de hecho casi no existe- como si el presente, el pasado y el futuro coincidieran en el momento presente. Frecuentemente, por la rapidez de la resucitación, hay pruebas de que la revisión pudo haber durado sólo unos minutos del tiempo terrenal ya veces sólo unos segundos.

Otro punto interesante es que este experimento extracorporal puede sucederle a cualquier persona que haya estado expuesta a un peligro extremo, pero que de hecho escapó viva, con o sin heridas. Tenía un «miedo mortal» y sufrió una especie de muerte psicológica en la cual dejó su cuerpo por unos instantes. En el capítulo anterior teníamos el ejemplo de un escalador que cayó de una roca y abandonó su cuerpo durante el tiempo que tardó en caer unos veinte pies. Moody habla del caso de un motorista que derrapó de la carretera y dejó su cuerpo durante el tiempo en que el coche voló por los aires, aterrizando al final de un terraplén. Escapó con lesiones leves. Otro ejemplo sacado del segundo libro de Moody

«Reflexiones sobre la vida después de la vida» nos habla de una persona que quedó atrapada en un incendio con numerosas explosiones. Vio como venían a rescatarle, pero estaba seguro de que moriría antes de que pudieran llegar hasta él. En su terror dejó su cuerpo y experimentó una revisión de su vida pasada. Luego retornó y quedó asombrado al ver a los rescatadores a un paso de su persona. Lo salvaron, pero sufrió graves quemaduras.

Moody no nos habla de ningún caso completo. En cambio ha clasificado las experiencias relatadas por sus personajes en 15 situaciones distintas, cada una de las cuales está ilustrada con varios retazos apropiados sacados de sus narraciones. Insiste en el hecho de que cualquier persona en particular mencionará sólo algunas de estas situaciones; las otras puede haberlas experimentado sin darse cuenta o sin recordarlas, o tal vez estuvieran ausentes. Parece que Moody nunca preguntó a sus personajes: les dejaba contar su historia y tomaba notas o las grababa. Sin embargo, lo que nos ha proporcionado es una especie de caso compuesto idealizado e imaginario que ilustra las 15 situaciones. En la práctica, ninguna persona las mencionó todas; el mayor número del que hablaron algunas personas fue de 12, aunque algunas hablaban de 8 ó más. Cada elemento ha salido por lo menos en varias narraciones y algunos son casi universales. El orden en el cual ocurrieron, o fueron explicados, difería algo de un caso a otro.

Parece interesante repasar el detallado análisis de Moody sobre los 15 componentes de la experiencia. Esto nos permitirá tener una mejor impresión de las condiciones que siguen inmediatamente a la muerte. También resulta interesante ver la similitud de este cuadro con las descripciones anteriores: porque, contrariamente a lo que él suponía, Moody no fue la primera persona que escribió libros sobre estas experiencias extracorporales. Yo interpolaré algunos de mis propios comentarios.

El primero es el de la «Inefabilidad». Por más breve que sea su experiencia, a la persona le resulta obvio que las condiciones de este otro mundo son distintas en muchos aspectos a las de la tierra, aún sin tener en cuenta la repentina ausencia del dolor y la sensación de ligereza. No existen palabras para describir ese mundo. Todos están de acuerdo en ello, pero mientras que algunos quedan enmudecidos, otros intentan la imposible tarea de encontrar palabras, por más inadecuadas que sean, para describir lo que pasa.

Una mujer explicó que el mundo físico es tridimensional, que tiene 3 direcciones fundamentalmente distintas, en ángulos rectos, izquierda-derecha, delante y detrás, arriba y abajo. Pero este otro mundo tiene más de 3 dimensiones. En las primeras décadas del siglo se solía describir el «plano astral» de los espiritistas en términos de una cuarta dimensión (geométrica y no el tiempo como en el mundo de Einstein del espacio-tiempo). Personalmente yo no creo que esta idea de una cuarta dimensión sea literalmente verdadera, pero sirve para describir por analogía algo de la peculiaridad de esta nueva clase de espacio.

A continuación tenemos el «Oído». Inmediatamente después de dejar el cuerpo físico enfermo, la atención de la persona se dirige a menudo hacia atrás, hacia el mundo físico que acaba de dejar tan recientemente y de un modo tan misterioso. Tal vez vea su cuerpo y

los médicos o parientes que tratan de revivirlo, tal vez les oye diciendo que está muerto, y discutiendo la manera de intentar resucitarle. Los médicos quedan a veces asombrados cuando después les dicen exactamente lo que ellos dijeron o hicieron, presenciado y contado por una persona que estaba indudablemente inconsciente o incluso clínicamente muerta en aquel momento.
La mayoría de las personas hablan de «Sensaciones de Paz y Calma». Como dijo una mujer víctima de un ataque cardíaco: «Comencé a experimentar las más maravillosas sensaciones. No podía sentir en el mundo más que paz, tranquilidad y comodidad, simplemente la quietud. Sentía que todos mis problemas habían desaparecido y pensé: Qué tranquila y en paz me siento y no me duele nada».
El factor siguiente que Moody menciona es «El Ruido». Aunque según otras narraciones, especialmente las de Monroe, éste puede esperarse antes de que ocurra la muerte real. El sonido, percibido solamente por algunas personas, puede ser especialmente desagradable, o tolerable. Ha sido descrito como un fuerte zumbido o timbre; alternativamente, puede ser un rugido o un silbido como el viento. Otros pueden oír campanas o una hermosa música, pero es más probable que se haya oído esto cuando ya se está realmente en el estado extracorporal.
La experiencia del «Túnel Oscuro» ha sido ya mencionada. Hay descripciones alternativas de una caverna o un pozo, una chimenea, un vacío o una alcantarilla o un valle -«¿el valle de la sombra de la muerte?». Algunas personas hablan de una caída a través del espacio.
Moody dedica 20 páginas a «Fuera del Cuerpo», dando numerosos ejemplos de las notas que había tomado de sus casos y comentándolos. Puesto que la mayoría de la gente se identifica con el cuerpo físico la mayor parte del tiempo, resulta un «shock» encontrarse separados de él en otro estado de existencia, desde el cual pueden a veces ver su cuerpo desde lejos. No es sorprendente que al principio suelan estar confundidos y tal vez
no relacionen la experiencia con la muerte. Algunos tienen miedo y tal vez el pánico les haga intentar regresar al estado físico.
Otros, como se ha dicho, están bastante tranquilos y aceptan inmediatamente la nueva condición. Podemos sospechar que lo han experimentado muchas veces mientras dormían, aunque nunca, antes, les haya quedado ningún recuerdo en la conciencia vigílica. Estas personas, ya de por sí, no sienten pesar alguno en dejar el cuerpo, y si no fueran retenidos pasarían tranquilamente a la vida del más allá. Después de un intervalo de confusión, una mujer recordó que había pensado, «¡Oh, estoy muerta! jQué maravilla!»
Unas pocas personas se dan cuenta de que son conciencia pura desencarnada, sin ningún cuerpo. Otros sienten (¿o imaginan?) que tienen un cuerpo que, de alguna manera, se parece al físico.
Otros se quedan tan asombrados por todas las cosas extrañas que pasan que ni siquiera consideran su propia situación. El «Cuerpo

Espiritual», como Moody lo llama, se reconoce a veces primero por sus limitaciones; en este cuerpo es imposible comunicarse con otras personas que están vivas y despiertas. Para ellos se es invisible; no te oyen si les hablas, si quieres tocarles, no responden, y tampoco se tiene sensación de tacto alguno. Incluso parece que las personas vivas caminan a través de nuestro cuerpo espiritual ¡sin ni siquiera darse cuenta! ¡Es de lo más frustrante!

Las características positivas del cuerpo espiritual son difíciles de explicar con palabras corrientes. Todos parecen estar de acuerdo en que no pesa nada y que carece también de la sensación de equilibrio que mantiene el cuerpo físico recto y firme en sus movimientos. Por otra parte, el cuerpo espiritual tiene libertad para desplazarse a cualquier parte voluntariamente casi al instante, y puede pasar a través de los obstáculos físicos. Cuando se percibe este cuerpo, puede aparecer transparente o con aspecto de nube.

Ya hemos mencionado la aparente carencia de tiempo de este estado. Otra característica, señalada por algunos, es la facultad de pensar de un modo claro y rápido. En otras palabras, se usa la mente que no es física, libre del cerebro físico que actúa lentamente. La percepción en este estado no parece depender de unos órganos especializados como los ojos y las orejas: es como si todo el cuerpo pudiera recibir impresiones, de modo que uno puede «ver» en todas direcciones, por así decirlo. El oído puede ser traducido en palabras, debido a la rutina, pero realmente es algo parecido a la telepatía, una comunicación de una mente a otra, directamente, en pensamientos, en ideas no verbalizadas. Otra observación consoladora para cualquier persona tullida o que haya perdido el uso de alguna parte de su cuerpo es que, a pesar de todo, el cuerpo espiritual aparece perfecto y en su totalidad.

Al principio, la incapacidad para lograr cualquier contacto con las personas vivas puede dar origen a la soledad y a una sensación de aislamiento: pero esto desaparece más tarde al encontrar otras personas en su cuerpo espiritual, incluyendo a los parientes muertos anteriormente.

Todo esto nos lleva al siguiente apartado de Moody, «El encuentro con otros». Algunas personas, en este estado extracorporal tan próximo a la muerte, son vívidamente conscientes de que se encuentran con parientes y amigos muertos que ofrecen un aspecto muy parecido al que tenían en la tierra, aunque generalmente más jóvenes y más radiante. Otros tienen alguna percepción de estas personas, pero sólo como espíritus desencarnados con los cuales pueden establecer una comunicación mental. Unas entidades espirituales desconocidas, llamadas a veces ángeles, pueden encontrarse también en una de estas dos formas. A menudo, se le dice al visitante que su hora no ha llegado todavía, que tiene que volver y completar su período de vida en el cuerpo físico, que tiene que continuar alguna tarea inacabada, cuidando a la familia y otras cosas.

Esta idea suele provocar un momentáneo resentimiento, pues la vida, desde el otro lado, parece muy poco atractiva. Pero, después de reflexionar, se suele aceptar de buen grado recuperar la carga de la vida terrena. El hecho de que ésta sea considerada generalmente como una carga debería ser un gran alivio para todas las personas que tienen miedo de morir y que se apegan a un cuerpo
físico dolorido y gastado, tal vez más tiempo del debido.
Los siguientes apartados, «El Ser Luminoso», «La Revisión», han sido ya considerados con cierto detalle.
A continuación, llegamos a la «Barrera o límite». Algunas personas hablaron de una especie de barrera para pasar al otro lado. Sintieron, o les dijeron, que si cruzaban no podrían regresar, pero que realmente debían regresar y vivir su vida física. La barrera se
interpretaba, de varios modos, como agua (¿la ribera Estigia?), una niebla gris o una valla.
«Contarles a los demás» estas experiencias es todo un problema, porque la mayoría de la gente no quiere oír hablar de estas cosas. Tratan de darles poca importancia y las consideran sueños y alucinaciones o, simplemente, como una imaginación, o incluso como prueba de desequilibrio mental. Esto puede ser perjudicial para el sujeto para quien estos acontecimientos fueron una de las experiencias más vívidas y «reales» de toda su vida. Así que se callan o, pensando en estas reacciones, nunca se lo cuentan a nadie, a menos que alguien parezca interesado. La sugerencia de que la imaginación tiene algo que ver en ello es especialmente absurda, por la misma razón de que estas experiencias son totalmente inimaginables. Esto es, precisamente, lo que les da su impacto y su calidad memorables. Nada remotamente parecido había ocurrido nunca antes. Aunque las enseñanzas religiosas o algunos libros hubieran preparado al individuo, hasta cierto punto, los verdaderos acontecimientos fueron muy distintos a cualquier cosa que hubiera podido nunca imaginar, Tampoco hubo nada ambiguo, irracional o semejante a un sueño en ellos, era algo nuevo, extraño y difícil de explicar, pero realmente ocurrió y la mente y la atención estuvieron, en todo caso, más alerta que en la vida normal vigílica.
¿Cuáles fueron los «Efectos Sobre la Vida» de estas experiencias prematuras de la muerte? En conjunto, fueron efectos positivos. Las personas encontraron que su vida tenía más sentido y era más profunda' «se volvieron más reflexivas y se preocuparon más por los últimos problemas filosóficos». Su vida tendió a tener otro objetivo ya ser menos egoísta, Adquirieron una mayor conciencia de la vida de la mente y prestaron menos atención al cuerpo que antes. También sintieron más preocupación y compasión por los demás y
un deseo por encontrar un sentido más profundo a la vida, y en general, por llevar una vida mejor. Estos cambios tan profundos y persistentes suelen seguir a una conversión religiosa o a la práctica del yoga. Es

casi imposible que se deriven de una simple alucionación, tal como sugieren los escépticos.
«Una nueva Opinión sobre la Muerte» es la consecuencia natural de estas experiencias. La persona siente que tiene cierto conocimiento directo del acontecimiento, y ya no necesita basarse en conjeturas o en enseñanzas religiosas bastante ambiguas. También, y tal vez ello sea lo más importante, desaparece todo temor a la muerte; a su debido tiempo, será bienvenida. La supervivencia después de la muerte parece ahora una cosa cierta, pero no hay ninguna inclinación al suicidio para precipitar su llegada. Tenemos una nueva comprensión del propósito de la vida en la tierra, así como de la muerte. Aquellas crueles creencias religiosas con recompensas y castigos después de la muerte son desechadas. a favor de una comprensión más racional.
El decimoquinto y último elemento que Moody discernió en sus cientos de casos fue la «Corroboración». Se refiere a la comprobación de los detalles o acontecimientos en el mundo físico observados desde el estado extracorporal, y de los cuales se habla cuando
uno regresa. En general, la comprobación resulta bien: los médicos han quedado asombrados ante las descripciones tan detalladas de los intentos que hicieron para resucitarlo mientras el paciente estaba clínicamente muerto. Muchas de estas narraciones fueron hechas por pacientes que tenían poco o ningún conocimiento médico, de modo que no pudieron inventarlo. En algunos casos, Moody pudo preguntar al paciente y al médico, o a cualquier otra persona involucrada, para comparar sus informes.
En su segundo libro, Moody habla de otros cuatro elementos citados por algunas personas que disfrutaron de un prolongado período extracorporal; pero ninguno fue citado únicamente por una persona.
«La Visión del Conocimiento» parece corresponder a las experiencias místicas de las que nos habla Whiteman, desde unos niveles del otro mundo más elevados que aquellos que se alcanzan normalmente en breves experiencias extracorporales -«un reino de existencia en el cual todo conocimiento, ya sea del pasado, presente o futuro- parecía coexistir en una especie de estado atemporal... un momento de iluminación». Las personas estuvieron de
acuerdo en que la experiencia era inexpresable y no pudieron retornar con un recuerdo completo de ella. Los místicos experimentados no utilizarían el término «conocimiento», sino más bien «comprensión», «visión interna», «sabiduría» o «iluminación», porque esto pertenece a un estado de suprema bienaventuranza, más allá del alcance de la mente. Pero únicamente aquellos que lo hayan vislumbrado podrán comprender plenamente de lo que se trata.
«Cíudades de Luz» fue una frase utilizada por varias personas para describir visiones de ciudades celestiales correspondientes a las ideas tradicionales del Cielo.

Algunas personas se encontraron con «Un Reino de Espíritus Confundidos», poblado por espíritus que parecían hallarse en un estado infeliz de depresión, correspondiente, tal vez, al purgatorio.
Tenían una descorazonadora desazón interna y vagaban de un lado para otro, sin rumbo alguno, en una región triste y deprimente.
Otros sugieren que eran suicidas y personas muy apegadas a la tierra, desposeídas de su cuerpo físico antes de estar preparadas para la muerte y la vida después de ella.
«Los Rescates Sobrenaturales» describen la experiencia de algunas personas que parecían haber sido rescatadas de la muerte tras un accidente potencialmente fatal, por unas entidades o seres espirituales.
Un breve capítulo nos presenta algunos paralelos muy próximos a estas experiencias de escritos mucho más antiguos, como por ejemplo: la Biblia, Platón, El Libro Tibetano de los Muertos y Swedenborg. De hecho, existen muchas otras narraciones, algunas de las cuales se mencionarán en capítulos posteriores.
Si queréis saber cómo es la vida en algún punto remoto del mundo, por ejemplo en el Tibet o en Bali, entonces, el mejor modo de averiguarlo es ir allí y verlo por vosotros mismos. Si no fuera posible, debéis hablar con alguien que haya estado allí y tal vez ver sus fotos. Hoy tenéis también métodos menos directos, tales como libros de viajes, películas y la televisión. Exactamente las mismas consideraciones pueden aplicarse para conseguir el conocimiento de este mundo interno. Deberíamos ir allí en persona o hablar con otros que hayan estado allí. Pero todavía hay muy pocas personas que sepan la manera de ir, aunque muchos hayan sido llevados allí durante breves períodos, sin saber exactamente cómo ocurrió.
Mentalmente, podemos descubrir la manera mediante árduas prácticas de yoga. (Véase capítulo VI). Puesto que hay pocas personas preparadas para ello, debemos conformarnos con el testimonio de los visitantes y comparar sus relatos.
He dicho antes que Moody no fue el primero en recoger informes sobre personas que habían tenido una experiencia extracorporal inducida por la proximidad con la muerte. Mencionaré tan sólo uno de los ejemplos anteriores. En 1901, Robert Crookall publicó
El Estudio y la Práctica de la Proyección Astral, que presentaba 160 casos de historias breves, 21 de las cuales eran de personas que estuvieron a punto de morir. De todos los casos, 13 hablaban de la experiencia del túnel, 5 se encontraron con el Ser Luminoso, 4 hicieron un repaso de sus vidas y unos cuantos más hablaron de la ayuda recibida por parte de unos «ayudantes».
Vemos, pues, que estos extraños sucesos nos son explicados en términos similares por todos los que los han experimentado. Además, dejan una impresión muy fuerte en cada individuo. Esto inspira la confianza de que están verdaderamente hablando de casos

genuinos y no imaginarios. Personalmente, no he tenido una experiencia así, tan próxima a la muerte. Sin embargo, en mis breves estados extracorporales y en otras experiencias pude confirmar personalmente un cierto número de las descripciones de Moody. Estas incluyen. el sonido de campanas; un rugido parecido al viento, al salir del cuerpo; la inefabilidad; paz y tranquilidad; visión de conocimiento; nueva visión de la muerte; nueva comprensión del propósito de la vida en la tierra; y un fuerte efecto sobre mi propia vida.

Un cierto número de personas que murieron y regresaron -o que casi murieron, si preferís decirlo de este modo- fueron recibidas por parientes que habían muerto anteriormente. Parece algo natural y apropiado, pero el escéptico convencido puede seguir considerándolo como imaginación. Yo sé, con seguridad, que mi propia madre estaba allí para recibir a mi padre cuando éste murió en su sueño, pero esa es una historia demasiado personal para entrar en detalles. Tal vez resultaría más convincente que pudiera decir que alguien planeó deliberadamente visitar a alguna persona en particular que había muerto algunos meses antes e indujo una experiencia extracorporal con ese propósito específico. Bueno, pues puedo decirlo. Robert Monroe, que fue mencionado en el último capítulo, hizo exactamente esto, con éxito, no una sola vez sino tres veces. Visitando a su propio padre y a dos amigos íntimos en el otro mundo. Describió estas visitas en su libro *Viajes Fuera del Cuerpo.*

El doctor Richard Gordon tenía ya más de cincuenta años cuando se convirtió en el médico y amigo de la familia Monroe. Gordon tenía dos grandes manías: se preocupaba cuidadosamente de sí mismo, comportándose deliberadamente de una manera sosegada, como si deseara vivir mucho; luego, cuando alguien le visitaba en su despacho, miraba desde su oficina interior y fijaba los ojos con gran intensidad, sin decir palabra. (Esto es importante para lo que sigue) .

Un día, Monroe le visitó y Gordon le confesó que no se había sentido bien últimamente, pero que sin embargo iba a hacer un viaje a Europa para visitar países que no conocía. En Europa cayó gravemente enfermo y aunque se encontraba con grandes dolores volvió a su casa para recibir tratamiento. Tenía un cáncer incurable. Entonces, Monroe pensó que era el momento de mencionarle sus experimentos extracorporales. Puesto que Gordon estaba demasiado enfermo para poder visitarle, Monroe decidió mandar a su esposa una carta para que se la leyera al enfermo en cuanto éste pudiera escucharla. Gordon pidió que se le leyera la carta, una y otra vez, antes de morir.

Después de esperar unos tres meses, para que Gordon pudiera integrarse en el otro mundo, Monroe decidió tratar de visitarle, un sábado por la tarde. Salió de su cuerpo exclamando mentalmente: ¡Quiero ver al doctor Gordon! Después de lo que a él le pareció un largo viaje, fue guiado a un lugar parecido a una gran institución.

Le hicieron entrar en una habitación y le dijeron: «Espere, y el doctor le recibirá dentro de un minuto». Había varios hombres en la habitación escuchando a un joven de unos 22 años que les hablaba con excitación. Pero no había señal del doctor Gordon. Hacía un calor insoportable, o así se lo parecía a Monroe, y pensó que tendría que regresar. Pero antes se dirigió de nuevo hacia el grupo de hombres, dudando en preguntarles algo sobre el doctor Gordon. En aquel momento el joven dejó de hablar, se volvió y miró fijamente a Monroe, antes de continuar su conversación. Monroe se fue, considerando el experimento como un fracaso.

El sábado siguiente volvió a intentarlo, pero en el momento preciso en que dejó su cuerpo llamando al doctor Gordon, una voz dijo junto a él: «¿Por qué quieres volver a verle? Ya le viste el sábado pasado. »

Monroe quedó tan sorprendido que regresó enseguida a su cuerpo físico y estuvo pensando sobre lo que había pasado. Revisando sus notas otra vez, se dio cuenta de que el joven que había visto era el doctor Gordon, pero con un aspecto de veintidós años en el otro mundo, en lugar de los setenta; la mirada intensa que le dirigió era exactamente su antigua mirada. Monroe nunca le había conocido a esa edad, pero más adelante vio una foto suya de cuando era joven, que correspondía exactamente a su visión extracorporal.

Agnew Bahnson era otro buen amigo y piloto aficionado. Sentía un gran interés por la investigación sobre la antigravedad y hablaba de ello a menudo con Monroe. Este se hallaba en viaje de negocios, en Nueva York, y en una ocasión se echó a dormir una siesta en la habitación en su hotel, puesto que tenía tiempo para ello. Justo en el momento anterior al sueño, oyó la voz de Bahnson diciéndole: «Hay un modo de demostrar la antigravedad. Todo cuanto tienes que hacer es demostrártela a tí mismo y tú has sido entrenado para hacerlo. »

Monroe sabía lo que quería decir, pero carecía del valor para intentarlo; anotó la hora, las tres y cuarto. A su vuelta a casa, su esposa le dijo que Bahnson había muerto al tratar de aterrizar con su avión en un campo. El le preguntó: «¿Esto sucedió hace dos día, a las tres y cuarto?» y ella le contestó que así era.

Unos meses más tarde, Monroe trató de conectar con Bahnson en un viaje extracorporal. Salió de su cuerpo llamando a Bahnson y viajó en la oscuridad hasta detenerse en una pequeña habitación también bastante oscura. Poco después, Bahnson apareció y le reconoció, diciéndole, «Bob, nunca creerás todas las cosas que han ocurrido desde que llegué.» Eso fue todo, pero era precisamente el tipo de cosa que Bahnson hubiera dicho, dado su especial interés por nuevas experiencias.

Más tarde, el padre de Monroe murió, tras varios meses de parálisis y de incapacidad para hablar, después de un ataque; tenía 82 años. Transcurrieron varios meses antes de que Monroe intentara visitarle, concentrándose en la personalidad de su padre para que le ayudara.

Nuevamente viajó largo tiempo en la oscuridad, luego se detuvo en lo que parecía ser un hospital. En una pequeña habitación encontró a su padre, con el aspecto de unos 50 años, y todavía con un aire bastante cansado. El muerto se volvió y vio a su hijo y le hablo: «¡Qué estás haciendo aquí!» Monroe estaba demasíado excitado para hablar, y su padre lo cogió por debajo de los brazos y lo levantó por encima de su cabeza, como solía hacer cuando Monroe era pequeño. Al preguntarle por su salud el padre replicó: «Ahora mucho mejor; el dolor ha desaparecido. Pero con el recuerdo pareció escapársele la energía y Monroe se dio cuenta de que era el momento de irse.
Ya he dicho que, en general, los ministros de la religión tienen sólo una vaga idea que ofrecer respecto a lo que sucede después de la muerte. Quiero hacer alguna enmienda, terminando este capítulo con una honrosa excepción. Sí por casualidad os gusta la música clásica, probablemente conocéis *El Sueño de Geronte*, ese hermoso arreglo musical realizado por Elgar sobre un poema del Cardenal Newman. He aquí el principio del diálogo entre el Alma de Geronte, que acaba de morir, y su Angel Guardián.

Alma de Geronte:

Me quedé dormido y ahora me siento nuevo.
Una extraña sensación: pues en mí siento
Una indecible ligereza, y una sensación
De libertad, de completa libertad
Como nunca jamás. ¡Y qué tranquilidad!
Ya no oigo el rápido latir del tiempo,
No, ni mi jadeo al respirar, ni el reforzado pulso;
Y todo momento es similar al otro.
Este silencio instila una soledad
En la esencia misma de mi alma;
Y el profundo descanso, tan consolador y dulce,
Tiene algo también de firmeza y dolor.

Otra maravilla; alguien me tiene cogido
Dentro de su amplia palma;
Una presión uniforme y suave me dice
Que no me muevo yo, sino que me empujan.
¡Oid! Es como un canto; pero
De esa música no puedo asegurar
Si oigo, toco o saboreo sus notas.
¡Oh! ¡Qué melodía tan subyugadora!

CAPÍTULO III

EL TESTIMONIO DEL ESPIRITISMO

Algunos lectores se preguntarán cómo he llegado tan lejos en este libro sin mencionar el espiritismo. Otros prefieran tal vez que me haya basado en la evidencia más directa de personas vivas, para demostrar reinos de la existencia más allá de nuestra conciencia vigílica normal, y la supervivencia de la muerte física. No puedo aceptar todas las afirmaciones del espiritismo en su valor nominal. Tampoco apruebo realmente los métodos utilizados. Según mi punto de vista, es peligroso para los asistentes y para la persona «muerta» que se obliga a volver a las condiciones terrenas, cuando esto sucede realmente, la cual pasa con mucha menos frecuencia de la que afirman los mediums y de lo que creen los asistentes.

En el siglo XIX, el movimiento espiritista tenía un cariz científico y atrajo a sus filas a algunos científicos eminentes. Trataba de demostrar a la sociedad elegante y materialista del mundo occidental la existencia del otro mundo, más allá del de nuestros cinco sentidos, y la realidad de la supervivencia. Tuvieron lugar muchas sesiones espectaculares, en las cuales, y de modo incuestionable, unas entidades desencarnadas eran atraídas y puestas en comunicación con los asistentes. El método más utilizado para la comunicación era el de golpear la mesa, con un código establecido de golpes para transmitir los mensajes. A veces se oían voces con sonido de trompetas, que los asistentes creían reconocer como las voces de sus parientes muertos. En otras sesiones, tenían lugar materializaciones de las formas del espíritu, generalmente en forma de entidades muy tenues y fantasmales, pero a veces como cuerpos substancial es materializados, que llegaban a pesar unas sesenta libras más o menos. Incluso se habla de un espíritu materializado que levantó del suelo el cuerpo encogido de una medium. Un ingeniero de Belfast llamado Crawford y otros demostraron, de forma concluyente, que cualquier peso adquirido por formas de espíritu materializado, o por los bastones ectoplásmicos, usados para levantar mesas y para mover otros objetos, era igual al peso perdido por la medium, excepto las pequeñas pérdidas sufridas por los que estaban presentes. Naturalmente, los escépticos atribuyeron todos estos fenómenos al fraude, pero los científicos cualificados, que hicieron sus observaciones objetivas y adecuadas, estaban completamente convencidos de que los fenómenos que observaban eran genuinos, por más sorprendentes que fueran. Eso no quiere decir que todos los mediums fueran genuinos. Algunos recurrieron al fraude, especialmente aquellos que habían conseguido resultados genuinos pero cuyos poderes empezaban a fallar bajo el tremendo esfuerzo físico de la mediumnidad.

Las personas que se interesaron por estas actividades llegaron a conocer la existencia de un mundo normalmente invisible, y el

espiritismo contribuyó, en cierto grado, a contrarrestar el modo de pensar materialista de la época. En ese aspecto, tuvo cierta utilidad para amortiguar sus efectos perjudiciales. Pero, a medida que el tiempo fue pasando, la naturaleza del movimiento espiritista cambió. Perdió la actitud de investigación científica y adoptó una especie de religiosidad. Surgieron una infinidad de iglesias espiritistas que ofrecían unos servicios bastante sentimentales y de aficionados. Se cantaban himnos y la medium dirigía una alocución, supuestamente procedente de un espíritu guía, pero generalmente bastante vaga y banal en cuanto a su mensaje espiritual. Luego venía una período de «lecturas», cuyo objetivo era consolar a los devotos que habían perdido un ser querido. Se suponía que todo el proceso estaba organizado por un espíritu guía, que atraería un número de «espíritus» recientemente desencarnados, para comunicarse, por turno, a través de la medium. A veces un «espíritu» «controlaba» a la medium entrando en su cuerpo, hasta cierto punto, y hablando por su boca con la propia voz del espíritu, que solía
ser reconocido por algún miembro de la congregación. Pero, a menudo, sin embargo, la medium mantenía el control, «veía» al «espíritu» de un modo clarividente y lo describía; luego, hablaba con su propia voz dando un mensaje del Espíritu para el pariente vivo que se hallaba presente, a menudo identificado simplemente por su nombre de pila. Este individuo ere instado a responder y a decir si el mensaje había sido comprendido. Ocasionalmente, se
ofrecían pruebas de identidad; el «espíritu» mencionaba algún incidente poco común de su vida reciente, que podía ser recordado por el pariente o podía ser verificado a través de la familia. Toda esta evidencia era aceptada por parte de la crédula congregación.
De hecho, son posibles algunas explicaciones alternativas. La más simple es el fraude deliberado y directo, a veces por parte de un medium anteriormente genuino. Frecuentemente, las descripciones eran tan vagas y los mensajes tan generalizados y triviales, que alguna persona de la congregación, en su desesperación por recibir algún mensaje de un ser querido, aceptaba las invenciones del medium como genuinas. Incluso se podía llegar a afirmar que, si el individuo quedaba consolado y tranquilizado, entonces el fraude no tenía importancia. Con mucha más frecuencia, creo yo, el fraude era perpetrado por el medium, pero de un modo totalmente inconsciente e inocente. Una clarividente de poca experiencia, sin una preparación adecuada, podía recibir una impresión ajena a ella misma, pero era incapaz de determinar su origen. Ese origen podía muy fácilmente ser el pariente de la persona presente, que estaba construyendo una imagen mental muy fuerte de la persona desencarnada y que estaba imaginando el tipo de mensaje que podría ser transmitido. Una medium sensitiva podía recoger estas imágenes telepáticamente y, con toda honestidad, atribuirlas a alguien del otro lado. Incluso un mensaje «evidencial»,

referente a algún acontecimiento olvidado por el receptor, podía tener esta explicación. El recuerdo del acontecimiento podía haber desaparecido, pero quedaba presente en la mente inconsciente de donde podía ser recogido por una medium sensitiva, del mismo modo como podría ser recuperado por un hipnotizador competente.

Hay otras posibilidades, pero para comprenderlas necesitamos utilizar cierta información que daremos en un capítulo posterior. Existen unas entidades no humanas, que viven en el mundo más allá de la muerte, y para algunas de ellas resulta una experiencia excitante establecer algún contacto en el plano físico que normalmente les resulta inaccesible, igual que su mundo lo es para nosotros. Por consiguiente, una de estas entidades puede asumir la personalidad de la persona muerta con el fin de establecer contacto con un medium y tal vez incluso apoderarse de su cuerpo por un breve período. Esta entidad podría incluso engañar a un espíritu guía que de manera genuina estuviera guiando todo el proceso.

Otra posibilidad es todavía más horrible. Tal como veremos, la vida después de la muerte procede a través de sus propias etapas y, a su debido tiempo, ocurre una segunda «muerte», cuando el individuo pasa a una etapa más espiritual en un «plano superior»; este fenómeno, en realidad, suele ser aceptado por los espiritistas. Sin embargo, de lo que pocos de ellos se dan cuenta es de que el despojo astral desechado o «sombra», no está inerte como el cuerpo físico muerto; retiene una tenue vida y una inteligencia propia durante algún tiempo, antes de desintegrarse. Durante este período puede adquirir una ligera vitalidad espúrea a expensas del medium cuyo cuerpo invade. Es muy poco prudente, por parte del medium, poner su cuerpo a disposición de entidades de este tipo, y también resulta perjudicial si lo hace; pero después de embarcarse en esta extraña carrera, tal vez no tenga elección.

Finalmente, el fenómeno puede ser precisamente lo que pretende ser: un retorno genuino a una especie de vida terrestre prestada por una persona recientemente fallecida; él o ella pueden verse obligados a regresar por la pena incontrolada de los que se quedan. En este ejemplo, el fenómeno es genuino y podría demostrarse científicamente - en caso de que pudieran descartarse las otras posibilidades. Pero hemos de decir que no es una actividad
sana y que no debería preconizarse. La muerte debería ser un viaje sin retorno; la persona que muere de muerte natural, por ancianidad o por enfermedad debería acabar con la vida terrestre y estar preparada para otra vida nueva más allá de la muerte. El regreso, ya sea voluntario o como respuesta a una poderosa llamada de un pariente vivo, es una cosa antinatural y significa un retraso para el progreso adecuado. Puede ser profundamente perturbador y perjudicial para el individuo en cuestión. Del mismo modo, un dolor

exagerado y un deseo egoísta por reunirse físicamente con la persona desencarnada son también perjudiciales. Es natural sentir una cierta tristeza, pero la muerte es universal y tiene que ser aceptada. El amor se expresa mejor a través de unas plegarias por el progreso seguro y sin problemas de la persona que ha partido hacia la nueva vida. La reunión es posible y permisible a ese nivel, aunque no a nivel terrenal, y frecuentemente ocurre durante el sueño, por mas que no podamos recordarlo. En cuanto al resto debemos conformarnos con los recuerdos de amor.

Voy ahora a contar, con mis propias palabras, una historia moderna que ilustra el mejor aspecto del espiritismo, el círculo del rescate; también aporta otras facetas interesantes de la etapa que hay después de la muerte, de las almas ligadas a la Tierra, de las apariciones vistas por varias personas, de los fantasmas que hablan, de los encantamientos, premoniciones y del fenómeno de la comunicación. Añadiré también mi propia interpretación de los acontecimientos. La historia ha sido contada con todo detalle en la edición del libro de bolsillo Corgi *El fantasma del vuelo 401*, de John G. Fuller. Empezó con el vuelo de un avión de las Líneas Aéreas Orientales L-1011, modelo Jumbo de tres reactores, la noche del 29 de diciembre de 1972. La historia también demuestra lo difícil que es preveer y evitar los accidentes. Estos, raramente se deben a un único peligro previsible, sino que son varias pequeñas cosas imprevistas las que se estropean al mismo tiempo. El avión en cuestión viajaba desde Nueva York y se disponía a aterrizar al acercarse a Miami. Bajaron el tren de aterrizaje, pero no estaban seguros de que la rueda delantera hubiera descendido adecuadamente. La operación parecía correcta pero la luz verde del indicador no se había encendido. Levantaron y volvieron a bajar la rueda delantera del tren de aterrizaje y la tripulación estaba prácticamente segura de que se había cerrado correctamente y de que la avería se hallaba solamente en la luz del indicador. El capitán Loft pidió permiso por radio control a Miami para elevarse ligeramente y volar en círculo mientras hacían sus comprobaciones y se le concedió el permiso.

La luz del indicador se hallaba en un lugar de difícil acceso, por debajo entre el piloto y el copiloto. Cada uno de ellos trató, a su vez, de desenroscar el portalámparas para cambiar la bombilla, pero éste se había encasquillado y no pudieron cambiarla. Para tener las manos libres, el capitán colocó el piloto automático y se inclinó para desenroscar la bombilla. Como continuaban sin poder abrirla, hicieron bajar al Segundo Oficial, llamado Repo, al «agujero del infierno» para comprobar con sus propios ojos que el tren de aterrizaje se hallaba en la posición correcta.

Entretanto, uno de ellos debió dar un golpe al cuadro de mandos sin darse cuenta, y ésto desconectó el piloto automático, dejando que el avión volara solo y totalmente descontrolado. En aquellas condiciones y sin que la preocupada tripulación se diera

cuenta, el avión fue perdiendo altura. Sin duda sonó un breve pitido de aviso, tal como demostraron pruebas posteriores, pero fue demasiado débil para poder ser oído por la tripulación con los auriculares puestos. No se vio ninguna luz de aviso; la altitud real
debió salir en el cuadro de mandos del piloto, pero éste se hallaba demasiado ocupado para comprobarla. En todo caso, este era el trabajo del primer oficial y del copiloto Stockstill. Además, intervino otro error; sin que ninguno de ellos lo supiera, había una ligera
variación de correspondencia entre los controles duplicados del piloto y los del copiloto, de modo que los mandos de éste no registraron el desequilibrio accidental del piloto automático del lado del Capitán, y continuaban marcando los 2000 pies de altitud establecidos para el piloto automático. El copiloto no podía ver el otro cuadro de mandos desde su asiento. La pérdida de altura por parte del avión fue registrada en el radar del controlador del aeropuerto, pero éste se hallaba demasiado ocupado dirigiendo otros aviones para emprender una acción inmediata. Cuando tuvo tiempo para volver a mirar, ya era demasiado tarde; el sonido del avión había desaparecido de la pantalla del radar y el avión se había estrellado en los pantanosos Everglades de Florida. Era una noche muy oscura, de modo que no pudieron ver el descenso del avión desde las ventanillas. Parece que ni los pasajeros ni la tripulación tuvieron la menor idea de que el desastre era inminente. El avión estalló con el impacto, y sus restos quedaron esparcidos en un radio de 1600 pies.
Sin embargo y milagrosamente, de las 176 personas que se hallaban a bordo, hubo 77 supervivientes, aunque la mayoría de ellos quedaron malheridos. Aquel fue el primer accidente de un Jumbo y no tenía por qué haber pasado. Cuando se recuperó el tren de
aterrizaje delantero, resultó estar en la posición correcta, tal como suponía la tripulación, de modo que el avión podía haber aterrizado con toda seguridad. Las operaciones de rescate fueron extremadamente difíciles debido a la obscuridad y al terreno pantanoso,
pero funcionaron bien. El libro lo describe con todo detalle. De la tripulación del avión el primer Oficial, Stockstill, murió en el acto con el impacto; el Capitán Lofts, le dijo a una persona del equipo de rescate que se estaba muriendo, y murió antes de poder salir. El
segundo Oficial, Repo, fue rescatado, pero murió de sus heridas 30 horas después, sin poder decir una palabra coherente.
El autor del libro entrevistó más tarde a muchos pasajeros y miembros de la tripulación aérea, a todo aquel que pudiera arrojar alguna luz sobre el desastre y sobre los hechos sobrenaturales consiguientes. Así surgieron algunas premoniciones interesantes. Por
ejemplo, en un vuelo anterior, una azafata tuvo una premonición tan real de un accidente de la flota L-1011, entre Navidad y Año Nuevo, que cayó gravemente enferma. Otras tres azafatas testificaron que así se lo había contado a ellas en aquellos momentos. También vió que ella

se libraría milagrosamente de ir en aquel vuelo, y aunque en el momento dado lo había olvidado, también resultó cierto. La tripulación de la cabina fue cambiada en el último momento.
Varios pasajeros dijeron que se sintieron morir en el accidente, pero que volvieron a la vida en su cuerpo malherido. El autor no nos facilita los detalles, pero habla favorablemente del trabajo realizado en este campo por el Dr. Moody y por el Dr. E. Kubler-Ross, citados ya en el capítulo II, y de los estudios del Dr. Ian Stevenson sobre la reencarnación, que serán mencionados en el capítulo VIII.
Antes de hablar de los hechos subsiguientes, vamos a detenernos a considerar los sentimientos de las tres personas de la tripulación que murieron. Eran expertos y eficientes oficiales, dedicados a su trabajo y al nuevo tipo de avión en el que volaban. Ahora se
habían estrellado con él y tenían cierta responsabilidad por casi 100 personas muertas. Debieron sentirse algo culpables, pues, al fin y al cabo, en aquellos minutos críticos, no habían prestado la atención debida a su ocupación principal, al vuelo del avión. Probablemente se sentían confusos y ansiosos por enmendar algo de alguna forma. Empezaron, pues, a aparecer por los aviones, y de hecho, avisaron sobre posibles accidentes. Un dramático ejemplo fue publicado en el boletín de la Fundación por la Seguridad en los Vuelos, una publicación patrocinada por las compañías de seguros
de aviación. En el avión 318 de la flota L 1011, una azafata que trabajaba en la cocina de la parte inferior del avión miró uno de los hornos y creyó ver una cara que la observaba. Atemorizada, le pidió a otra azafata que fuera a comprobarlo. y ésta también vio la cara, que resultó ser la de Repo. Luego pidieron al ingeniero de vuelo de aquel avión n.O 318, que fuera a verlo también; y éste no solo vio la aparición, sino que oyó unas palabras que le decían «Vigilad el fuego en este avión». Más tarde, aquel avión se hallaba en la ciudad
de Méjico, cuando uno de los tres motores empezó a fallar. Se le dió permiso a la tripulación para despegar con dos motores, mientras esperaban un cambio de motor. Pero en el momento del despegue se incendió uno de los dos motores restantes. Con una habilidad casi increíble la tripulación consiguió hacer dar la vuelta el avión y aterrizar sanos y salvos con un solo motor, a pesar del aire enrarecido que había en ese aeropuerto de una altitud tan elevada. El boletín se atreve a sugerir incluso que el fantasma pudo haberles ayudado.
El autor del libro tuvo muchas dificultades para recoger otras explicaciones fehacientes sobre los incidentes. Las Líneas Aéreas Orientales se negaron a colaborar, tratando por todos los medios de suprimir y restar importancia a los hechos, de modo que los empleados tenían miedo de hablar. El autor tuvo la suerte de encontrar algunas chicas interesadas en los temas psíquicos, que le pusieron en contacto con personas importantes. También encontró un par de personas de la tripulación que eran mediums y formaban parte de un

círculo de rescate espiritista. Evidentemente, este escritor experimentado solo incluyó la información que él consideró totalmente auténtica.
Muchas de las apariciones tuvieron lugar en el servicio de la cocina. En uno de los vuelos, hubo dos chicas que, independientemente, se dieron cuenta de una extraña presencia mientras estaban trabajando solas en la cocina. Otra sintió un intenso escalofrío a pesar del calor que salía de los hornos. A menudo, los acontecimientos psíquicos van acompañados de una sensación subjetiva de frío. De un modo más teatral, otra chica observó, fascinada y temerosa, cómo una cara completa, con cabello y gafas, se materializaba lentamente, surgiendo de una nube de vapor. Loft y Repo aparecieron los dos en un asiento de Primera Clase, mientras los viajeros estaban embarcando. Estas apariciones parecían tan sólidas como las personas vivas y fueron vistas por los ayudantes de vuelo, la tripulación de cabina y los pasajeros, y una de las veces fueron vistas por un Vicepresidente de la Compañía. Estos hechos se fueron repitiendo durante unos 16 meses después del accidente. Luego, Loft apareció con menos frecuencia y, hacia el mes de abril de 1974, las visitas cesaron. Stockstill no apareció nunca. Loft jamás dijo una palabra, pero Repo se ganó una reputación de fantasma bueno y cordial, que hablaba a menudo para ayudar con avisos o consejos.
La mayoría de los hechos tuvieron lugar en el avión 318, pero algunos ocurrieron en dos aviones similares de la flota, a los cuales se les había instalado algunos aparatos, en buen estado, del avión siniestrado, como hornos, ascensores y radios. Todo esto, evidentemente, proporcionaba cierta afinidad para los fantasmas.
Más tarde, eliminaron de los aviones aquel equipo recuperado. Resulta evidente que por más que las Líneas Aéreas Orientales se negaran a admitir los incidentes públicamente, algunas personas importantes de la compañía se los tomaron en serio. Comprendieron el fenómeno de afinidad lo suficientemente bien como para sacrificar una valiosa parte del equipo en un intento de romper los nexos y terminar con las apariciones.
Para hacerse visibles, las personas que han pasado al otro mundo tienen que materializarse y atraer materia física a sus cuerpos sutiles. Esto puede hacerse en distintos grados y de distintas maneras. El modo más fácil es conseguirla de una medium predispuesta para ello. Cuando no se puede disponer de ella se puede utilizar a cualquier otra persona ignorante de su capacidad para liberar materia que de lugar a una materialización. Las entidades experimentadas, o aquellas que han pedido la ayuda de algún guía, pueden aprender el modo de atraer materia física inocuamente de los objetos inanimados. La materialización puede ser tan sutil que solo se construya el caparazón vacío de la figura. Este tipo de materialización parcial se va sumergiendo por etapas en la materialización total que consiguieron

Loft y Repo, consistente en una figura sólida y opaca, indistinguible de una persona normal, tan sólida al tacto como a la vista. Lo que es ciertamente notable es que los recientemente fallecidos Loft y Repo, que no tenían conocimiento previo de los temas psíquicos pudieran, de hecho, conseguir una materialización tan perfecta. Sin duda su intenso deseo de darse a conocer y ser útiles fue lo que les proporcionó ayuda procedente del otro lado.
Cuatro de los nuevos amigos de Fuller le dijeron que habían propuesto celebrar una sesión de «rescate de almas» y le invitaron a asistir a ella. La reunión fue convocada para el 18 de marzo de 1974, unos 16 meses después del accidente. Puesto que el capitán Loft había dejado ya de manifestarse, tan solo era necesario concentrarse para liberar a Don Repo de su apego a la tierra. Entraron en un estado reverente de meditación, tratando de elevar sus conciencias a un nivel superior, e invitaron a Repo a establecer contacto. Poco después, dos miembros del grupo eran conscientes de su presencia y uno de ellos, una mujer, se vio intensamente involucrada, pareciendo revivir el accidente en espíritu de Repo, manifestando grandes dolores de cabeza que correspondían a sus heridas.
Le explicaron que estaba muerto y que debería desentenderse de los asuntos terrenales y adentrarse en los nuevos reinos a los cuales ahora pertenecía. Le dijeron que podía contar con muchas personas que le ayudarían, que debía dirigir su vista hacia la brillante luz que vería, y encaminarse hacia ella con la ayuda de aquellas personas. Las dos personas que habían establecido el contacto sintieron que Repo los comprendía pero que era reacio a hacer lo que le pedían. Sin embargo, acabó por dar media vuelta y dirigirse hacia
la luz, y la sesión terminó -dejando a los participantes activos totalmente exhaustos por el esfuerzo.
A mediados de julio de 1974, un oficial de vuelo entró en su avión n.O 318, a primeras horas, y se encontró a bordo con dos azafatas aterrorizadas que acababan de ver un fantasma. El oficial las consoló y las tranquilizó, explicandoles que él conocía todo lo
de aquellos incidentes y que durante cierto tiempo había estado pensando en exorcisar al avión de aquellas visitas. Era un hombre profundamente religioso que, sinceramente, tenía la Biblia como guía, aunque había estudiado un poco los fenómenos psíquicos.
Pensaba que exorcisar un avión era algo factible, que él estaba capacitado para hacerlo, y que sería mejor hacerlo de un modo secreto y discreto. No era probable que la compañía accediera a una petición formal. Por lo tanto, decidió llevarlo a cabo allí, en aquel mismo momento. y tampoco tenía conocimiento alguno del intento de rescate de almas hecho anteriormente. Bajó solo a la cocina y cogió un vaso de agua. Al llegar allí todas las luces del avión empezaron a encenderse, como dando a entender que le estaban esperando. y él empezó su propia versión informal de un servicio de exorcismo. Simbolizando con

el agua la Sangre de Cristo, la esparció por la cocina a modo de santificación. Empezó a soplar un fuerte viento en la cocina cerrada y el aire se volvió intensamente frío. Repo se materializó durante unos segundos y se le dijo firmemente que estaba muerto y que no tenía nada que
hacer allí. «En nombre de Jesús, por Su Sangre, tu ya no perteneces aquí. Estoy llamando a un ángel de luz y él te llevará al lugar donde perteneces. Así lo dicen las escrituras. » Entonces Repo desapareció y apareció una intensa luz brillante en su lugar, acabando así el exorcismo.
Se hicieron pues, tres esfuerzos por separado para acabar con las visitas. ¿Cuál fue el que tuvo éxito? Yo creo que, seguramente, las apariciones hubieran terminado antes o después en el curso natural de los acontecimientos, del mismo modo como habían acabado las apariciones del capitán Loft. Pero los tres esfuerzos contribuyeron probablemente a poner fin a aquellos hechos. Fueron sacando del avión el equipo que servía de nexo durante un cierto período de tiempo, pero no se saben las fechas. El rescate del alma tuvo lugar en marzo de 1974 y parece que tuvo éxito; pero no sería sorprendente que aquella alma angustiada hubiera vuelto a su arraigada costumbre, apareciendo todavía unas cuantas veces más.
El exorcismo probablemente completó su rescate, puesto que es el último suceso registrado en los aviones, aunque Repo volvió a establecer contacto de otros modos.
Fuller, al principio, sentía un escepticismo total pero quedó muy impresionado por unos ingenieros realistas y competentes y otras personas que hablaban de un modo totalmente natural sobre los fenómenos psíquicos y que incluso eran mediums. Lo que acabó por convencerle de que valía la pena escribir su libro fueron los últimos acontecimientos de esta saga. Algunos de los amigos que había hecho durante la investigación le persuadieron para que intentara establecer contacto con Repo mediante la tabla espiritista, la ouija. Consiguió hacerlo y Repo transmitió ciertas claves que no tenían ningún sentido, excepto para su esposa y para sus hijas.

CAPÍTULO IV

LA VIDA COTIDIANA, AQUÍ y ALLÍ

Los capítulos I y II presentaban pruebas de que la vida es posible en condiciones no materiales mientras el cuerpo está dormido o inactivo en otras facetas. Si ello es posible cuando el cuerpo está todavía vivo, hay que dar un solo paso más para aceptar que también es posible cuando se pierde finalmente el cuerpo con la muerte. No sólo es posible sino que es muy probable. Si tenemos este cuerpo inmaterial mientras estamos todavía vivos, si puede actuar por sí mismo cuando se halla

ligado sólo por un hilo al cuerpo material, ¿por qué no habría de continuar haciéndolo cuando este hilo se corta? El capítulo tercero presentó pruebas de que la vida continúa después de la muerte. Esta línea de pensamiento considera absurda la idea de que nos quedamos completamente «extinguidos» como individuos cuando morimos. Este concepto, apoyado por materialistas intransigentes, parece inadecuado cuando pensamos en todas las pruebas que tenemos de la supervivencia. Además, hemos mencionado tan sólo una mínima parte de todas las pruebas existentes. A partir de ahora, pues, daremos por supuesto que la vida continúa después de la muerte.

Se ha dicho muchas veces que la muerte es como un sueño. Cada noche tenemos la valentía suficiente para caer en la inconsciencia, porque confiamos en despertar otra vez, tranquilamente, unas horas después. Uno de estos días debemos tener el valor suficiente para caer en aquel «sueño» del cual nos «despertaremos» en el «mundo de la imaginación» en lugar de en la tierra; esa es la única diferencia. Volveré a hablar de este tema en los últimos capítulos.

Llamaré nuestro «Cuerpo de Luz» al cuerpo que usamos en este primer período después de la muerte. En muchos libros se le denomina el cuerpo astral y el mundo en el cual vive es llamado el plano astral. Yo no utilizaré estos términos aquí, porque no deseo dar ideas preconcebidas, y porque creo que estas ideas son, hasta cierto punto, erróneas. Tal vez debería decir que estos términos pueden ser fácilmente mal interpretados. El plano astral o nivel astral de conciencia está a menudo considerado como el plano exclusivo de los sentimientos, emociones y deseos. Pero en la experiencia astral, la emoción y el pensamiento están unidos inevitablemente.

En cualquier caso, no hay duda alguna de que seguimos manteniendo el uso de nuestra mente después de la muerte. Realmente, es probable que los pensamientos sean incluso más vívidos y más libres, porque no están ya canalizados por un cerebro cansado.

Este es un mundo de ideas, así como de sensaciones y emociones. Yo lo llamo «el Mundo de la Imaginación» porque su sustancia sutil es muy obediente y sensible. Es un mundo «ideoplástico», moldeado por las ideas; el hecho de pensar significa crear. La imaginación puede desbocarse, puede pedir y tener cuanto quiera. ¿No sería una buena idea, entonces, prepararnos para la gran aventura que nos llegará, inevitablemente, a todos en su momento?

De otro modo sería como verse transportado a una tierra extraña, sin conocer su lengua ni sus costumbres. Nos sentiríamos muy confundidos y preocupados, sin saber cómo comportarnos ni el mejor modo de pasar el tiempo. Cuando visitamos un país, nuevo
para nosotros, llevamos una guía o viajamos con alguien que nos lo pueda explicar todo. Este libro puede prepararnos, de antemano, para «Nuestra Última Aventura».

Primero descartaremos esta analogía con el extranjero. No es tanto un nuevo lugar lo que visitamos; es algo más parecido al comienzo de un trabajo completamente nuevo y la necesidad de adaptación. Entraremos en un modo de vida totalmente nuevo con nuestro Cuerpo de Luz y tendremos que irnos acostumbrando a él al principio. En este capítulo y en el siguiente intentaré explicaros cómo creo que será.

Pero ¿cómo puedo saberlo? Tenéis derecho a preguntarlo y yo intentaré explicarlo. Ante todo, podemos aprender mucho, simplemente, reflexionando sobre ello. Recordemos lo que ya sabemos y apliquemos nuestra imaginación para ir descubriendo los detalles.

Es una especie de sentido común aplicado; tal vez la expresión «meditación creativa» describa mejor el proceso. Cualquiera de vosotros que haya practicado la meditación podrá entenderlo. Un método de meditación consiste simplemente en pensar en un tema con la mente disciplinada, sin divagar sin rumbo fijo.

Si repasamos lo que ya sabemos, reflexionamos sobre ello y luego profundizamos, nuestra información se organiza mejor y conseguimos una nueva comprensión. En otras palabras, este proceso de meditación creativa abre la mente a una sabiduría más elevada; ayuda a la intuición a inundar nuestra mente para enriquecerla.

Hay personas que han estado trabajando diariamente en esta línea durante décadas, desarrollando lentamente su capacidad mental y su visión intuitiva hasta límites insospechados. Algunas de ellas, mediante prácticas avanzadas de yoga, se han preparado para dejar el cuerpo físico a voluntad y utilizan su Cuerpo de Luz tal como nosotros usamos nuestro cuerpo material. Pueden visitar los mundos internos que habitamos después de la muerte y recordar lo que han experimentado. Otras personas nacen con poderes psíquicos y también pueden «ver» estos mundos internos, con distintos grados de perfección. Algunas de ellas han escrito y publicado narraciones de sus experiencias. Sus explicaciones difieren en los detalles pero concuerdan en líneas generales, por lo que podemos basarnos en estos libros. (Véase capítulo VI).

Hemos de recordar los numerosos países en que las religiones predominantes son por ejemplo el hinduismo, el buddhismo o el islamismo y donde la religión desempeña en la vida cotidiana un papel más importante que en Occidente. Entre estas personas la creencia en la vida después de la muerte se da ya por supuesta, porque sus religiones lo enseñan de un modo muy claro. Sería sorprendente que las creencias arraigadas de miles de millones de personas fueran totalmente falsas, tal como algunos materialistas quieren hacernos creer. Las investigaciones de clarividentes preparados y de personas de naturaleza psíquica confirman lo que nos dicen con lenguaje poético estas religiones orientales. Pero nos dan muchos más detalles. Estas personas escriben de un modo directo, moderno y descriptivo, aunque hay que admitir la falta de palabras disponibles para describir estas

experiencias poco corrientes. Utilizamos las palabras para experiencias comunes y compartidas, y entonces todos saben en seguida de qué estamos hablando. Pero para un acontecimiento poco común, para algún suceso nuevo, no tenemos palabras. Nos sentimos perdidos, tal vez incluso un poco atemorizados y solamente podemos decir, entre vacilaciones, «Era algo así, pero no exactamente así, en cierto modo era diferente». Hemos de utilizar analogías y esta es una manera de hablar y escribir que utilizan los poetas más libremente.

Hasta hace pocos siglos los habitantes de la Europa católica eran devotos y religiosos. Se les enseñaba, y ellos creían, que las buenas obras sobre la tierra eran debidamente recompensadas en el cielo, y que después de la muerte había un estado intermedio de purgatorio en el cual las personas tenían que purgar sus pasiones y pecados antes de merecer las delicias del cielo. Entonces se rogaba por los muertos y se pedía a los sacerdotes que celebraran misas para ayudar a sus seres queridos a pasar a través de aquel estadio desagradable y que pudieran volver su rostro hacia Dios. Pero más recientemente, el hombre occidental se ha visto inmerso en su preocupación material que le ha llevado a desarrollar los descubrimientos e invenciones científicos para suministrar aún más máquinas y lujos en vista a una vida cómoda. No ha tenido tiempo ni sentido el deseo de pensar en nada ajeno a este mundo; ha dirigido casi toda su atención a las cosas mundanas ya las posesiones materiales, descuidando la vida interna del alma y del espíritu. Aún sabiendo que algún día tiene que morir, ha prescindido de la idea hasta tal punto que parece casi indecente mencionar la muerte. Las iglesias protestantes hablan de ella de mala gana, como si se sintieran violentos, y lo poco que dicen no sirve de gran ayuda. Es una situación muy triste. La gente se muere en accidentes o de repente, de un ataque cardíaco, sin estar preparados para la nueva vida hacia la cual se ven impelidos tan abruptamente. Se sienten perplejos -«almas perdidas»- y puede pasar mucho tiempo antes de darse cuenta de que están muertos y de aceptar su nueva condición. Esto no es tan sólo una desgracia, sino que es vergonzosamente innecesario. No es difícil aprender algo sobre la vida después de la muerte. Con un poco de reflexión y cierta guía podemos imaginar fácilmente por nosotros mismos cómo será.

Si por casualidad vuestra vida ha sido muy vulgar y aburrida, entonces tal vez la muerte sea lo más excitante que os haya ocurrido nunca. Si, por el contrario, habéis vivido una vida muy plena, dedicada a actividades creadoras y coronadas de éxitos y honores, entonces, como mínimo, la muerte será otra experiencia sumamente interesante. No es nada que deba preocuparnos, ni algo que pueda producir horror o miedo, o que tengamos que apartar de la mente.

Vamos a partir de aquí. Parece una buena idea tomar, por ejemplo, un día típico de nuestra vida y pensar cómo nos sentimos ahora, con un cuerpo, y cómo podríamos sentirnos entonces, sin un cuerpo. No tenemos que ponernos solemnes; por el contrario, podéis tomarlo como un juego y empezar a disfrutar, imaginando cómo serán las cosas. Al fin y al cabo, algún día tiene que ocurrir; no hay nada extraño ni anormal en ello; sencillamente, no os ha ocurrido todavía. Cuando os vais de vacaciones, tenéis ganas de iros; imagináis con alegría lo que haréis, las diferentes maneras de pasar este período de relajación. Podéis hacer lo mismo con vuestra última aventura; esperadla con alegría, con anticipación gozosa, en lugar de sentir horror y miedo. Creedme, en conjunto será algo para disfrutar en su momento.

¿Cómo os despertáis por la mañana? Tal vez necesitáis un despertador para llegar a tiempo al trabajo; tal vez tenéis la suerte de poder dormir hasta tener el cuerpo totalmente recuperado. Quizá tenéis tiempo de estar acostados un rato y planificar el trabajo de todo el día, o sencillamente de pensar en fantasías. Bueno, pues esto es algo que podéis seguir haciendo allí. De hecho, tendréis todo el tiempo del mundo. Lo que es más, encontraréis vuestra imaginación mucho más vívida, porque ya no tendréis un cerebro a través del cual los pensamientos tengan que canalizarse, pero seguiréis teniendo una mente que podrá actuar con toda libertad. Por necesidad o por hábito, aquí tenéis que dejar vuestra confortable cama y levantaros. Debéis levantar vuestros cincuenta quilos o más de carne y huesos de su posición supina y sostenerlos sobre los pies. A un visitante procedente de otro mundo le sería tal vez más fácil imaginarse cómo actuamos con nuestro sutil Cuerpo de Luz, que comprender cómo conseguimos manejar nuestro pesado cuerpo. Intentad levantar a otra persona para sentir ese peso. Sin embargo, lo llevamos a cuestas todo el día, sin ni siquiera pensar en ello. Tan maravillosamente construídos están nuestros miembros, articulaciones y músculos, tan bien coordinados están por los nervios y la parte automática del cerebro, que podemos mantenernos en pie y caminar casi sin esfuerzo. Pero a medida que pasan los años se hace todo un poco más difícil, las articulaciones se endurecen y crujen, a veces con dolor; cuando caminamos cuesta arriba perdemos el aliento y el corazón empieza a palpitar más fuerte.

Cuando caemos enfermos somos más conscientes de nuestro dolido cuerpo, ya veces deseamos incluso librarnos de él. Pues así estaremos a su debido tiempo y sentiremos una inmensa alegría. Imaginaros ligeros como el aire, libres de todo ese desagradable peso, del dolor y de la fatiga. Eso sólo, ya es digno de anhelar y no de temer. Parecerá extraño al principio, pero pronto os acostumbraréis. Al fin y al cabo la sensación no es tan extraña. Todos nosotros soñamos y la mayoría tenemos algún recuerdo de esos sueños de vez en cuando, o incluso cada noche.

También en los sueños parecemos libres y ligeros; especialmente en los sueños en que uno vuela, que son bastante corrientes. Así pues, con vuestro Cuerpo de Luz sentiréis lo maravilloso que es estar vivo. Pero, aguardad un
momento, todos vuestros parientes y amigos están llorando porque habéis muerto. Por supuesto, es natural que sientan tristeza por vuestra pérdida. Pero desde vuestro punto de vista ventajoso, parecerá extraño, aunque sea algo tan frecuente. Posiblemente penséis que no necesitan estar tristes por vosotros, ya que tenéis mucha suerte. Todos ellos tienen que soportar unos años más el peso de la vida terrena antes de poder librarse también de ella.
De nuevo en la tierra, después de levantaros, tenéis que empezar la rutina diaria. Si sois hombre, probablemente os afeitaréis.
¡Qué cosa más pesada, cada mañana lo mismo! Bueno, pues podéis libraros de eso, si no queréis imaginar que la barba os sigue creciendo. Luego os asearéis, pero en el otro mundo no hay suciedad externa que lavar, por lo que podréis olvidar también ese hábito.
Aunque, en abstracto, todavía tenéis alguna «suciedad interna» que limpiar, pero ya hablaremos de eso más adelante. En algún momento de vuestra rutina diaria os vestís y debéis escoger la ropa para hoy. Con vuestro Cuerpo de Luz, no hay problema. Probablemente os seguiréis imaginando vestidos, «por decencia», pero la imaginación es todo cuanto se requiere. Si queréis llevar algo distinto, simplemente imaginad que lo habéis hecho ¡Y en seguida lo llevaréis puesto!
Luego, el desayuno. Los hábitos son fuertes y no desaparecen automáticamente cuando el cuerpo material está muerto. Por eso, durante cierto tiempo, tal vez creáis tomar el desayuno y otras comidas, pero no hay necesidad de ello. Ya no tenéis un cuerpo que
tenga hambre periódicamente y necesite alimentarse para conseguir la energía necesaria para el trabajo. El Cuerpo de Luz cuenta con abundante energía que atrae, sin esfuerzo alguno, de lo que le rodea. Pero tal vez todavía os gusta comer, disfrutáis con vuestra
comida y esperáis con ilusión las horas para hacerlo. Si ello es así, habéis topado con uno de los obstáculos, una de las pequeñas desventajas de la vida después de la muerte. Obtendréis muy poca o ninguna satisfacción de vuestro desayuno imaginario, por lo que pronto renunciaréis totalmente a comer. Prescindir del ansia por la comida es una de las muchas cosas pequeñas que tendréis que reaprender, si queréis adaptaros felizmente a vuestra nueva vida. Al fin y al cabo, cuando vais de vacaciones, probablemente coméis
una comida extraña, especialmente si vais al extranjero. Otras cosas son distintas también; no dormiréis en vuestra cama familiar.
Pero de eso se trata, os váis «para cambiar» , para disfrutar del sol y del mar o las montañas, o de cualquier cosa que esperéis de unas vacaciones. Estos beneficios compensan grandemente por la mayoría de inconvenientes. Por eso, al hacer este cambio más drástico en

vuestra vida, debéis esperar muchas cosas diferentes y muchas de ellas serán inconvenientes o desagradables. Pero de nuevo las compensaciones, las alegrías de esta nueva vida, son mucho más importantes.
Volviendo a la vida diaria sobre la tierra, os habéis levantado ya, desayunado. En algún momento, probablemente saldréis corriendo para ir a trabajar, a hacer la compra, a sacar a pasear al perro o sencillamente a tomar el aire y hacer un poco de ejercicio. Caminaréis un poco (o mucho) ya lo mejor utilizáis el transporte público o un coche. ¿Cómo se viaja en el mundo de la imaginación en el cual os encontraréis? Bueno, pues todavía podéis caminar si lo deseáis, y el hábito es tan fuerte que probablemente lo haréis. El transporte público y los coches no estarán a vuestra disposición, porque son totalmente innecesarios, igual que el caminar. Hay otras dos maneras de viajar usadas por la imaginación. Si queréis ir a paso moderado y disfrutar del paisaje, entonces volaréis, no en un avión, sino en vuestro Cuerpo de Luz o en una alfombra mágica, si preferís imaginar algún vehículo antes de acostumbraros a la idea de volar como un pájaro. Pronto llegaréis al lugar deseado y os detendréis. Imaginad, si queréis, que pesáis un poco y que bajáis para parar. Hay una
segunda manera más rápida de viajar. Queréis ir a ver a un amigo, tal vez para hablar un rato con él, y no sabéis dónde encontrarle en esta extraña tierra así que, sencillamente, pensáis en la persona y en seguida os encontraréis junto a ella. En realidad, si empezáis a caminar o a volar, debéis procurar no imaginaros vuestro destino con demasiada nitidez, pues de otro modo este segundo método de viajar prevalecerá y os encontraréis ya en aquel lugar. Esta experiencia no es tan extraña como parece; la mayoría de las personas la experimentan en sueños, especialmente cuando el sueño se acaba y retornan rápidamente al cuerpo, a veces como si cayeran desde cierta altura. Incidentalmente, si tenéis sueños en los que caéis y os atemorizáis, tratad de recordar que siempre hay un aterrizaje seguro, regresáis a casa.
Volviendo al día imaginario de vuestra vida, estábais a punto de salir de casa. Si os disponíais a dar un paseo, eso es algo que podéis hacer en cualquier momento en el más allá. Si íbais a trabajar, tendréis que consideraros como jubilados, pues no hay necesidad
de trabajar en el más allá. Si vuestro trabajo era aburrido y lo hacíais sencillamente para ganaros la vida, entonces os alegrará haberlo de,jado. Ya no hay necesidad de trabajar para ganar dinero, para mantener una casa y una familia. No necesitáis una casa para protegeros del frío y de la lluvia o del excesivo calor. Estas condiciones no existen en el otro mundo, ni tampoco tenemos sentidos para apreciarlas aunque existieran. El Cuerpo de Luz tiene sentidos y percepciones, pero su naturaleza es distinta a la del cuerpo material,

tal como ya hemos descrito. Puesto que no hay un cuerpo para alimentar con comida, no necesitamos dinero para comprarla.
Pero si vuestro trabajo os gustaba, si era, en cierto modo, creativo, entonces, aunque no necesitéis continuarlo, podéis hacerlo si lo deseáis. Podéis simplemente crear con la imaginación todas las herramientas y material que necesitéis y seguir escribiendo, pintando, interpretando música o componiéndola, o cualquier otra cosa, hasta la saciedad. Más adelante tal vez descubráis un trabajo más adecuado y constructivo en las nuevas condiciones, pero ya hablaremos de ello (véase también Capítulo IX).
Naturalmenmte, a lo mejor sóis una ama de casa, con una rutina mucho más doméstica. Como vuestro marido, al morir podéis prescindir de la mayoría de actividades como limpiar, lavar, ir de compras y tal vez cuidar a la familia. Al principio tal vez os sintáis
vacías, sin todos aquellos menesteres para ocupar vuestro día. En cambio podéis disfrutar de un largo descanso y liberación de las ocupaciones, por lo cual siempre suspirábais. Aunque os veréis separadas de las relaciones normales de la vida cotidiana con los niños, la familia y los amigos, no perderéis por completo el contacto con ellos. Bajo distintas condiciones, menos íntimas en algunos aspectos pero más en otros, podéis seguir viéndoles y enviándoles pensamientos de amor .
Algunas actividades de ocio y algunos «hobbies» pueden ser continuados alegremente, aunque con algunas modificaciones, en la vida después de la muerte. Si, por ejemplo, os gusta la jardinería, podréis disfrutar admirando los jardines creados por vuestros amigos muertos y por otros que no conocíais en la tierra. Si lo deseaís, podéis crear vuestro propio jardín. Pero no tendréis dolor de espalda después de cavar o de arrancar las malas hierbas, porque no habrá malas hierbas; y las flores pueden florecer maravillosamente durante todo el año, incluso aquellas que mueren con las heladas en la tierra. Todo es bonito y no cuesta ningún esfuerzo, excepto el uso de la imaginación; pero como tampoco hay desafío alguno,
como en los jardines de la tierra, tal vez acabéis por cansaros.
Podéis suprimir la comida y la cena y pensar en actividades vespertinas. Si os gusta leer, podéis seguir haciéndolo en el otro mundo. También dispondréis de música para todos los gustos. Pero ¿y la televisión, ese entretenimiento universal? Estoy seguro de que os podríais imaginar vuestro aparato y llenar la pantalla con vuestras propias películas, pero dudo de que eso funcione como en la tierra, con unos programas planificados automáticamente de antemano.
Posiblemente invitéis a vuestros amigos o parientes a tomar una copa o a charlar un rato, o ellos os inviten a vosotros. La copa puede imaginarse en el más allá, pero me temo que no será muy satisfactoria.
Ciertamente, podéis reuniros con vuestros amigos,

pero hay limitaciones en las personas con quienes os encontráis, igual que en la tierra, aunque las restricciones son distintas. Por ejemplo, aquí no esperáis encontrar a personas que hayan muerto excepto, de modo ocasional e insatisfactorio, a través de un medium espiritista. Pero allí, los que acaban de morir son los compañeros más accesibles. En la tierra no podéis reuniros con amigos que vivan muy lejos de vosotros, incluso al otro lado del mar. Pero allí la distancia no es obstáculo alguno, pues el viaje puede ser casi instantáneo, simplemente en respuesta a vuestro deseo. En la vida no visitáis a vuestros amigos en medio de la noche, ni siquiera por teléfono, a no ser por una grave emergencia. Después de la muerte, la situación es a la inversa. Tal vez les veáis durante el día, cuando están despiertos y ocupados, pero ellos no os verán ni se apercibirán de vosotros, excepto en muy raras ocasiones, y por eso no pueden responder. Pero cuando están dormidos y conscientes en su propio Cuerpo de Luz, es el momento en que podéis comunicaros con ellos. Tal vez mantengáis juntos una conversación inteligente, tal vez les déis mensajes o advertencias y, naturalmente, vosotros os acordaréis de todo, pero ¿y ellos? La respuesta, desgraciadamente, es probablemente negativa. Ellos están utilizando su mente, pero su cerebro está dormido, como el resto del cuerpo, y es muy difícil impresionar recuerdos en un cerebro dormido. Puede hacerse con la práctica, posiblemente cogiendo el cerebro en un estado receptivo, en el momento de despertarse, pero pocas personas pueden hacerlo. Por eso, si recuerdan algo por la mañana, probablemente no sea más que una sensación de haber estado con vosotros y tal vez algún mensaje confuso que puede no tener ningún significado para ellos. Resulta de lo más frustrante para vosotros, especialmente si queréis transmitirles desesperadamente alguna información importante, como por ejemplo, dónde habéis dejado vuestro testamento. La única posibilidad es seguir intentando establecer contacto con otras personas que puedan ser más receptivas y que puedan transmitirle el mensaje a vuestro ser querido. Pero no desesperéis si os preocupan vuestros hijos. Seguid amándolos y reuniendoos con ellos por la noche. Tened la seguridad de que vuestro amor les envolverá y protegerá aún cuando ellos no parezcan darse cuenta en su vida vigílica.

Hay otra restricción cuando acabáis de morir. Tal vez no podáis reuniros con parientes y amigos que han muerto ya hace años o décadas. Probablemente ellos pueden establecer contacto con vosotros y daros su amor y consuelo, pero seguramente viven a niveles superiores del Mundo de la Imaginación que vosotros no podéis alcanzar todavía, o tal vez vivan más allá de ese mundo. (Véase más adelante). Tened la seguridad de que vosotros también avanzaréis y de que acabaréis por reuniros con ellos.

Pero tal vez en esta vida terrestre pasáis la velada solos en casa. Quizá queráis planear vuestras vacaciones. ¿Iréis a algún sitio del mismo país o tal vez a uno de los países próximos europeos, Francia, Bélgica, España, o incluso más lejos, a Suiza o a Italia, Grecia o el Norte de Africa? De cualquier modo, veríais algunos folletos y llegaríais a cierto compromiso entre lo que os gustaría hacer y lo que podéis hacer. ¿Será posible permitiros el lujo de los viajes, después de la muerte? La respuesta parece ser afirmativa, si así lo
deseáis. Vuestro nuevo mundo será diferente, en un espacio distinto al del mundo material conocido. Pero se dice que sus planos más inferiores son un duplicado o contraparte bastante fiel de nuestra tierra, con todos sus rasgos naturales y cultivos, urbanizaciones, edificios y demás. Tal como hemos dicho ya, los viajes son gratis y fáciles, así que ¿por qué no explorar el mundo sin los inconvenientes de los coches, autobuses trenes o aviones? Recuerdo que mi querido padre, que no había viajado mucho, decía que planeaba hacer precisamente eso, cuando se fuera al otro mundo. No sé si lo ha hecho. No ha vuelto nunca para decírmelo. Pero sé que mi madre, que había pasado al otro lado muchos años antes, estaba esperándole para darle la bienvenida en ese mundo. Estoy seguro de que hubieran querido estar juntos, pero como a ella no le gustaba mucho viajar espero que llegaran a un feliz acuerdo.
Como posibilidad final para un día típico de los que estamos reviviendo juntos, tal vez las cosas os hayan ido mal en algún aspecto y estáis considerando la decisión drástica de dejar el país, no para unas vacaciones, sino para siempre, de emigrar. ¿podríais soportar el hecho de desarraigaros, de dejar a parientes y amigos detrás de vosotros e instalaros en un país extranjero que no habéis visto nunca? Si no habéis pensado nunca en ello, entonces os pido que lo hagáis, en previsión de lo que os ocurrirá. Pues uno de estos días vais a partir para hacer un cambio de vida incluso más drástico y en un nuevo mundo aún más extraño.
A dormir, pues, como decía Samuel Peppis. Después de dieciséis o dieciocho horas despiertos, la mayoría de nosotros encontramos el cuerpo irresistiblemente cansado. Queremos acostarnos y dormir. El cuerpo necesita todo ese tiempo por la noche para recuperarse, para recargar sus baterías, por así decirlo, preparado para los esfuerzos del día que le espera. Pero es solamente el cuerpo material el que siente la fatiga; el cerebro también puede sentirse cansado, pero eso forma parte del cuerpo material. La mente que
hay detrás no se cansa, ni tampoco lo hacen las emociones, ni la naturaleza espiritual. En el sueño permanecéis conscientes en vuestro Cuerpo de Luz, pero a la mañana siguiente probablemente recordáis muy poco, o nada, de las aventuras nocturnas. La naturaleza corre prudentemente una cortina entre estas dos partes de vuestra vida. Mientras vivís en la tierra necesitáis continuar viviendo al máximo

vuestra vida vigílica, sacando el mayor provecho de ella mientras dura. En nada os ayudaría veros agobiados por los intereses de un segundo tipo de vida vivido en el sueño. Tampoco es tiempo perdido; recuperaréis los hilos de esa vida en sueños a su debido tiempo, y recordarla os ayudará a adaptaros a la pérdida permanente del cuerpo. Algunas personas muy ancianas, especialmente cuando tienen una larga enfermedad incurable, pueden adquirir la capacidad de levantar un poco esa cortina y prepararse mejor para lo que les espera.

CAPÍTULO V

ACOSTUMBRARSE A VIVIR SIN CUERPO

En el último capítulo insistí en las ventajas de perder el cuerpo. Realmente son muchas; fin de los dolores, penas y fatigas; ligereza; fin de las agobiantes responsabilidades del trabajo, la familia, la casa, las posesiones y cualquier otra cosa. Todo esto puede compensar las numerosas dificultades que podemos tener en adaptarnos a un estilo de vida totalmente nuevo. Pero no negaremos que mucha gente se encuentra con grandes problemas. Aquellos que no querían ni oir hablar de la idea de una existencia más allá de la muerte, que creían seriamente que la muerte implica una destrucción total e instantánea de la personalidad, se sienten totalmente perdidos y perplejos. La situación puede ser incluso peor si se ven repentinamente separados de la vida por un accidente, en su juventud. Estos individuos a menudo tardan en darse cuenta de que están muertos. Después de leer una descripción de lo distinta que es la nueva vida, tal vez os cueste creerlo; pero, de todas maneras, es verdad. Nuestros hábitos están insertos en el cerebro y en la conciencia animal del cuerpo material, pero persisten en la mente después de la muerte, y los hábitos de toda una vida son fuertes y difíciles de romper. Por lo tanto, es fácil, al principio, seguir haciendo todas las cosas habituales, por supuesto sólo con la imaginación, particularmente si nunca habíais considerado siquiera la posibilidad de una vida después de la muerte. Estas personas están tan apegadas a la tierra, tan metidas en sí mismas y en sus rutinas diarias que, simplemente, no son capaces de darse cuenta, durante mucho tiempo, de que las cosas han cambiado. Naturalmente, se sienten perplejas y frustradas de que su familia y amigos, todavía vivos, no parezcan apercibirse de su presencia y no contesten a sus palabras. ¿Acaso les han «condenado al ostracismo» por alguna oscura razón? Naturalmente, los objetos materiales que intentan mover, de hecho no se mueven, pero en su imaginación les parecerá que mueven las contrapartidas de estos objetos en su nuevo mundo.

Si varias personas han muerto juntas, como ocurre tan a menudo en los accidentes de carretera, por ejemplo, pueden encontrarse todavía juntas y en la misma deplorable condición, capaces de comunicarse entre sí y de esta manera reforzarse la ilusión recíprocamente sobre su situación. (Véase capítulo III). Estas almas tan apegadas a la tierra, en su egocéntrica perplejidad, rechazarán probablemente y se apartarán de aquellos que les ofrecen ayuda y tratan de explicarles cómo son las cosas. Estas personas que acuden en su ayuda pueden ser personas recientemente fallecidas que han pasado por experiencias similares, pero que han visto la necesidad de despertar ante los hechos y aceptar el nuevo estilo de vida; o pueden ser personas vivas y preocupadas por los muertos, que intentan rescatar aquellas almas y que trabajan en ello cuando están dormidos, o en trance, o en meditación.

Después de leer estas palabras mías, las ideas permanecerán en vuestra mente, aunque os resulte difícil de creer. No es, pues, probable que vosotros tengáis esta desastrosa experiencia de no creer que estáis muertos, y en seguida empezaréis a tratar de adaptaros a las nuevas circunstancias. Esa es una razón por la cual creo firmemente que he escrito el libro bajo la dirección y guía de aquellos que han avanzado más pero que tienen en su corazón el cuidado de la humanidad. No pierden ninguna oportunidad para mostrarnos dónde nos hemos equivocado, si quisiéramos escuchar y elevarnos por encima del desastre en que hemos convertido nuestra civilización. Por favor, acabad de leer el libro y luego pasad lo a otros amigos escépticos. Mejor sería incluso si pudiérais convencerles de comprar el libro.

Antes de continuar debo mencionar que los más desgraciados son aquellos que mueren por suicidio. Debido a su acto prohibido, se ven condenados a vivir el resto de la vida que se les deparaba en una especie de limbo, perteneciendo todavía a este mundo, pero incapaces de establecer un contacto efectivo con él, porque se han separado a la fuerza del mismo yendo a las regiones inferiores del otro mundo. Realmente, viven en el infierno, pero se lo han fabricado ellos mismos y, afortunadamente, no es eterno. Nunca, nunca, os sintáis tentados a cometer suicidio. Por más terrible que llegue a ser vuestra situación en la tierra, por más lógica que os parezca la solución del suicidio, no os sintáis tentados a cometerlo.

Creedme, pues es verdad, que el resultado será incluso más difícil de soportar que la situación actual.

Pero acabemos con estas ideas tan tristes. Supongamos que habéis muerto de una muerte normal y natural, que reconocéis vuestra condición y que estáis preparados para adaptaros a ella. Tal vez recordéis que en el anterior capítulo mencioné varias actividades que son propias del Cuerpo de Luz. Pero sugerí que otras actividades, a las que deseéis dedicaros, no son realmente naturales para vuestro estado: pertenecen a la vida terrena y pueden continuarse por rutina, como por

ejemplo comer y beber. También expliqué que, aunque estas acciones podían realizarse con la imaginación, seguramente proporcionarían muy poca satisfacción porque ya no tendríais los sentidos físicos del gusto y del olfato que permitiría disfrutarlas en la tierra. Se convierten en unos placeres vacíos y pierden todo su interés. De modo que sería mucho mejor aceptar este estado de cosas e irse desligando gradualmente de estas actividades inadecuadas. Si érais unos comilones o bien os gustaba un poco la bebida y tal vez fumábais, entonces os puede resultar difícil renunciar a estas cosas. Tal vez obteníais placer de las relaciones sexuales, pero en el estado después de la muerte no tenéis cuerpo y la única alternativa es actuar de manera adecuada a vuestras nuevas condiciones; no queda más remedio que despertaros y liberarse. Si os rebeláis contra esto, si persistís en apegaros a los viejos hábitos, entonces convertiréis vuestra vida en un infierno. Se ha dicho justamente que no existe el infierno, a menos que nosotros
mismos nos lo fabriquemos.

¿Cuál es el propósito que tiene nuestro nacimiento en la tierra? Hay varios, pero aquí quiero concentrarme solamente en uno: enfrentarse a las cosas. He querido insistir en explicar lo fácil que resulta la vida en los reinos más allá de la muerte. En esos niveles de existencia, todo cuanto queremos puede ser creado, casi sin esfuerzo, por la imaginación. Podemos actuar, si así lo deseamos, como los hijos mimados de unos padres ricos. Supongo que la mayoría de nosotros podría continuar feliz y tranquilamente durante siglos en esa existencia como de ensueño. Pero creo que llegaría un momento en que nos gustaría encontrar algún tipo de desafío, algo un poco más difícil, alguna oposición contra la cual probarnos. De hecho, nos complacería hacer algún trabajo verdadero. Y de eso, naturalmente, es de lo que se trata la vida en la tierra. Las cosas de la tierra no responden a nuestros deseos. Si queremos algo, debemos construirlo, utilizando los esfuerzos físicos así como el pensamiento. Lejos de responder a la imaginación, las rocas y yacimientos de la tierra son duras e insensibles; hay que trabajarlas laboriosamente con las manos y con herramientas, o derretirlas con el fuego antes de poder utilizarlas. Nuestra actual y compleja civilización material representa un monumento para nuestros logros, pero se ha centrado demasiado en el interés por las cosas materiales. La acumulación de bienes y posesiones, de lujos de todas clases o su equivalente, el dinero, se ha convertido en un fin
en sí. En cambio, estas cosas deberían ser un medio para conseguir un fin, es decir, para proporcionarnos más tiempo libre. En realidad, ya tenemos más tiempo libre que hace tan sólo unos años, con menos horas de trabajo y vacaciones más largas. Pero muchos de nosotros desperdiciamos estas oportunidades con diversiones. Su verdadero propósito es proporcionarnos oportunidades para adquirir sabiduría y para crecer espiritualmente.

Luego, de un solo golpe, con la muerte se nos despoja de todas nuestras posesiones. Los monjes, las monjas y los hombres santos de Oriente renuncian a ellas voluntariamente. Pero nosotros nos vemos obligados por la muerte a descubrir que no son esenciales.

La vida después de la muerte es un ensayo para el progreso espiritual que la humanidad tiene que hacer a su debido tiempo. Esto puede parecer una afirmación desconcertante pero confío en aclarar su significado en el curso de este libro. En la vida después de la muerte se nos pide una cosa totalmente contraria a nuestra actitud corriente hacia la vida. En la tierra estamos principalmente preocupados por las cosas externas. En nuestro comportamiento estamos volcados hacia afuera, aunque no siempre, por supuesto, y no en el mismo grado en todas las personas. Tenemos que hacerlo para tener éxito en nuestra vida. Después de la muerte hemos de cambiar, para volcarnos considerablemente hacia dentro, para ser introspectivos y preocuparnos principalmente por nuestros propios pensamientos y sentimientos internos. La situación es realmente mucho más compleja de lo que sugieren estas frases. Es imposible cristalizarla en un esquema tan claro. Si lo preferís, es una especie de exageración terapéutica de «shock» para dirigir vuestro pensamiento por otras líneas nuevas. Naturalmente, en la tierra tenemos períodos de reflexión, de introspección. En el otro mundo no estamos totalmente retraídos y centrados en nosotros mismos. Podemos dejar de tener contacto con los objetos terrenales, pero necesitamos seguir relacionándonos con otras personas.

Para aclarar otro posible malentendido, será útil en este momento reflexionar que nuestro cuerpo material es, en cierto sentido, un objeto terrenal y realmente no sóis «vosotros» en absoluto.

Ya sé con qué fuerza la mayoría de la gente se identifica con su cuerpo, cuando sufre un terrible dolor de muelas u otra forma de dolor. Pero algunas personas pueden conseguir hacer desaparecer un dolor intenso de su conciencia, especialmente con ayuda del hipnotismo o de la acupuntura. En circunstancias más normales no es demasiado difícil desarrollar la práctica de considerar que vuestro cuerpo no sóis vosotros, sino algo que tenéis para usar como herramienta íntima en el mundo material. Si parece difícil de comprender al principio, tengo que hacerlo todavía más difícil, señalando que el cuerpo incluye el cerebro. Este también es una herramienta, una especie de computadora insertada en nosotros, usada por la mente no material, la parte más fuerte de la personalidad que sobrevive a la muerte. Cuando ésta llegue estaréis obligados instantáneamente a actuar, en cierto modo, sin cuerpo ni cerebro; por ello es un ejercicio útil intentar daros cuenta antes, de que las cosas serán así en esos momentos, aunque todavía sintáis deseos de disfrutar de las cosas terrenales. Naturalmente, tenéis un cuerpo que ha evolucionado a partir de los animales y su naturaleza animálica,

inevitablemente, os fuerza, en cierto modo, pero nunca deberíais permitir que os esclavizara. Por el contrario, el cuerpo debería ser vuestro esclavo, y si trabajáis armoniosamente juntos, puede convertirse en vuestro servidor obediente y digno de confianza. Definitivamente, vosotros no sóis sólo un tipo de animal evolucionado, un «mono sin pelos» con un cerebro superior, como algunos autores nos han querido hacer creer. Sóis otra cosa. Sóis un ser espiritual autoconsciente, una Chispa del Dios Vivo, con una mente propia. Si podéis recordarlo siempre, entonces la vida tendrá un nuevo significado para vosotros. Adquiriréis una sensación de seguridad con esta fe y comprenderéis mejor quién sois en realidad ya dónde os dirigís.

Después de la muerte todo esto será una experiencia evidente por sí misma, imposible de negar. No la podéis evitar, entonces ¿por qué no creerlo ahora y disfrutar de un anticipo de esta bendición cuando todavía estáis en la tierra? Si perseveráis, veréis que vuestra manera de vivir va cambiando lentamente; será más serena y la disfrutaréis con más profundidad. Lo que es más, cuando llegue la hora os adaptaréis fácil y rápidamente a las condiciones de la vida después de la muerte, porque ya habéis realizado gran parte de lo que normalmente tiene que hacerse con dificultades en las primeras etapas. y no estoy preconizando ningún tipo de actitud pía o devota, ni un retiro a un monasterio. Todo esto puede hacerse mientras se vive una vida normal; sólo se trata de un sentido común más clarificado. Tendréis que pasar por ello en algún momento u otro, ¿por qué no hacerlo ahora?

Ya soy consciente de que éste es un consejo de perfección, y que es poco probable que tengáis un éxito total. Probablemente tendréis alguna decepción al principio de la nueva vida. Pero al menos conoceréis el tipo de situaciones con las cuales, probablemente, os enfrentaréis y el tipo de actitud que podríais adoptar para superarlos con rapidez. Además habéis de tener la seguridad de que irá mejorando contínuamente si aceptáis vuestro destino en lugar de maldecirlo. Las cosas están dispuestas de tal modo que nuestros deseos más burdos, nuestras actitudes más animálicas se hallan en las capas más exteriores, por así decirlo, de modo que son las que se destruyen antes. Después de haber agotado y desechado nuestros deseos más inferiores, podemos «elevarnos» a unos dominios más felices del Mundo de la Imaginación, para acabar con los apegos más insidiosos, pero menos vergonzosos, que todavía nos impiden llegar a la bendición celestial.

Pero antes volvamos por un momento a los materialistas que creen sinceramente que en el momento de la muerte nos apagaremos cual una vela, como individuos. Algunos filósofos han dicho, con verdadera humildad, que no son dignos de sobrevivir, que el universo no se vería enriquecido con su existencia continuada.

Esta es una opinión que merece ser tenida en cuenta. Realmente, yo estaría de acuerdo en que, hasta cierto punto, tienen razón, si se consideran como personalidad. Creo que esta parte inferior nuestra no sobrevive, excepto como parte diminuta de la «Memoria de la Naturaleza» total. Pero a diferencia de los materialistas yo no creo que ésta desaparezca instantáneamente con la muerte. Más bien se va disolviendo lentamente en la vida después de la muerte, pues su propósito ya ha acabado. Pero no es el final de nosotros.
Esoy seguro de que el yo verdadero interno, el «TU» sigue persistiendo para, finalmente, volver a reencarnar.

CAPÍTULO VI

EL PROGRESO EN EL MUNDO DEL MÁS ALLÁ

Hasta aquí me he basado en el testimonio de «amateurs» en este campo de la investigación en los mundos internos y en la vida más allá de la muerte. Lo he hecho deliberadamente para inspirar confianza, porque estos «amateurs» son gente corriente como nosotros. Bajo circunstancias visiblemente distintas, vosotros o yo podríamos haber hecho lo que ellos hicieron. Tal vez lo que ocurre es que en ellos hay un apego menos íntimo entre su cuerpo físico y su cuerpo superior; de modo que les es más fácil aprender el arte de salir del cuerpo. O quizás sean más hábiles que la mayoría de la gente para impresionar el recuerdo claro de una experiencia extracorporal en el cerebro físico. De cualquier modo, inducidos por un esfuerzo excepcional o por las drogas, pueden recordar una experiencia así aunque sólo sea por una vez; otros encuentran interesante recoger y publicar historias de estos sucesos.
Algunos autores de los que he citado, tal vez no se consideren amateurs. Muldoon realizó repetidos viajes, pero tenía poco control del lugar a donde iba y nunca parecía ir más allá del mundo físico, o lo que Whiteman llama el mundo duplicado, adentrándose en reinos más elevados. Monroe realizó cientos de viajes, muchos de ellos auto-inducidos, aunque a veces le costaba más de una hora salir del cuerpo. En la mayoría de los ejemplos iba sin rumbo fijo, pero en algunas ocasiones tuvo éxito en sus intentos deliberados de visitar a unas determinadas personas, vivas o muertas. Las experiencias de Whiteman se contaron a miles durante muchos años de su vida. El adoptaba una actitud notablemente pasiva hacia ellas; raramente, o casi nunca, indujo deliberadamente una separación, y se abstuvo de intentar ejercer control alguno sobre los acontecimientos, salvo tratar de elevarlos a niveles más altos, si se encontraba atrapado en los reinos inferiores por sus propias fijaciones.
Yo le conocí y nos hemos escrito largas cartas. Es un hombre excepcionalmente espiritual, aunque muy natural al respecto. De

hecho, es una catedrático de universidad y una especie de genio de las matemáticas. Aceptó cada experiencia como un precioso regalo otorgado para enseñarle algo más sobre la vida espiritual. Pero aunque le admiro mucho, tengo que considerarle, para mi propósito actual, como un amateur, porque no hizo ningún intento para explorar deliberadamente estos mundos internos, sino que se contentó con anotar y registrar todo cuanto observaba.

Para más detalles, me basaré en exploradores profesionales de estos reinos internos. Primero podemos remitirnos a las antiguas civilizaciones egipcias. Algunos de sus espléndidos templos continúan intactos. Los sacerdotes y sacerdotisas, que antaño oficiaron en estos templos, estaban preparados para salir de su cuerpo en el sueño o en trance y recordar lo que veían en los mundos internos. Así que estaban muy familiarizados con los acontecimientos después de la muerte. Para un buen conocimiento de la vida de los palacios y templos de aquella civilización, recomiendo el libro de Joan Grant, «El Faraón Alado». Es una novela, pero está basada, probablemente, en los recuerdos de una previa encarnación. Una parte del conocimiento de estos sacerdotes ha llegado hasta nosotros en el «Libro Egipcio de los Muertos», cuya información del mundo del más allá está presentada en un lenguaje poético y simbólico. Un libro similar excepcional es el Bardo Thodol o *Libro Tibetano de los Muertos*. Nos presenta la interpretación de primera mano de los lamas tibetanos, indudablemente preparados en sus monasterios de la misma manera que los sacerdotes del antiguo Egipto. El libro fue traducido al inglés por Evans-Wentz y fue publicado por primera vez en 1927 con varios largos prefacios e introducciones escritos por distinguidos escritores, incluyendo a Jung. El libro está escrito en una especie de lenguaje poético cifrado, en forma de un prolongado servicio fúnebre dirigido a la persona que acaba de morir y con la intención de ser leído durante un período de muchos días, para guiar al alma en su camino. Pero también estaba dirigido a los vivos, como guía e instrucción para llevar una vida más provechosa y para facilitar el paso por las primeras etapas después de la muerte. Por ejemplo, se señala que en la vida hay muchas muertes menores con las que enfrentarse, antes de la última que señala el fin de la vida sobre la Tierra. Por consiguiente, deberíamos enfrentarnos a cada momento como si fuera el último que pasamos sobre la tierra. Es notable que exactamente el mismo consejo le fuera dado por el indio mejicano el «brujo» Don Juan a su pupilo del mundo occidental Carlos Castañeda, a quien le enseñaba la manera de vivir del «guerrero». El Bardo Thodol es único, sin embargo, pues cubre todo el ciclo desde la muerte hasta el renacimiento. Como los antiguos egipcios, los tibetanos creen implícitamente en la reencarnación. Se dice a veces que creen en la transmigración de las almas a cuerpos de animales o de insectos, pero el libro de Evans-Wentz explica que esta idea se basa en una

mala interpretación. La transmigración no ocurre literalmente, pero un hombre que haya vivido de modo poco prudente puede ser condenado a encarnar en un cuerpo humano inferior, que despliegue las características asociadas con algún animal o insecto en particular .
En la India también la experiencia de primera mano sobre estos temas ha estado a disposición de los hombres santos, los Rishis y los Yoguis durante cientos de años. Para ellos no era más que una parte incidental de una comprensión más amplia. El yoga significa unión, unión con lo Divino, que sólo puede hacerse efectiva en su totalidad en reinos más elevados incluso que el reino celestial. Así que para alcanzar estos niveles sublimes, el yogui tiene primero que convertirse en un ser humano perfecto; debe descartar gradualmente todas las partes más terrenales de su naturaleza y poner el resto bajo el control estricto y la disciplina de su Yo Superior .
Volveremos sobre estas ideas en los siguientes capítulos; de momento es suficiente darnos cuenta de que estas prácticas yóguicas proporcionan al individuo la libertad de explorar los mundos internos, incluyendo la condición del alma después de la muerte.
Durante los últimos cien años, la gente de la India y de Occidente, guiados para realizar prácticas de yoga para la autopurificación, han hecho más asequible este conocimiento; esto les ha permitido explorar los mundos internos por sí mismos, pero además se han
hecho dignos de recibir la Antigua Sabiduría de Aquellos que están más avanzados que ellos en la evolución, llamados a menudo los Maestros de la Sabiduría. Sus enseñanzas fueron canalizadas al principio a través de la Sociedad Teosófica y fueron publicadas en
el transcurso de los años en una serie de libros. Más recientemente, este conocimiento ha sido extendido, recogido y ampliado por otros autores. Los primeros que se dedicaron a ello fueron hombres y mujeres de un calibre más elevado que la mayoría de los ya mencionados. Eran personas de voluntad férrea y de una inmensa autodisciplina, preparados para sacrificar la mayor parte de los placeres de la vida para la gente corriente. Guiados por un gurú, emprendieron unas duras prácticas de yoga durante muchos años, con el fin de subyugar la personalidad y dejar que el Yo Superior tomara un control completo de su vida. No hay nada secreto en estas prácticas; fueron escritas en sánscrito por el vidente Patanjali unos 200 ó 400 años A.C., pero una cosa es leer sus Yogas Sutras, y
otra totalmente distinta es practicarlos con diligencia. Algunos de los resultados de estos ejercicios yóguicos son los poderes psíquicos y la libertad en los reinos internos del sentimiento, pensamiento, sabiduría e intuición. En la India y en otros países orientales
había muchos yoguis de estos. Algunos de ellos se hicieron gurús y aceptaron discípulos; unos cuantos escribieron sus experiencias en su propia lengua.

Prefiero limitarme a autores que han escrito lo que saben en inglés. Tal como han descubierto los científicos, el mundo de la naturaleza es extremadamente complicado. Esta complejidad se extiende también a los mundos internos, según sugieren los escritos de H.P. Blavatsky (fundadora de la Sociedad Teosófica). Sus escritos me parecen excesivamente comprometidos y poco claros.
Por consiguiente, he preferido basarme en los escritos de Annie Besant y de C. W. Leadbeater (miembros posteriores de la Sociedad Teosófica). Clasificaron su conocimiento en unos claros esquemas de «planos» y «subplanos», que la gente podía comprender fácilmente. Sin embargo, cualquier esquema que parezca simple está probablemente super-simplificado, y será una guía muy general, que omita las complejidades, las excepciones y el principio de que «las circunstancias alteran los casos». El esquema Besant-Leadbeater seguía la línea científica en boga a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Los científicos de este período creían firmemente que todo era cognoscible y claro y que, a su debido tiempo, todas las ramas de la ciencia estarían claramente clasificadas y finalizadas. Esta complacencia fue destruida más tarde por las teorías de los físicos modernos, así como por las insospechadas complejidades de la Naturaleza, reveladas por microscopios y telescopios cada vez más potentes y por otras técnicas que permitian profundizar más en sus secretos.
Luego los esquemas simples tuvieron que modificarse y hacerse más flexibles, como sucede con el sistema de los «planos» y «sub-planos» , cada uno de una materia más sutil que el anterior, lo cual trataba de explicar los misterios de los «planos» internos en estos términos tan esquemáticos. La palabra «misterios» fue usada con gran acierto. Cada «plano» debe ser experimentado personalmente para conocerlo y cada uno, a su vez, es una revelación. Las palabras usadas para describirlo en los libros de texto parecen, pues, inadecuadas para expresar la maravilla de la nueva experiencia. Esta siempre trasciende los acontecimientos comunes terrenales, que es todo cuanto nuestra lengua cotidiana es capaz de describir.
Sin embargo, necesitamos alguna guía, algo que nos diga lo que hemos de esperar en el mundo del más allá, por más inadecuada que pueda ser la información. Incluso decir que será más maravilloso de lo que podamos imaginar nos sirve de ayuda y de ánimo para ir hacia adelante con fe y esperanza cuando llegue el momento.
Tengo, pues, que deciros que el esquema estaría formado por una serie de «planos» o, para usar un término más moderno, niveles de conciencia Los «planos» más elevados se hallan más allá de la comprensión humana. Para nuestro propósito, raramente necesitaremos pensar en ningún otro plano que no sea los tres «planos» inferiores, el físico. el emocional y el mental y estos pueden considerarse generalmente como subdivididos en dos o tres secciones

diferenciables. Estas divisiones nos ayudan en nuestra comprensión analítica, pero no son claras y definidas. sino que se interrelacionan y mezclan. No sirve de nada pensar en la multitud de «sub-planos» como algo parecido a los pisos separados de un edificio
alto que puede ser explorado, y en los cuales se puede vivir sin tener en cuenta los demás. La situación real es mucho más fluida y flexible. Considerad primero el «plano» físico. Aquí podemos distinguir los tres «subplanos» inferiores, el sólido, líquido y gaseoso. En el laboratorio pueden estudiarse por separado. En la Naturaleza se mezclan libremente; en nuestro cuerpo, por ejemplo, tenemos el
hueso sólido, la sangre líquida y otros fluidos y gas en nuestros pulmones. Sin embargo. incluso los huesos contienen un poco de líquido; la sangre tiene unas células rojas sólidas en suspensión y gas oxígeno disuelto; el aire de los pulmones tiene unas gotitas suspendidas de agua líquida e incluso unas diminutas partículas sólidas, si hay humo en el aire. y lo mismo pasa con la substancia mucho más rarificada de los «planos» más elevados. Pero no hemos acabado todavía con el nivel físico. Además de los ya conocidos como, sólido, líquido y gaseoso, algunas personas dicen que el plano físico incluye subniveles etéricos. Pocos científicos aceptarían esta afirmación, pero yo creo que las numerosas partículas subatómicas reconocidas por los físicos pertenecen a estos niveles
etéricos. Se dice que nuestro cuerpo incluye una parte invisible, el «doble etérico» fabricado de esta materia etérica. Este cuerpo tiene que ver con la vitalidad, el principio de la Vida que distingue a una persona viva de un cadáver. Es también el nexo de unión entre el cuerpo físico y la psique. Con la muerte, este cuerpo etérico se desecha junto con el cuerpo físico, por lo que no debe preocuparnos muchos.
A continuación tenemos el nivel o «plano» emocional. Se halla en el cuerpo sutil, en el cual os encontráis en toda experiencia extracorporal o después de la muerte, como ya se ha dicho en capítulos anteriores En muchos libros hablan de él como del cuerpo astral. Su morada puede subdividirse convenientemente en tres niveles, que pueden distinguirse fácilmente con un poco de experiencía. Normalmente contiene materia de todos los subniveles; pero las proporciones varían según el temperamento y el tipo de vida de las personas, y más adelante según su progreso en la vida después de la muerte. Sin este cuerpo astral no podríamos experimentar las emociones en esta vida. Un punto importante es que la materia astral de diferentes niveles varía en calidad. La de los niveles más inferiores es relativamente burda y se adapta mejor a la expresión de las emociones groseras como la glotonería, la lujuria, los celos, el odio y las pasiones animálicas. A medida que avanzamos hacia niveles más altos la cualidad mejora progresivamente, hasta que la materia astral del nivel más superior sólo pertenecerá a las emociones más delicadas, como el amor altruista y la apreciación estética. En la práctica, pues, existe una

estratificación, debido al principio de que lo similar atrae a lo similar y tiende a repeler lo distinto. Algunas personas sensibles dicen que el contacto con el subnivel astral más inferior es una experiencia muy desagradable.
No sólo atrae las emociones más bajas, ¡sino que parece transmitir una sensación de algo pegajoso como si nos hundiéramos en un caramelo de café con leche! Debemos explicar ahora que la vida en el cuerpo astral después de la muerte es distinta, en varios aspectos, a las experiencias extracorporales que se pueden tener durante la vida en la tierra. Primero, cuando os halláis fuera del cuerpo, estáis actuando a un nivel de conciencia inusual, pero tenéis todavía una personalidad completa. Aunque estéis temporalmente separados del cuerpo de vitalidad etérico y del familiar cuerpo físico, estáis todavía algo apegados a ellos y podéis volver a su seguro refugio en cuanto lo deseéis. Funcionáis a los niveles de la emoción y el pensamiento; pero más allá de la mente cotidiana concreta o inferior se halla la mente superior, la morada del Yo Superior a la cual podéis apelar como guía. Todos estos cuerpos (o niveles asequibles de conciencia) tienen su efecto en la experiencia extracorporal. Además, si resulta ser una experiencia desagradable, si las cosas se ponen mal «allí fuera», no tenéis más que pensar en vuestro cuerpo normal e instantáneamene volvéis a él, terminando así la experiencia, que no será más que un recuerdo. Pero después de la muerte vuestras vías de escapatoria están cortadas. Ya no tenéis un cuerpo físico en el que podáis despertaros sanos y salvos. La única manera de escapar de las experiencias desagradables es dirigir la mente a pensamientos más agradables, como el amor hacia parientes y amigos. Entonces, os elevaréis por encima de los acontecimientos desagradables. Naturalmente esta vía de escape está también a vuestra disposición en el estado extracorporal, como una alternativa de regreso al cuerpo.
La segunda diferencia entre una experiencia extracorporal y la muerte, es que estáis todavía algo ligados al cerebro, que actúa para fijar y concentrar vuestro pensamiento. Después de la muerte pensáis sólo con la mente, sin que ésta se vea apoyada por ninguna estructura material y va a ser más difícil concentrarse. En tercer lugar, se dice que, después de la muerte, pueden tener lugar algunos cambios en el cuerpo astral; y en cuarto lugar, es posible que os veáis separados de la guía espiritual de vuestro Yo Superior. Pero estos puntos serán más fáciles de explicar más adelante.
No sería justo induciros a pensar que la vida después de la muerte va ser una época de total felicidad. Acabará por serlo, pero al principio tenéis que esforzaros por conseguirlo. Tengo que advertiros sobre algunos acontecimientos desagradables que nos pueden ocurrir a lo largo del sendero hacia la felicidad celestial. Todos nosotros debemos pasar primero por una especie de purgatorio y algunos de nosotros atravesarán un período parecido a la idea cristiana del infíerno. Pero

esto no será eterno, aunque pueda parecerlo en aquellos momentos. También puede evitarse, como explica con razón la doctrina cristiana, si se vive correctamente en la tierra, aunque difícilmente se evite con un arrepentimiento en el momento de morir. Si hay que experimentar el infierno, tened la seguridad de que es un tormento autoinfligido y que su naturaleza es apropiada a los pecados cometidos. Pero no es un castigo señalado por un dios enfurecido; es una expiación que nuestro Yo Superior
reconoce como necesaria. El sufrimiento que podéis experimentar tiene dos causas principales. Primero, si habeis infligido sufrimiento a otras personas, o incluso a animales inocentes, debéis sufrir vosotros mismos, algo similar a esta crueldad, hasta que os déis
cuenta totalmente de lo que habéis hecho y os arrepintáis de verdad, resolviendo firmemente no volver a actuar nunca de aquel modo: tal como veremos más adelante, vuestra resolución será puesta a prueba en su momento. Además, el resultado es el mismo,
tanto si infligísteis el sufrimiento deliberada y cruelmente en venganza por algún daño que os hubieran hecho, como si fue sin daros cuenta, aunque el tiempo necesario para la expiación puede variar.
También la tortura mental por palabras desagradables requiere este tipo de retribución, igual que la tortura física. Otra causa de infelicidad ya mencionada es el ansia por los placeres terrenales, que ya no puede verse gratificada al carecer de cuerpo físico. Naturalmente, esto afectaría mayormente a la persona sensual, separada de su cuerpo físico en plena juventud por enfermedad o por accidente. Si a vosotros se os permite tener una
defunción tranquila, en la ancianidad, estos deseos terrenales habrán perdido probablemente su atracción y os evitaréis muchas de estas penas. La moraleja es obvia; en la juventud y en la mediana edad podéis disfrutar de vuestros placeres, pero cultivad también una medida de desapego. No os dejéis esclavizar por los placeres que os regala la vida; reconoced que es la personalidad inferior la que goza con ellos y no vuestro verdadero Yo interno, que es el que debería llevar las riendas de vuestra vida. ¿Acaso os parece un consejo demasiado duro? Tened la seguridad de que, cuanto más lo sigáis, más razonable y correcto os parecerá. Cuando vaciléis, y la vida disciplinada pierda temporalmente su atractivo, podéis pensar que una voluntad firme ahora os facilitará, en el futuro, el paso por las penas de la vida del más allá.
He mencionado que ciertos cambios en el cuerpo astral suelen ocurrir después de la muerte. En vida, este cuerpo contiene materia astral de todos los subniveles, de modo que todo el conjunto de emociones puedan experimentarse en rápida sucesión, desde las más egoístas y groseras, hasta las más sublimes y altruista. Después de la muerte, la mayoría de la gente experimentará una reorganización en cáscaras o

capas de piel como la de la cebolla. La materia más grosera quedará al exterior, y la más sutil quedará enterrada
dentro. Si reflexionamos un poco nos daremos cuenta de que ésta es una disposición muy buena, aunque parezca dura al principio, pues el resultado es que os veréis obligados a enfrentaros a los instintos más bajos del mundo astral primero, en un período corto y concentrado, de modo que quedaréis libres para elevaros a niveles más agradables sin temor de veros atraídos hacia el dolor y la pena. Estos desaparecerán en cuanto hayáis quemado vuestro deseo por la vida terrenal. Pues este es el plan, y es mejor colaborar
con él que tratar vanamente de volver a la vida terrena que ahora ya ha terminado. Antes o después, tendréis que aceptar que la vida después de la muerte es un peregrinaje espiritual, y que se irá haciendo cada vez más comprensible y agradable a medida que progreséis. Después de leer esto, podéis enfrentaros con valentía a los primeros problemas, con la seguridad de que os espera una gran felicidad. A medida que empecéis a dar la espalda a los placeres terrenales, la materia astral más grosera se irá deshaciendo, dejando al descubierto las siguientes capas, y podréis disfrutar de las emociones más sutiles.
Tal vez me he detenido demasiado en esta fase, en este período parecido al infierno. Lo he hecho porque no deseo incurrir en la ira o reproche de ningún lector. No quiero que ninguno de vosotros se queje de que yo había pintado un cuadro de felicidad y alegría, que
no corresponde a vuestro estado. Desde luego no todos tienen que experimentar esta fase. Tal vez todos tengamos que pasar cierto tiempo en esta condición, pero podéis pasarlo en una especie de sueño o de conciencia semi-alerta, en lugar de tener que sufrir la
retribución y el temor experimentados por una persona realmente cruel. Tal vez hayáis pagado ya vuestras indiscreciones juveniles, tal vez hayáis llevado una vida buena y ordenada, tal vez hayáis sido amables con vuestros familiares y vecinos, devolviendo un trabajo honrado por el dinero que ganásteis por hacerlo; tal vez hayáis intentado servir a vuestra comunidad de alguna manera útil. Si ello es así, entonces no tenéis nada que temer. Cuando os despertéis en el plano «astral», estaréis ya en la tierra feliz que describen los espiritistas, la región del medio que expliqué con cierta amplitud en los capítulos IV y V. Aquí podéis continuar con las cosas agradables de la vida, siempre que puedan realizarse con la imaginación y sin cuerpo físico. Podéis vivir en vuestra casa, con vuestros antiguos
intereses, vuestros «hobbies» y vuestras diversiones, podéis visitar amigos y parientes para charlar, practicar juegos, escuchar música o lo que sea, cuidar vuestro precioso jardín, viajar o hacer cualquier otra cosa que os apetezca. No hay deberes que cumplir más que los que os impongáis, ninguna restricción ni responsabilidad.
No hay necesidad de estar tristes, ¡a menos que realmente disfrutéis con la tristeza!

Pero este estado de gozo perpetuo no es más que un modo de pasar el tiempo; no os conduce a ninguna parte, y al final resulta aburrido y presentís o se os dice que hay un lugar mejor y más allá.
En estos momentos habréis ya quemado y desechado las capas exteriores de vuestro cuerpo astral, hasta quedar sólo con las más sutiles, por lo que os veis transportados automáticamente a los reinos astral es más elevados. Son unas regiones donde las personas tienden a disfrutar más con temas intelectuales o religiosos. Aquí hay filósofos y científicos todavía dedicados a sus bibliotecas y laboratorios, que continúan sus investigaciones terrenas año tras año.
Aquí también se hallan las personas extraordinariamente religiosas, en actitud devota, en la iglesia o templo de su elección. También están aquí los músicos que continúan componiendo, poetas y autores que escriben más libros. Tal vez no os atraiga ninguna de estas actividades. Entonces, probablemente es que en la tierra no fabricásteis nunca mucha de este tipo más sutil de materia astral en vuestro Cuerpo de Luz y este cuerpo sutil pronto desaparecerá, dejandoos en libertad para seguir avanzando hasta llegar al «plano» mental.
Entonces os habréis despojado ya, finalmente, de todas las impurezas, las locuras, el egoísmo de vuestra vida terrena, y de cualquier deseo por la vida terrena. Os habréis liberado de todo ello. Todo cuando podéis llevaros consigo es la valiosa esencia de esa vida, los recuerdos de las lecciones que aprendisteis, el trabajo altruista por los demás que podáis haber hecho, las relaciones de amor altruista y las nuevas facultades que desarrollásteis y que os capacitan para hacer estas cosas. Podéis ahora disfrutar de estos preciosos frutos de vuestra vida y podéis desarrollarlos en perfecta paz y felicidad.
Pero antes de continuar imaginando esta etapa más adelantada de nuestra aventura, hay cierta información que tal vez os guste saber. Posiblemente tengáis curiosidad por saber cuánto tiempo durará todo esto. Yo no os lo puedo decir, excepto en términos muy generales. Durará el tiempo que necesitéis personalmente para lo que tengáis que llevar a cabo, además de cualquier tiempo adicional que decidáis pasar en este estado, ya sea porque os guste o porque tengáis miedo de lo que os espera. Una persona santa tal vez necesite un año o menos; alguien que haya llevado una vida muy llena inmersa en las preocupaciones mundanas, tal vez necesite cincuenta años o más para liberarse de todos sus apegos. Pero de cualquier modo, no va a importaros, pues seréis incapaces de percibir el paso del tiempo y no hay razón por la que debáis preocuparos. No existe ni la noche ni el día, ni el curso de las estaciones en este mundo, nada que dirija vuestra atención al discurrir del tiempo.

Lo que tengo que deciros a continuación puede parecer extraño y difícil de entender. He mencionado antes que en este estado de transición del plano astral nos vemos separados tanto de arriba como de abajo, de nuestro cuerpo anterior, y esto necesita una explicación. Tal vez, o tal vez no os déis cuenta claramente de que el verdadero «tú», el Yo Superior, es distinto a la personalidad o al yo inferior. Es este Yo Superior el que intenta guiar nuestra vida a través de la conciencia y de otras indicaciones. Es posible que a menudo ignoréis sus mensajes, y prefiráis identificaros con la personalidad, que tiene sus propias ideas y hábitos. Así que, por debilidad, por costumbre o por simple obstinación, es posible que hagáis cosas sabiendo que realmente no deberíais hacerlas, o que por pereza dejéis de hacer algún bien cuando pensáis que deberíais hacerlo. Por eso, a veces existe una lucha entre estas dos partes vuestras, el Yo Superior y la personalidad, y el conflicto no cesa después de perder el cuerpo físico. El «plano» mental está claramente dividido en dos partes. El Yo Superior tiene su morada en la parte superior, correspondiente a la mente superior o abstracta, asociada con Amor-Sabiduría y Voluntad. Pero la mente inferior o concreta, que utiliza la parte inferior del «plano» mental, forma parte de la personalidad. En la muerte, entonces, la mente queda cortada. El Yo Superior con la mente abstracta se retira, y puede decirse que ya se ha ido al cielo. Siente muy poco interés por lo que queda de la personalidad y deja que la parte de sensaciones y emociones vaya consumiendo su tiempo en el «plano» astral, junto con la mente concreta. Puede parecer una actuación extraña, pero de hecho no es más que otra buena disposición, junto con los cambios del cuerpo astral que ya he mencionado. Separada del Yo Superior, la personalidad restante ya no puede hacer más daño; pero tampoco puede sentirse inspirada para hacer el bien. En cierto sentido, es como un autómata dispuesto para continuar corriendo por las mismas líneas de conducta y pensamiento que ha desarrollado en su vida sobre la tierra. Pero sus experiencias parecerán reales y vívidas. En otros términos, este remanente tiene todavía su alma animal pero carece del alma divina. Si es así, entonces puede entenderse que una entidad tal tiene pocas posibilidades de obtener información nueva de ningún valor particular, por lo que no es de extrañar que toda comunicación transmitida a través de los mediums tienda a ser trivial. (Véase Capítulo III). Además, en cierto sentido, va disminuyendo continuamente, pues va quemando sucesivas capas de materia astral. Al final queda reducida a un cascarón, cuando todo lo que tiene un valor permanente se retira para unirse con el Yo Superior en el cielo. Sin embargo, antes de que este cascarón se
desintegre, en algunos casos podría verse atraído hacia la tierra, establecer contacto con un medium y conseguir una cierta vitalidad temporal a través de él o de ella. Cualquier mensaje podría todavía ser reconocido como procedente de la personalidad en cuestión, pero su

contenido, necesariamente banal, probablemente entristecería a la persona viva. Esta es otra razón, que no pude explicar en el capítulo tercero, por la cual desapruebo las prácticas espiritistas modernas.
Durante la vida en la tierra se nos puede clasificar como alguien extravertido y volcado hacia fuera o como alguien introvertido y volcado hacia adentro Esto se aplica sólo en un sentido amplio, como para señalar la actitud general del individuo. Todos nos vemos forzados a ser extravertidos durante algún tiempo, cuando tenemos que enfrentarnos con el difícil mundo físico por la necesidad de la supervivencia y para asegurarnos una vida cómoda. Pero después de la muerte, se trata de lo contrario. Todos estamos obligados a convertirnos en seres introvertidos, y aquellos que tendían en esta dirección en la tierra, se adaptarán a ella con más facilidad.
Después de la muerte, las actividades externas cesan, excepto si las continuamos con la imaginación. Todo nuestro objetivo consiste en mirar hacia dentro, en reflexionar sobre nuestra vida pasada, en descubrir qué lecciones nos ha enseñado y qué sabiduría hemos podido obtener de ella y cómo podríamos mejorarla si tuviéramos la oportunidad de volver a vivir en la tierra. En otras palabras, nuestras experiencias se tornan totalmente subjetivas y toda la situación se pareee, en cierto sentido, a un sueño ininterrumpido que en aquellos momentos nos parece muy real.
Los científícos han visto, gracias a sus investigaciones, que la actuación de la Naturaleza es extraordinariamente sutil y compleja. La manera de actuar de la naturaleza humana es, tal vez, la más compleja de todas, porque cada persona reacciona de un modo distinto ante las circunstancias y experiencias de la vida. Del mismo modo, no debería sorprendernos el que me vea obligado a admitir que hay excepciones a casi todas las afirmaciones que he hecho en este capítulo. Siguen siendo verdad en la mayoría de los casos, pero vosotros podríais ser una de las excepciones. Entre ellas están las personas que mueren, no tranquilamente de vejez o por una enfermedad incurable, sino prematuramente, como pueden ser los súbitos accidentes mortales, los ataques cardíacos, los que perecen ahogados, etc. o las víctimas del suicidio. Para ellos, la reorganización normal del cuerpo astral y la retirada del Yo Superior no ocurre. Tardan a menudo en darse cuenta de que están muertos y continúan viviendo exactamente en las mismas condiciones que tenían en la vida terrena, excepto que carecen de cuerpo. Toda la literatura disponible está de acuerdo en considerar esta condición como algo trágico y deplorable y esta creencia también se refleja en la plegaria cristiana que implora no tener una muerte repentina. Por eso digo que los cambios normales son una disposición beneficiosa para ayudar al alma a pasar este período de transición.
También se nos dice que los suicidas deben continuar en ese estado durante el resto del tiempo que originariamente se les había asignado para vivir, más todo el tiempo adicional que necesiten para efectuar su

liberación de los niveles astrales. Continúan estando vívidamente vivos, frustrados por la ausencia de un cuerpo y, a menudo, atrapados en los niveles inferiores del «plano» astral que están más íntimamente ligados a la tierra. Pueden actuar deliberadamente para bien o para mal. Debido a que el Yo Superior no
tiene un control total, pueden actuar de manera muy poco prudente en su desesperación.
En contraste con éstas, están las almas avanzadas, cuyo Yo Superior tiene ya un firme control. No tienen nada que temer después de la muerte, ni purgatorio que sufrir, pues, deliberadamente, prefieren impedir la reorganización del cuerpo astral y mantener el
nexo con el Yo Superior; prefieren pasar su breve período en este nivel con plena conciencia, en un estado responsable. Hay que hacer otra excepción para los filósofos, científicos y otras personas que he descrito antes, los cuales continúan entregados a su trabajo en el «subplano» astral más elevado. Este trabajo, necesariamente, implicaría a la mente abstracta, y por ello hemos de suponer que, o bien el nexo se ha mantenido, o bien fue reestablecido a medida que se acercaban al final de su permanencia en el «plano» astral.
Nos damos cuenta, pues, de que las condiciones en esta etapa de la aventura son flexibles: se adaptan según las necesidades particulares de cada individuo, con el fin de que cada uno pueda aprovechar al máximo su permanencia en estos niveles. Nos espera ahora el siguiente cambio importante y lo describiremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

LA BENDICIÓN CELESTIAL

«Se murió y se fue al cielo» , dice el cuento.
Así lo hizo y así lo haremos todos, pues éste es un cuento que se convierte en realidad para todos. Pero no es tan sencillo ni tan inmediato como implica la historia. La morada natural del Yo Superior es el reino que ha sido llamado por algunos el «plano» mental y al cual voy a referirme como al cielo. La abrupta transición desde la vida terrena a la vida celestial sería demasiado súbita y realmente muy poco agradable para la mayoría de nosotros. Necesitamos un período de preparación en un reino intermedio y en este libro la etapa preparatoria ha sido explicada en varios capítulos. Primero intenté convencer a los lectores occidentales escépticos y de mente materialista de que el cielo existe, no tanto como un
lugar sino como un estado de existencia. Luego traté de persuadirles, mediante las pruebas de que disponemos, de que la vida después de la muerte no necesita ser algo temible y que incluso sus primeras etapas

podrían ser una aventura atractiva. Finalmente, nos hallamos, con nuestra imaginación, a las puertas del cielo. ¿Cómo será?
En primer lugar la transición no será repentina o inesperada. Hemos visto cómo las personas que mueren tranquilamente de vejez tienen a menudo algunas visiones de la vida que les espera. Pueden recordar, más claramente que antes, sus visitas al otro mundo en sueños o tener experiencias conscientes extracorporales. Cuando el momento de la muerte se halla próximo nos dicen que ven lo que les espera para recibirles. Es realmente una observación muy corriente la de que el rostro de los muertos tiene una expresión de paz y felicidad. De la misma manera, la gente que está a punto de pasar a esta etapa siguiente de la existencia del más allá, tiene vislumbres de lo que les espera. Tal vez pasen algunos períodos cortos en ese reino puro y refinado y luego vuelvan a retroceder a los niveles familiares superiores del reino intermedio. Pero al final están preparados y deseosos de continuar avanzando. En esta etapa habían vuelto ya, finalmente, la espalda a las atracciones de la vida terrena ya sus duplicados más refinados de los niveles astrales. Habían purificado su alma de todas las emociones más groseras, que no pueden encontrar expresión en el mundo celestial. Aunque se halle en lo que se conoce como el nivel mental, sería un error considerarlo exclusivamente como un mundo de ideas, impresión que podríamos formarnos después de leer la literatura que hay sobre el tema. Indudablemente, debemos llevarnos al cielo la parte más elevada de nuestra naturaleza emocional pues el amor altruista es considerado como una característica importante de esta etapa. Entonces podéis preguntar, como yo tuve que preguntarme, ¿cuál es, pues la diferencia? En los niveles más elevados del reino astral podemos ejercer nuestras emociones más puras y tenemos acceso a nuestra mente inferior. Ahora el énfasis cambia; moramos, por así decirlo, en nuestra mente y tenemos acceso a las emociones apropiadas. ¿Es sólo esto lo que cambia? No, no lo es.
La etapa intermedia que nos estamos preparando para dejar (con la imaginación) era una especie de existencia artificial, en cierto modo, porque estábamos entonces separados de nuestro verdadero Yo; éramos seres incompletos. Ahora, al final, al entrar en el cielo, llegamos a nuestra verdadera morada: nos reunimos con nuestro Yo Superior, volvemos a ser un todo. Lo que es más, nos hemos despojado de todos los aspectos fatigosos de nuestra personalidad, aquellos que nos impiden conocer a Dios. Ahora estamos liberados de todo esto; podemos entrar en nuestra verdadera morada, finalmente, en paz y con toda gloria.
Esta nueva vida es tan diferente de la vida terrena que es muy difícil de imaginar. Todas las características desagradables de la vida en la tierra quedan ahora olvidadas; en el cielo no hay tristeza ni recuerdo de infelicidad ni de maldad. Solamente recordaremos los acontecimientos felices y valiosos y la sabiduría que hemos obtenido en la vida pasada.

La imaginación es la clave de este mundo, incluso más que en la etapa intermedia. Todo cuanto imaginamos viene a la existencia al instante. Creamos nuestro propio cielo
exactamente tal como lo deseamos. Si nos creemos aquella caricatura en la que estamos sentados en una nube tocando el arpa, entonces, eso es precisamente lo que haremos hasta cansarnos y pensemos en algo más interesante que hacer. Si somos devotos, podemos pasar largas temporadas en actitud contemplativa en nuestra iglesia, templo o mezquita particular, o encontrando a Dios en la naturaleza. Pero si nuestra idea del cielo es la imagen de una vida familiar feliz, entonces será eso; familia y amigos, vivos o muertos, estarán a nuestro alrededor en feliz comunión. ¿Cómo puede ser esto, podéis preguntaros, cuando algunos de ellos están todavía vivos en la tierra? Ya he dicho que la imaginación era la
clave: son figuras creadas, en su mayor parte, por la imaginación, aunque parecerán reales y, en cierto sentido son reales porque cada una de estas imágenes es una especie de duplicado de la verdadera persona, vivificada por los propios pensamientos y sentimientos. En ese mundo es posible estar en muchos lugares a la vez, incluso sin saberlo conscientemente. Pero si el pensamiento o el amor por otra persona es suficientemente fuerte y él o ella está también en el cielo, entonces podemos realmente encontrarnos y
comunicarnos conscientemente. Si esto sucede, es una comunión más íntima, completa y satisfactoria que cualquier cosa que podamos experimentar en la tierra: nos convertimos, por así decirlo, en un solo y único pensamiento.
Si, no obstante, nuestra idea del cielo tiene un cariz más intelectual o artístico, entonces, tampoco quedaremos decepcionados.
Podemos pasar nuestro tiempo intercambiando ideas con otros que tengan intereses similares, aprendiendo o enseñando, según se prefiera. No será como un debate o una discusión terrenal pesado o interrumpido por palabras inadecudas y susceptibles de ser mal interpretadas. La comunicación consiste en una especie de telepatía de las ideas, de los pensamientos en sí, y no de su torpe expresión verbal.
Si nos gusta hacer planes o somos pensadores creativos tal vez sigamos elaborando espléndidos planes y organizando
nuevas civilizaciones, donde todo el mundo sea sabio y se sienta feliz. O tal vez crearemos una maravillosa filosofía nueva que guíe a los hombres hacia la sabiduría y la armonía. Podemos hacer cuanto deseemos, dando rienda suelta a la imaginación. Tal vez escuchemos una música celestial, distinta a cualquier sonido producido por instrumentos terrenales, o incluso tal vez compongamos esa música. Podemos contemplar o incluso escribir grandes obras de teatro y óperas. y cosas por el estilo; todo cuanto hagamos o disfrutemos será lo que queramos hacer; una continuación de las actividades preferidas en

la tierra llevadas a cabo sin ninguna traba o frustración por las limitaciones terrenales.
¿Parece todo esto demasiado maravilloso para ser cierto? No lo será. La realidad será mucho más maravillosa de lo que puede, posiblemente, imaginarse. Sin embargo, en otro sentido sí es demasiado bueno para ser cierto. Dejad me que intente explicaros esta contradicción. Cuando en la vida terrenal tenemos una visión del otro mundo (astral) descubrimos que se halla fuera de toda descripción. Tiene sus cualidades únicas: en muchos aspectos es distinto a todo cuanto hay en la tierra y es maravilloso. Pero si
pudiéramos elevarnos con toda nuestra conciencia a mayor altura, hasta el siguiente nivel importante que es este mundo celestial del que estamos hablando, nos ocurriría exactamente lo mismo. La experiencia sería una revelación totalmente nueva de un estado del ser más glorioso, más libre y más elevado de lo que nunca podríamos haber imaginado. Pues este nivel mental también tiene su propia singularidad, sus propias cualidades especiales e imprevisibles.
Pero en la práctica, muy pocos de nosotros somos capaces de hacer esta transición mientras nos hallamos todavía en la tierra, y por eso no tenemos experiencia de este nuevo mundo extraño, no sabemos cómo enfrentarnos a él. Cuando al final llegamos a esta esfera,
después de la muerte, somos como bebés recién nacidos en la tierra. Pero ésta es una analogía imperfecta; el bebé aprende en seguida. Sin embargo, cuando alcanzamos el cielo, parece que no somos capaces de experimentar y aprender como lo hace un bebé; sólo
podemos hacer uso de las experiencias que ganamos mientras reteníamos todavía un cuerpo físico y un cerebro que nos ayudaba a organizar estas nuevas experiencias. Pero la mayoría de nosotros, en la vida terrenal, no estamos todavía preparados para estas experiencias sublimes: tenemos otros asuntos terrenales para tenernos totalmente ocupados. Así que llegamos al cielo sin preparación alguna y lo único que podemos hacer es crear nuestro propio trocito de cielo a nuestro alrededor y morar en él subjetivamente en una
especie de estado de sueño. Después de leer una narración bastante subjetiva de la vida después de la muerte, anoté en mi libreta «mil años de ensueños» para resumir el período celestial. Luego me di cuenta de que todo aquello era un engaño. Para un yogui de larga
experiencia que haya superado este nivel mental, la situación de la mayoría de habitantes del cielo seguramente le aparecería así, pero a cada uno de estos individuos no les parece igual en absoluto. Para cada uno de ellos es una vida plenamente feliz, en perfecta libertad
yeso es lo que importa -nuestros propios sentimientos respecto a la situación. Ya he dicho que las condiciones de este mundo son realmente indescriptibles y todo esto tal vez no tenga mucho sentido en estos momentos. No os preocupéis; lo disfrutaremos enormemente cuando lleguemos allí.

Sin embargo, voy a intentar otra vez aclarar un poco las cosas. Otra narración de la vida después de la muerte sugiere que es un engaño cruel considerar la vida del cielo como un nuevo sueño e ilusión. En la vida física, se señala, muchos de nosotros están considerablemente centrados en sí mismos y actúan solamente dentro de un área limitada. Estamos limitados no sólo respecto a nuestro lugar de residencia ya nuestro trabajo, sino en nuestros pensamientos e ideas, y vivimos en nuestro propio pequeño mundo de prejuicios, hábitos y convenciones. Por eso no sería de sorprender que hiciéramos lo mismo en el cielo. Sin embargo, no es lo mismo; en el cielo estamos mucho más cerca de ese origen de nuestro ser, y por ello vemos y pensamos de un modo más real. Tampoco hemos de suponer que esta larga permanencia en el cielo sea inútil.

Por el contrario, tiene su propósito y realmente sirve para un objetivo dual. Por una parte «recibimos la recompensa en el cielo» por todas las pruebas y tribulaciones de una vida difícil bien pasada en la tierra; disfrutamos de una tranquila relajación y reflexionamos sobre nuestras adquisiciones de la vida pasada. Por otra parte, estas reflexiones tienen un valor positivo; tenemos un tiempo muy largo para digerir nuestras numerosas experiencias y extraer de ellas su virtud. Entonces transmutamos la experiencia en sabiduría, y las aspiraciones sin realizar, con facultad de llevarlas a cabo en caso de tener otra oportunidad. Se necesita tiempo y libertad de compromisos para hacer todo esto. Tenemos a nuestro alcance cuanta fuerza necesitemos y podamos utilizar. ¿Cuánto tiempo necesitamos? Algunos dicen que la vida en el cielo es eterna. Yo he sugerido ya un período de unos mil años, y se dice que las personas que han vivido una vida muy intensa pueden incluso necesitar más.

Para la mayoría de nosotros una estancia de unos cuantos siglos parece probable, pero realmente no lo sabemos con certeza y es probable que haya grandes variaciones de unas personas a otras. La vida en la tierra parece estar avanzando cada vez con más rapidez, a medida que la ciencia y la civilización aportan rápidos cambios a nuestro modo de vivir ya medida que la población mundial aumenta velozmente. Por eso algunas personas sugieren que la vida celestial puede también verse acelerada. Ante la ausencia de cualquier acontecimiento que señale el paso del tiempo, la experiencia será intemporal y el tiempo, tal como nosotros lo entendemos, no tendrá valor alguno.

Tal como el «plano» astral descrito en el capítulo anterior, también se dice que el «plano» mental está subdividido en un número de subniveles, distintos entre sí por la cualidad de su substancia mental refinada. Sin embargo, ya hemos mencionado una duración más importante en dos partes. La mitad inferior está asociada con los pensamientos concretos y forma parte del reino de la personalidad, el yo inferior, mientras que la parte superior trata del pensamiento

abstracto y es la morada del Yo Superior. Parece que el alma en el cielo no está obligada a experimentar las condiciones de los distintos subniveles, uno tras otro. Se ve atraída al nivel adecuado a su temperamento e inclinaciones.
¿Cuáles son, pues, las opciones? Se dice que el primer nivel es la morada natural de todas aquellas personas que no han pedido nada más en la tierra que una vida familiar afectiva y un círculo de buenos amigos. Si ésta es vuestra inclinación, entonces os veréis muy complacidos. Vuestra familia y amigos están allí con vosotros, dondequiera que los queráis. No hay necesidad de viajar, como en la tierra, para visitar a los hijos y las hijas que viven lejos del hogar. Simplemente, bastará con pensar en ellos para tenerlos a vuestro lado, con todo su cariño, junto con sus esposas y esposos y con vuestros nietos, a los cuales tal vez raramente veíais en la tierra, u otros que posiblemente nacieron después de vuestra muerte. Vuestros amigos y sus familias también estarán todos a vuestra disposición en cuanto lo deseéis. Tal vez os preguntéis sobre los animales domésticos. Los echásteis de menos cuando murieron, o tal vez vosotros os fuisteis antes y los dejásteis llorando por vosotros. Sí, podéis tenerlos a vuestro lado. Será a través de la imaginación, verdaderamente, aunque parecerá tan real que no os daréis cuenta de ello. Los animales tal vez no sean capaces de alcanzar vuestro nivel, pero la imagen que crearéis al pensar en ellos estará animada y vivificada por el afecto que os tenían en la tierra. Tal como he explicado antes, lo mismo ocurre con los amigos. No podéis reclamarlos en exclusiva; sería algo egoísta e injusto, porque ellos tienen otros amigos. En el cielo no hay lugar para el egoísmo y la
injusticia. Pero eso no será problema alguno, porque los podréis ver tanto como queráis. Si os cansáis de su compañía no tenéis más que retirar vuestra atención y se desvanecerán.
El segundo nivel es para aquellos que buscaron su guía más allá de la familia y los amigos, que adoraron a algún personaje religioso como Jesús, Buda, Mahoma o algún santo en particular, o alguno de los Dioses Hindúes, según su secta religiosa aceptada. Si acudíais a la iglesia sólo el domingo, entonces, indudablemente, podréis continuar con algo parecido a esta práctica, pasando la mayor parte de vuestro tiempo en el primer nivel y visitando el segundo siempre que sintáis la necesidad religiosa. Ya no os veréis presionados por la costumbre local o por un sentido del deber. Podéis hacer exactamente aquello hacia lo cual os sintáis inclinados.
El tercer nivel es, sobre todo, para aquellos cuyas inclinaciones religiosas tenían un cariz menos personal, aquellos que adoraron a Dios o a la Inteligencia Cósmica o a Brahma, de alguna manera más abstracta. También para aquellos que veían el Principio Divino encarnado en los hombres y en las mujeres y que se preocuparon actívamente por ayudar a los demás.

El cuarto nivel es para aquellos de una inclinación más intelectual, que llevaron estas abstracciones a un estadio más avanzado, intentando trabajar para el bien de la humanidad, en lugar de hacerlo para un individuo en particular o para grupos de personas.
Aquí están las personas para quienes el conocimiento espiritual fue una aspiración altruista, los fílósofos y los científicos más inspirados, los grandes escritores, actores, músicos, artistas y demás; la gente que trató de transmitir algo de su propia comprensión espiritual a los demás.
No hay necesidad de dar detalles y ejemplos más precisos. En el momento en que lleguemos al mundo celestial estaremos totalmente acostumbrados a vivir sin cuerpo físico. Hemos de insistir, una vez más, en que no necesitamos sentir el más mínimo temor ante esta nueva transición, esta nueva etapa de nuestra aventura. Ciertamente, será más agradable que el estado intermedio y seremos capaces de avanzar sin guía alguna. Sin esfuerzo consciente, nos encontraremos en las condiciones más idóneas para las necesidades del momento, y en otras igualmente adecuadas cuando las necesidades varíen.
Hay etapas todavía más elevadas de este mundo, pero las únicas personas que se sentirán bien allí son aquellas que estaban totalmente familiarizadas con el pensamiento espiritual abstracto en la tierra. Me refiero a las personas que comprendieron el propósito total de la vida y que estuvieron dispuestas a sacrificar los placeres mundanos para cooperar con estos fines espirituales. Tal como explicaré en mis restantes capítulos, hay en realidad muchas almas en los niveles superiores. La mayoría de ellas no están preparadas para tener una conciencia totalmente despierta en ese reino santo, y pasan el tiempo en una especie de sueño lleno de sueños benditos, una condición que no puede describirse sin dar lugar a malas interpretaciones. Sin embargo, se dice que todo el mundo tiene por lo menos una visión consciente del nivel superior, donde permanecemos desnudos, revelado nuestro Yo Superior verdadero y eterno, finalmente libre de aquellos últimos vestigios de la personalidad que hemos animado desde el nacimiento.
Como conclusión, voy a insistir una vez más en que la clave de una estancia larga y feliz en el cielo es el modo en que pensamos y actuamos en la tierra. Cuenta todo buen pensamiento y toda buena obra hecha espontáneamente, sin ninguna esperanza egoista de recompensa.

CAPÍTULO VIII

EL TRABAJO INACABADO

Hay un objetivo importante que atraviesa nuestra vida en la tierra y que llega a una especie de final en los mundos intermedios y celestiales. He sugerido antes que, durante este último período, extraemos una especie de esencia muy valiosa de las experiencias de la vida. Las transmutamos en sabiduría y en capacidad para actuar sabiamente. Reflexionamos sobre nuestros éxitos, nuestros fracasos y nuestros esquemas idealistas que no llegaron a nada, preguntándonos cómo podríamos llevarlos a buen fin en caso de tener otra oportunidad. Pero ¿de qué serviría todo eso si nunca se nos diera otra oportunidad, si hubiéramos vivido ya nuestra vida, y éste fuera el final?

También he indicado que la vida en el cielo no es eterna, que acabamos por cansarnos de esta larga condición introspectiva semejante a un sueño, y nos gustaría terminarla, porque una vez más deseamos entrar en acción. Hemos estado pensando cosas sutiles e imaginando maravillosos esquemas que necesitarían probarse en la tierra. y entonces rogamos: «Señor, dejad me volver, dejad me tener esa segunda oportunidad y esta vez intentaré hacerlo mejor.»

He dicho que no puede existir la tristeza en el cielo, y por eso nuestras plegarias tienen que ser respondidas. Estamos viviendo ahora totalmente en nuestro Yo Superior, la personalidad de la vida pasada ha quedado finalmente disuelta y hemos adquirido en nosotros lo que de valor representó aquella vida para nosotros. Y la decisión la toma el verdadero Yo interno. Lo que más deseamos, realmente y verdaderamente, es regresar a la excitación y al desafío de la vida terrenal para demostrarnos a nosotros mismos que podemos tener éxito. ¡Y nuestro deseo se nos concede!

Cada día nacen en la tierra cientos de miles de almas como bebés vivos; por lo tanto, se podrá disponer un nacimiento adecuado. ¿Por qué tendrían que ser creadas de nuevo todas estas almas cuando hay muchas esperando nacer? Tal vez os habréis reído de la idea de la reencarnación o no sabíais qué pensar de ella. Pero, explicado de esta manera, ¿acaso no parece algo totalmente razonable e incluso inevitable? No es una idea tan poco frecuente hoy en día. Más de la mitad del género humano cree en la reencarnación como artículo de fe. A lo mejor os preguntaréis: Si es verdad, ¿por qué no se enseña esta idea en las otras grandes religiones, y especialmente en el cristianismo? Existen bastantes respuestas a esta pregunta. Una es que la gente a la cual Jesús se dirigía estaba ya familiarizada con la idea, y no había necesidad de insistir más en ella. Hay varios pasajes en el Nuevo Testamento que parecen implicar la reencarnación. Algunos eruditos dicen que había otros textos similares en las primeras versiones, pero que fueron eliminados deliberadamente de las últimas traducciones por orden de uno de los Concilios de la Iglesia. Tal vez se trataba de una razón estratégica por parte de Jesús mismo o de la Iglesia, para evitar todo cuanto

no fuera una mínima referencia a la reencarnación. La gente que ya es indolente por naturaleza puede convencerse, al creer en la reencarnación, no sólo de dejar para mañana lo que puedan hacer hoy, sino dejar para la próxima vida lo que deberían realizar en ésta. Si, por el contrario, creen que sólo tienen esta vida, tal vez puedan sentirse inspirados para aprovecharla al máximo. Pueden desarrollar entonces más esfuerzo, ganar más experiencia y como resultado hacer un mayor progreso en esta vida. Estuviera o no predestinado, podemos ver que durante casi los últimos dos mil años, esta actitud ha dado lugar a una gran aceleración en el avance de la civilización. Tendemos a quejarnos de que se ha prestado una atención desmesurada al progreso material, a la vida cómoda y a las diversiones, más allá de nuestras verdaderas necesidades.

Pero también ha habido grandes mejoras en la educación y en las empresas culturales; por lo menos ahora tenemos tiempo libre y oportunidades para llevar una vida espiritual, si así lo deseamos.

La otra gran pregunta que la gente hace es ésta: Si he vivido en la tierra, ¿por qué no me acuerdo? Para esta duda también hay respuestas satisfactorias. Una es que algunas personas sí que se acuerdan de las vidas pasadas, ocasionalmente con todo detalle, y más a menudo en visiones fugaces. Pero la mayoría, ciertamente, no se acuerda. y esto no es en realidad sorprendente. Al fin y al cabo, ¿cuánto recordáis del principio de vuestra vida actual? Hoy
estáis leyendo este libro. Deteneos un momento y pensad en el pasado. ¿Qué estábais haciendo exactamente el mismo día hace treinta años, o incluso hace diez años? No podéis recordarlo, a menos que fuese un día especial, que tengáis una memoria excepcional o que hayáis mirado vuestro viejo diario. ¡Pero no tenéis diarios de las encarnaciones anteriores! Tal vez estos argumentos no os convenzan. Hay días que recordáis vívidamente. ¿Por qué no recordar, entonces, los momentos cumbres de una encarnación previa, aunque haya tenido lugar hace cientos de años?

Un argumento más fundamental se refiere al problema de quién o qué reencarna. He insistido ya en que el «Tú» que pide permiso para regresar es vuestro verdadero Yo interno, el «Tú» real, el Yo Superior. Pero ¿cuántas veces, en la vida normal diaria, pensáis en vosotros de esta manera? El «tú» normal es el yo inferior, la personalidad, urgentemente preocupada por los problemas diarios, los deseos, la comida, la bebida y los placeres, todo cuanto constituye la vida diaria. Es solamente cuando debéis tomar grandes decisiones, o tal vez el domingo, que dejáis de lado los pensamientos mundanos y os convertís brevemente en vuestro verdadero Yo espiritual. Así, esta personalidad, que es el «tú» durante tal vez el noventa y cinco por ciento del tiempo, este «tú» que recuerda los incidentes de vuestra vida, ésta es la entidad que se disuelve lentamente durante la vida después de la muerte. No reencarna. Al final de la vida en el cielo, la mayoría de los

detalles de su vida terrena han quedado ya a un lado y olvidados. ¿Cómo podrían recordarse en medio del ajetreo de una futura vida en la tierra?

Lo que reencarna es esa esencia pura, ese «Tú» eterno que ocupa tal vez un cinco por ciento de vuestra vida en la tierra. Este «Tú» no se preocupa demasiado por los acontecimientos, por los incidentes en sí; éstos pueden quedar para la personalidad que se preocupa de ellos principalmente. El «Tú» interno recuerda, no tanto el acontecimiento en sí, como el efecto perenne que tuvo sobre vuestro carácter. La mayor parte de los pequeños acontecimientos de la vida son demasiado triviales para pertenecer a esta categoría. Así que la entidad reencarnante ya ha perdido todo interés por la vida pasada, a excepción de sus acontecimientos realmente significativos. La atención se dirige hacia la vida futura y cuando ésta llegue, el «Tú» se interesará debidamente por aquel presente nuevo, y por llevar a término todos los nobles planes que el «Tú» recuerda vagamente haber elaborado en el cielo. No hay razón para preocuparse por un pasado que fue vivido por otra personalidad, pues esa es la verdadera situación. En la nueva vida se va construyendo gradualmente una nueva personalidad a medida que la infancia se desarrolla hacia la juventud y hacia la vida adulta.

Unas pocas personas sí que recuerdan su vida anterior en la tierra, con todo tipo de detalles, pero estos casos excepcionales deben considerarse aparte. Parecen ocurrir o descubrirse especialmente en la India y en otros países orientales, y los recuerdos empiezan en la primera infancia, en cuanto los niños pueden hablar de ellos. En estos países, donde la idea de la reencarnación está aceptada, estos recuerdos no deben parecer tan extraños y los padres deben escucharlos. Casos similares ocurren también en los países occidentales, pero los padres tienden a ridiculizar las historias del niño sobre la vida anterior, de modo que, con la sabiduría precoz de los niños, éstos dejan de hablar de sus recuerdos y los pierden en seguida. El doctor Ian Stevenson ha recogido muchos casos. En cada uno, el renacimiento había ocurrido pocos años después del final de una vida corta anterior, de modo que no fue demasiado difícil descubrir, por las descripciones del niño, dónde había vivido anteriormente Luego, con la ayuda del doctor Stevenson, el niño era conducido hasta aquel lugar que reconocía, y encontraba el camino hasta la casa anterior, a menudo situada tan sólo a pocas millas de la casa actual. Algunos parientes todavía vivos confírmaban la historia del niño sobre la vida anterior, a veces contada con detalles precisos e íntimos. El doctor Stevenson aplicó su capacidad de psicólogo para analizar estos casos, para tratar de encontrar explicaciones más normales, pero tuvo que llegar a la conclusión de que la reencarnación era realmente la más aceptable para explicar toda la evidencia.

Dije en otro momento que toda regla tenía sus excepciones y creo que estos casos representan excepciones al curso natural de los acontecimientos. Dado que, por razones que no sabemos, estos individuos encarnaron muy pronto después de morir, no habría habido tiempo para que sus anteriores personalidades se desintegraran gradualmente tal como he descrito. Por consiguiente, nacieron probablemente otra vez reteniendo su personalidad anterior completa con sus recuerdos. Obviamente, tenían un cuerpo físico nuevo, pero parece probable que su aspecto emocional y mental fueran aportados de una vida anterior. Creían, pues, recordar acontecimientos de su vida actual; es decir, tenían continuidad de memoria. Pero, dado que esto no ocurre para la mayoría de nosotros, no es sorprendente que tengamos muy pocos recuerdos, o ninguno, de las vidas anteriores. A veces, sin embargo, recuperamos un destello, como cuando creemos reconocer a una persona o un lugar que no hemos visto antes en esta vida.

He dado a este capítulo el título de «El Trabajo Inacabado». El renacimiento no es de ningún modo un asunto casual Como todo lo demás, está gobernado por unas reglas, por la ley natural, aunque ésta no esté todavía reconocida por la ciencia. En Oriente se reconoce como la Ley del K arma, la ley que organiza las cosas de manera que cosechéís lo que habéis sembrado, ya sea bueno o malo. Si no fue posible recoger la cosecha en la misma vida en que se sembró, se retrasa hasta la vida siguiente o una posterior. Lo que nos sucede está en total acuerdo con la actuación de esta ley, aunque a menudo no lo reconozcamos. La personalidad actual no lo sabe y nos puede parecer injusto. Pero el Yo Superior sí lo sabe. El problema es que la mayoría de nosotros no escuchamos nuestra voz interna: estamos demasiado ocupados dejando que la personalidad siga su propio camino. Voy a hacer una pausa durante un momento para hablar de un punto del capítulo anterior. Dije que al final de nuestra vida celestial nos elevaríamos hasta un nivel superior y viviríamos durante un tiempo como nuestro verdadero Yo.

Se dice que en ese período se nos concede otra revisión de la vida pasada, similar a la que tuvimos inmediatamente después de la muerte. Pero esta vez se nos muestra cómo encaja esta vida perfectamente con las vidas anteriores y se nos concede un breve anticipo de la vida venidera sobre la tierra. De este modo vemos cómo podemos volver a coger el hilo, saldar las deudas y recibir favores que nos deben, y cómo podemos moldear esta nueva encarnación para servir a nuestros propósitos internos. En este nivel superior hay muchas almas esperando y soñando felizmente; están esperando un nacimiento adecuado. Debemos esperar a nacer en la familia adecuada -gente a la que tal vez hemos conocido antes- y en el ambiente adecuado para la siguiente etapa de nuestro largo viaje.

Así actúa el Karma o la justicia divina. No es un castigo por los malos actos, sino más bien una restitución, una enmienda. Ni tampoco en el lado positivo hay recompensas materiales para las buenas obras, aunque éstas puedan llegar, sino que se nos ofrecen oportunidades para actuar mejor, para intentar poner en práctica en la vida terrena los maravillosos planes elaborados en el cielo. Es probable que los lazos de relaciones afectivas sean renovados, aunque tal vez de otra forma. Pero el odio también crea lazos y debe ser, finalmente, destruido por ambas partes, que saldarán sus diferencias amigablemente aún cuando ya no recuerden cuál fue la pelea original.

El Libro Tibetano de los Muertos, al cual nos referíamos en el capítulo VI, además de ser un servicio funerario, es un libro de guía para los vivos. También es este librito una guía no sólo para los moribundos, sino para aquellos que están en la plenitud de la vida.

Una vida digna merecerá amplia recompensa en el cielo. Un uso adecuado del período celestial nos asegurará mejores oportunidades para la vida siguiente. Podremos así entrever un propósito general en este ciclo de nacimiento, vida, muerte, cielo y renacimiento. Cada etapa es una especie de ensayo de la siguiente; cada ciclo total un ensayo del esquema total. Tal vez esto no se haya resumido nunca mejor que cuando lo hizo Jesús, al decir a sus discípulos, «Por consiguiente, sed perfectos tal como es perfecto vuestro Padre en el Cielo». Ese es el objetivo a largo plazo, y para la mayoría de nosotros requerirá muchas vidas más.

EPÍLOGO

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE

Este libro habla de un viaje, el que todos nosotros emprenderemos cuando la vida termine. Considerémoslo como nuestra «última aventura», la más importante que hayamos emprendido jamás.

Sería una lástima estropearlo con un temor irrazonable y con malos presagios. Este viaje será una nueva experiencia para vosotros y es una experiencia perfectamente natural. Ha sido ya realizada por incontables millones de otras personas, pero todo viaje necesita una planificación y una preparación. Este epílogo procede lógicamente de los últimos capítulos de nuestra «guía del sentido común». Es un breve resumen para señalar los puntos importantes que pueden convertir nuestro viaje en un éxito.

Yo tengo muy claro lo que debería hacer para preparar mi propio viaje, pero tal vez a los lectores les sea útil algún consejo.

¿Cómo podríamos prepararnos para este nuevo tipo de viaje? Es distinto a cualquier otro que hayamos emprendido, por lo tanto la analogía de un viaje de placer ya no nos sirve de mucho. Necesitamos

volver a considerar el propósito de la vida sobre la tierra y, sobre todo, pensar en el propósito de la vida «en el otro lado». Pues es esta maravillosa nueva vida a la que accederemos cuando empiece el verdadero viaje a través del portal de la muerte.

Cuando interiorizamos nuestros pensamientos y reflexionamos sobre el significado de la vida, necesitamos pensar en la vida celestial tanto como en nuestra existencia terrena, para completar el ciclo. Para mí, ni siquiera eso es suficiente. Yo creo que este ciclo no es más que uno entre muchos. Necesitamos pensar en la serie entera, en el futuro y en el pasado. Si habéis sido criados en la fe cristiana y no podéis llegar a creer en la reencarnación, la cosa no varía. La conclusión sigue siendo la misma. Si estáis seguros de que sólo tenéis una vida, entonces vuestra necesidad es todavía mucho más urgente para completar lo que tiene que hacerse en los días que os quedan aquí. El mensaje es «Perfección». ¿Os parece una
tarea imposible? Realmente no lo es, pues hay varias etapas en el camino hacia la perfección. Es como una escalera, después de llegar a un rellano que en un momento dado parecía inalcanzable, veremos que hay todavía otros peldaños para subir .

Tal vez nos sea útil pensar que la clave del problema sea la idea del dejarse ir. ¿Qué puede ser más sencillo? Conseguirlo tal vez no sea tan fácil, pero realmente parece que vale la pena intentarlo. Ya conocéis el dicho familiar. «No os lo podréis llevar con vosotros.» Esto se refiere, naturalmente, a las posesiones materiales. Os veréis separados de ellas por la muerte, por más que os disguste la idea. Pero podéis dejar ir vuestro apego a las cosas materiales con vuestra imaginación, aquí y ahora. Esto contribuirá a disminuir la sensación de pérdida cuando estéis «en el otro lado». Incluso ya podríais decidir que no necesitáis algunas de ellas. Seguramente sería de gran ayuda para las personas que dejáis tras de vosotros, si habéis ordenado y organizado vuestras posesiones, deshaciéndoos de algunas de ellas. Quizá queráis cambiar vuestro testamento. Podemos llevar con nosotros nuestros pensamientos y sentimientos, prejuicios y hábitos, defectos y virtudes. Pero, ¿acaso queremos hacerlo? Retendremos aquellas partes de nuestro carácter que son buenas y positivas, pero ¿por qué no aprender a dejar ir las partes negativas ahora? Estaremos más contentos, más serenos, y con ello podríamos acelerar nuestro paso hacia el mundo celestial.

Hay una manera de dejar ir que no exige demasiado esfuerzo; una forma sencilla de meditación. Probad lo cuando estéis sentados tranquilamente, descansando en la cama justo antes de dormiros, o si os despertáis temprano. Haced que vuestros pensamientos y sentimientos se dirijan hacia vuestro Yo Superior. Si estáis acostumbrados a rezar, ofreced vuestra devoción a Dios. Tratad de pensar en cosas celestiales. No tenéis por qué obligaros. Si los

pensamientos mundanos siguen introduciéndose, no dejéis que os preocupen;
reconocedlos como tales y volved lentamente a vuestros pensamientos elevados. Esta sencilla meditación es adecuada para la inquieta mente occidental, particularmente en los últimos años de la vida. Puede hacerse en cualquier momento de tranquilidad y al cabo de un tiempo os daréis cuenta de que la paz y la tranquilidad irán sustituyendo a la ansiedad.
Consideremos nuestros defectos y faltas. Reconozcámoslos y admitámoslos. Si queremos cambiarlos, es mejor sustituirlos que luchar contra ellos. Dejemos ir los viejos hábitos. Probemos otros nuevos y veamos qué ocurre. Por ejemplo, es posible que tengáis un temperamento irritable. Sed conscientes de ello como un defecto del cual os gustaría libraros. Pensad positivamente en su opuesto, en la paz, la armonía y la serenidad. Cuando os provoquen, vuestro malhumor volverá a estallar automáticamente. Pero, poco a poco, se irá convirtiendo en algo ajeno a vosotros; la próxima vez no durará tanto. Finalmente conseguiréis arrancarlo de cuajo; os encontraréis de improviso con un sentimiento de cólera y luego, con una sonrisa, la disiparéis y volveréis a experimentar la serenidad. Por favor, intentadlo y comprobad por vosotros mismos su efectividad.
Es algo semejante a la técnica de «bio-feedback» utilizada en algunas formas de psicoterapia. Bajo una guía adecuada, aprendéis a controlar alguna reacción del cuerpo normalmente inconsciente. Un contador apropiado está conectado a vosotros y cada vez que hacéis lo «correcto», su indicador se mueve. Gradualmente vais descubriendo que lo que estáis haciendo os hace sentir mejor; se pueden controlar los ataques de asma, o reducir la intensidad de una jaqueca. Por lo tanto, continuad haciéndolo y podéis recuperaros totalmente. De este modo podéis curar las enfermedades físicas. Con la meditación sencilla que acabo de recomendaros y sin otro instrumento, podéis llegar a curar «las enfermedades morales. »
En el último capítulo escribí sobre la personalidad, el «tú» , el yo inferior que exige, tal vez, un noventa y cinco por ciento de vuestra atención. Sólo queda entonces un cinco por ciento para la VERDADERA VIDA como el «TÚ», el Yo Superior. Lo que estoy recomendando ahora es el intento de elevar esta proporción considerablemente. ¡Qué maravilloso sería cambiar las cifras! Entonces, durante un noventa y cinco por ciento del tiempo, el «TÚ» estaría REALMENTE VIVO en vuestro verdadero reino, con sólo el restante cinco por ciento para atender las necesidades del cuerpo. Este es un consejo de perfección, naturalmente. Muy pocos de nosotros podemos esperar conseguirlo en unos años. Si lo hiciéramos, nos convertiríamos en individuos verdaderamente espirituales, en santos en vida, en un brillante ejemplo para nuestros semejantes. Pero incluso el más pequeño movimiento en esa dirección vale realmente la pena. Creo, sinceramente, que éste es

el camino que estamos predestinados a seguir en la vida del más allá. También creo que la vida en el cielo es un ensayo para nuestra vida siguiente en la tierra. Además, todo un ciclo de nacimiento, vida en la tierra, muerte, vida en el cielo y renacimiento es, a su vez, un ensayo para todo nuestro ciclo total de vidas. Una descripción de este ciclo completo, sacada de las antiguas escrituras, podría llenar un libro. Para decirlo en pocas palabras, se dice que la Vida desciende de la inconsciencia virtual en el Paraíso o mundos espirituales, a través de niveles que van creciendo en «densidad» y diferenciación, hasta que alcanza el plano físico. Pasando a través de los reinos inferiores de la Naturaleza, las formas vivientes se van diferenciando cada vez más entre sí a medida que las especies se multiplican.

Al final, la corriente de Vida se subdivide en unidades individuales en la etapa del hombre primitivo. En cada etapa el grado de conciencia va creciendo hasta que, en la etapa humana, florece como auto-conciencia responsable. La humanidad alcanza la etapa de inmersión más profunda en la vida física. Pero, se nos ha dicho que en el período actual del tiempo histórico estamos empezando a emerger de esta «caída» ya concebir la idea de que debemos iniciar el largo ascenso de vuelta hacia el Paraíso. Cuando este viaje haya sido completado por algún individuo, éste volverá a entrar en el Paraíso como un Ser Espiritual totalmente auto-consciente, recogiendo todo lo que ha aprendido en este ciclo de vidas. Este es el Sendero de Perfección que debemos seguir todos en la totalidad del tiempo, cuando estemos preparados para ello. Pero en las etapas del cielo solamente podemos soñar en ello, por así decirlo.

Estamos limitados a la contemplación, a la elaboración de atrevidos esquemas en pensamiento abstracto. Luego, una y otra vez, debemos enfrentarnos a la prueba a través de la reencarnación.

¿Hasta qué punto podremos llevar a cabo estos esquemas en la vida terrena, contra la tozudez de la materia física misma? También tendremos que luchar con la presión por adaptarnos al modo de vida relativamente trivial que nos rodea. Esta es la parte más difícil, la prueba crucial de nuestros ideales.

Este es el camino que todos estamos destinados a seguir, ¿por qué, pues, posponer el esfuerzo? Todo cuanto logremos durante el resto de nuestra vida actual en la tierra es una buena adquisición.

No se trata de sueños etéreos, sino de verdaderos logros, aquí y ahora, en cuanto a la construcción del carácter. Lo que consigamos hacer ahora perdurará. Nos proporcionará fuerza suplementaria para «combatir por la buena causa» en nuestra próxima vida en la tierra.

Como conclusión, hemos de añadir algo. Después de presentar todas las pruebas y todos los argumentos, se requiere otro elemento para completarlo. El escritor no puede presentarlo; cada lector debe aportarlo individualmente. Este elemento es la fe. No sirve de nada

esperar que algún día los científicos presenten pruebas convincentes sobre estos temas. Se hallan más allá incluso de los términos de referencia de la ciencia. Por eso, al final hay que contar con la confianza, y la base de esa confianza es la fe. Tal vez debería tratar de describir lo que quiero decir con la palabra fe. Yo creo sinceramente que lo que he escrito en este libro es cierto. Puede haber errores de detalle. Posiblemente algunas palabras hayan sido mal escogidas y transmitan impresiones erróneas o inadecuadas, este problema es inherente a la naturaleza misma de la lengua.

Pero en esencia tengo fe de que es correcto. Esta fe se basa en la experiencia personal directa confirmada por lo que me han contado o he leído. La fe es algo más que la mera aceptación intelectual de la evidencia. Es una convicción irrefutable de que el Universo, nuestro planeta tierra y nuestras vidas no son tan caóticos como parecen para algunos. Por el contrario, está todo ordenado por una Inteligencia Cósmica superhumana, una Fuerza, tal vez un Ser que está elaborando un Objetivo Supremo de un modo inexcrutable y asombroso. Mi fe incluye la certeza de que existe una Fuente de donde podemos conseguir inspiración individual y guía. Esta fe ha sido reafirmada por todos los místicos a través de los siglos.

Tal vez ya tengáis esta clase de fe. Si es así, espero que se haya visto reforzada con este libro. Si fuérais escépticos o agnósticos, me atreveré a esperar que el libro os haya acercado al despertar de la fe y que ésta se irá acrecentando a medida que meditéis sobre estas ideas.

NOTA

(1) El plano astral era considerado como el lugar donde existía el cuerpo sutil. En los escritos modernos se usa más bien la palabra «nivel» en vez de «plano".

Digitalizado en Noviembre 2003 por Biblioteca Upasika
www.upasika.tk